

El Principe Caspian

Clive Staples Lewis, - (1898-1963)



Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Primera edición, 1988

Segunda edición, 1989

Tercera edición, 1991

© Originalmente publicado en inglés por
William Collins Sons & Co. Ltd.
bajo el título: Prince Caspian

Traducción de
MARIA ROSA DUHART SILVA

Distribución: Sólo para Chile

© *C.S. LEWIS*

© EDITORIAL ANDRES BELLO
Av. Ricardo Lyon 946, Santiago de Chile

Inscripción N° 68.838

Se terminó de imprimir esta cuarta edición
de 10.000 ejemplares en el mes de junio de 1992

IMPRESORES: Alfabetá Impresores

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

ISBN 956-13-0815-K

C. S. LEWIS

LAS CRONICAS DE NARNIA

LIBRO II

EL PRINCIPE CASPIAN

ILUSTRACIONES DE
ALICIA SILVA ENCINA

EDITORIAL ANDRES BELLO

I	LA ISLA.....	11
II	LA ANTIGUA CASA DEL TESORO	16
III	EL ENANO.....	22
IV	EL ENANO RELATA LA HISTORIA DEL PRINCIPE CASPIAN.....	28
V	LA AVENTURA DE CASPIAN EN LAS MONTAÑAS	35
VI	LAS CRIATURAS QUE VIVIAN OCULTAS	44
VII	LA ANTIGUA NARNIA EN PELIGRO.....	51
VIII	COMO SALIERON DE LA ISLA.....	58
IX	LO QUE VIO LUCIA	65
X	EL REGRESO DEL LEON.....	72
XI	EL LEON RUGE.....	80
XII	BRUJERÍA Y PRONTA VENGANZA.....	87
XIII	EL GRAN REY ASUME EL MANDO.....	94
XIV	TODOS ESTABAN MUY OCUPADOS	100
XV	ASLAN HACE UNA PUERTA EN EL AIRE	109
	EL PRINCIPE CASPIAN Comentario de Ana María Larrain.....	118

A Mary Clare Havard

I LA ISLA

*H*ABIA una vez cuatro niños que se llamaban Pedro, Susana, Edmundo y Lucía, cuyas extraordinarias aventuras se relataron en otro libro titulado *El León, La Bruja y El Roperero*. Un día abrieron la puerta de un ropero mágico y se encontraron en un mundo muy diferente al nuestro, y en ese mundo diferente llegaron a ser Reyes y Reinas de un país llamado Narnia. Mientras estuvieron en Narnia, les pareció reinar por años y años; mas cuando volvieron a traspasar la puerta del ropero y retornaron a Inglaterra, parecía que no había pasado ni un instante. En todo caso, nadie se dio cuenta de su ausencia, y ellos no se lo contaron a nadie, salvo a un anciano muy sabio.

Todo eso había sucedido un año atrás, y ahora los cuatro se hallaban sentados en un banco en una estación de ferrocarril, rodeados de una pila de baúles y cajas con juguetes.

Era el regreso al colegio. Habían viajado juntos hasta esa estación, en la que empalmaban diversas líneas. En pocos minutos iba a pasar un tren que llevaría a las niñas hacia un colegio, y media hora después otro tren trasladaría a los niños a otro colegio. Esa primera etapa del viaje que realizaron juntos les pareció todavía parte de las vacaciones; pero ahora, cuando se acercaba el momento de separarse y tomar distintos caminos, se convencieron de que realmente las vacaciones habían terminado y de que muy pronto comenzaría otra vez el período escolar. Estaban muy tristes y a ninguno se le ocurría qué decir. Lucía iba al internado por primera vez en su vida.

Era una estación de pueblo, vacía y somnolienta y, fuera de ellos, no había nadie más en el andén. De pronto Lucía lanzó un agudo grito, como si una avispa la hubiera picado.

—¿Qué pasa, Lu...? —preguntó Edmundo. Se interrumpió repentinamente e hizo un ruido como "¡jau!".

—¿Qué cosa...? —empezó Pedro, y de pronto también él interrumpió lo que iba a decir y, en cambio, exclamó—: ¡Susana, suéltame! ¿Qué haces? ¿Adónde me arrastras?

—No te he tocado —dijo Susana—. Alguien me empuja *a mí*. ¡Oh... oh... oh..., basta!

Cada uno advirtió que los rostros de los demás estaban muy pálidos.

—Yo sentí lo mismo —dijo Edmundo, sin aliento—. Como si me arrastraran. Un tirón espantoso... ¡Ay, empieza otra vez!

—A mí también —dijo Lucía—. ¡Oh, no puedo soportar más!

—Rápido —gritó Edmundo—. Tómense todos de las manos y no se separen. Esto es magia, yo la siento. ¡Apúrense!

—Sí —dijo Susana—. Tomémonos de las manos. ¡Oh, cómo quisiera que todo esto terminara... oh!

En ese mismo momento el equipaje, el banco, el andén y la estación desaparecieron. Los cuatro niños, tomados de la mano y jadeantes, se encontraron en un lugar emboscado, tan emboscado que las ramas los envolvían y casi no quedaba espacio para moverse. Se frotaron los ojos y respiraron profundamente.

—Oh, Pedro —exclamó Lucía—. ¿Crees que habremos vuelto a Narnia?

—Este podría ser cualquier lugar —dijo Pedro—. Con todos estos árboles no puedo ver a un metro de distancia. Tratemos de salir al campo abierto..., si es que existe un campo abierto.

Con alguna dificultad, y con algunas picaduras de ortigas y rasmilladuras de espinas, se abrieron paso con gran esfuerzo hasta salir de la espesura. Entonces recibieron otra sorpresa. Allí estaba mucho más claro; a pocos pasos se encontraron en el límite del bosque y, más abajo, vieron una arenosa playa. A escasos metros, un mar muy tranquilo bañaba la arena con olas tan pequeñas que casi no hacían ruido. No se veía tierra alrededor ni nubes en el cielo. El sol estaba aproximadamente donde debe estar a las diez de la mañana, y el mar era de un azul deslumbrante. Todos se quedaron quietos aspirando el aroma del mar.

—¡Por Dios! ¡Qué bien se está aquí! —exclamó Pedro.

Cinco minutos más tarde, todos estaban descalzos y se mojaban los pies en el agua fría y clara.

—¡Esto es mejor que ir en un aburrido tren de vuelta al latín y al francés y al álgebra! —exclamó Edmundo. Y durante un largo rato no hablaron; sólo chapotearon en el mar y buscaron camarones y cangrejos.

—Bueno —dijo Susana al cabo de un tiempo—, creo que deberíamos hacer algunos planes. Dentro de poco tendremos ganas de comer algo.

—Tenemos los sandwiches que nos dio mamá para el viaje —dijo Edmundo—. Por lo menos, yo tengo los míos.

—Yo no —apuntó Lucía—, los míos quedaron en mi maletín.

—También los míos —dijo Susana.

—Los míos están en el bolsillo de mi abrigo, allá en la playa —agregó Pedro—. Tendremos entonces dos almuerzos para cuatro, lo que no será muy divertido.

—Por ahora tengo más sed que ganas de comer —dijo Lucía.

Todos los demás también se sintieron sedientos, como ocurre siempre después de chapotear en el agua salada bajo un sol ardiente.

—Es como si hubiéramos naufragado —hizo notar Edmundo—. En los libros los naufragos suelen encontrar manantiales de agua clara y fresca en las islas. Lo mejor es que vayamos a buscarlos.

—¿Quieres decir que volveremos a ese bosque espeso? —preguntó Lucía.

—No —dijo Pedro—. Si hay ríos, tienen que venir bajando hacia el mar, y si

caminamos por la playa, seguramente los encontraremos.

Volvieron por la orilla del mar, primero cruzando la arena suave y húmeda y luego, más arriba, la arena seca y desmigajada que se pega en los dedos de los pies, y allí empezaron a ponerse los zapatos y calcetines. Edmundo y Lucía querían dejarlos y seguir explorando sin zapatos, pero Susana les dijo que sería una locura.

—A lo mejor nunca más los encontramos —señaló—, y los necesitaremos si estamos aún aquí cuando llegue la noche y empiece a hacer frío.

Una vez calzados, caminaron por la playa, con el mar a la izquierda y el bosque a la derecha. Había una gran quietud en el paraje, quebrada sólo por el paso fugaz de alguna gaviota. El bosque era tan espeso y enmarañado que casi no se veía a través de él; nada se movía adentro, ni un pájaro, ni siquiera un insecto.

Las conchas, las algas marinas, las anémonas o los pequeños cangrejos escondidos entre las rocas son muy hermosos, pero uno se cansa pronto de ellos si tiene mucha sed. Susana y Lucía tenían que llevar consigo sus impermeables. Edmundo había dejado su abrigo en el banco de la estación, justo antes de que la magia los sorprendiera, y se turnaba con Pedro para llevar el pesado abrigo de éste.

De pronto la playa comenzó a desviarse hacia la derecha. Como un cuarto de hora después, cuando habían atravesado un arrecife rocoso que terminaba en una punta, hizo una pronunciada curva. Ahora daban la espalda a aquella parte del mar adonde llegaron al salir del bosque y, mirando hacia adelante, más allá del agua, podían ver otra playa rodeada también de tupidos bosques.

—Me pregunto si esa playa pertenece a una isla o si nos estamos acercando a ella —dijo Lucía.

—No lo sé —repuso Pedro, y continuaron caminando pesadamente y en silencio.

La playa en que se hallaban se acercaba más y más a la otra y cada vez que cambiaban de dirección en una punta, los niños esperaban llegar al lugar donde ambas se unieran. Pero sufrieron una desilusión.

Anduvieron hasta unas rocas, las escalaron y desde allí pudieron tener una perspectiva bastante más amplia.

—¡Qué fregar! —dijo Edmundo—; no hay nada que hacer. No podremos llegar a esos bosques de enfrente. ¡Estamos en una isla!

Y así era. Aquí el canal que los separaba de la otra orilla era de sólo unos treinta o cuarenta metros de ancho; pero se dieron cuenta de que éste era su punto más angosto. Después, la playa en que se encontraban doblaba a la derecha nuevamente, y se veía el mar abierto entre ésta y el continente. Era evidente que habían avanzado hasta más allá de la mitad alrededor de la isla.

—¡Miren! —dijo Lucía de pronto—. ¿Qué es eso? —y señaló algo largo y plateado, semejante a una serpiente tendida sobre la playa.

—¡Un río, un río! —gritaron los demás y, pese al cansancio que sentían, bajaron con gran alboroto desde las rocas y corrieron hacia el agua fresca. Sabían que estaría más pura para beberla más arriba, lejos de la playa; por eso siguieron caminando hacia el lugar desde donde la corriente salía del bosque. Los árboles eran

todavía muy grandes allí, pero el río había formado un profundo cauce entre las altas y musgosas riberas. Esto permitía que, agachándose un poco, uno pudiera seguir su curso a través de una especie de túnel de hojas. Se arrodillaron en la primera poza de color pardo barroso, donde la brisa levantaba una infinidad de olitas sobre el agua, y bebieron y bebieron, hundiendo sus caras en ella, y luego hundieron también sus brazos hasta el codo.

—¿Y si ahora comiéramos esos sandwiches? —preguntó Edmundo.

—¿No sería mejor guardarlos? —acotó Susana—. Tal vez más tarde los necesitemos mucho más.

—Yo quisiera —dijo Lucía— que ahora que no tenemos sed, pudiéramos sentir que no estamos hambrientos, como hicimos cuando sí teníamos sed.

—Pero ¿qué hacemos con esos sandwiches? —insistió Edmundo—. No vale la pena guardarlos hasta que se echen a perder. Acuérdense de que aquí es más caluroso que en Inglaterra y que los hemos tenido en los bolsillos durante horas.

Entonces sacaron los dos paquetes y repartieron los sandwiches en cuatro porciones, lo que no fue suficiente para ninguno, pero de todos modos era mucho mejor que no comer nada. Luego hablaron de sus planes para la próxima comida. Lucía quería volver al mar y recoger camarones, hasta que alguien advirtió que no tenían redes. Edmundo dijo que debían recoger huevos de gaviota entre las rocas, pero cuando se pusieron a pensar, nadie recordaba haber visto un huevo de gaviota y tampoco hubieran sido capaces de cocerlos si es que encontraban alguno. Pedro pensó para sí mismo que, a menos que tuvieran un golpe de suerte, pronto se contentarían con comer huevos crudos, pero le pareció mejor no decirlo en voz alta. Susana dijo que era una pena haber comido los sandwiches tan pronto. Para entonces, uno o dos estaban ya muy cerca de perder la paciencia. Finalmente, Edmundo dijo:

—Miren, sólo hay una cosa que podemos hacer. Tenemos que explorar el bosque. Los ermitaños, los caballeros andantes y la gente como ellos siempre se las ingenian para sobrevivir cuando están en un bosque. Comen raíces y bayas, y otras cosas.

—¿Qué clase de raíces? —preguntó Susana.

—Siempre pensé que se trataba de raíces de árboles —respondió Lucía.

—Vamos —dijo Pedro—, Edmundo tiene razón y hay que tratar de hacer algo. Cualquiera cosa será mejor que volver a pleno sol y a ese resplandor tan intenso.

Se levantaron, pues, y comenzaron a remontar la corriente del río. Era una senda bastante difícil. Tenían que agacharse bajo algunas ramas o subirse sobre otras. Anduvieron a tropezones entre grandes macizos de plantas parecidas a los rododendros, rasgaron sus ropas y se mojaron los pies en el agua; y aún no se escuchaba un solo ruido, excepto el del río y el que ellos mismos hacían. Empezaban a sentir un gran cansancio, cuando llegó hasta ellos un delicioso olor y, en seguida, un destello de brillante color se hizo visible arriba, sobre la ribera derecha.

—¡Miren! —exclamó Lucía—, creo que es un manzano. Y lo era. Acezando treparon la empinada ribera, atravesaron unas zarzas y llegaron al pie de un viejo

árbol cargado de manzanas, las más grandes, doradas, firmes y jugosas que pudieran soñar.

—Y éste no es el único árbol —dijo Edmundo con la boca llena de manzana—, miren allá, y allá.

—Pero si hay docenas de manzanos —dijo Susana, botando el corazón de su primera manzana y cogiendo la segunda—. Esto debe haber sido un huerto hace mucho, mucho tiempo, antes de convertirse en un lugar silvestre y antes de que este bosque creciera a su alrededor.

—Entonces, la isla estuvo habitada alguna vez —dijo Pedro.

—¿Y qué es eso? —preguntó Lucía, señalando delante de ella.

—¡Por Dios, es un muro! —se sorprendió Pedro—. Un viejo muro de piedra.

Corriendo por entre las cargadas ramas, llegaron ante el muro. Era muy viejo y estaba resquebrajado en algunas partes; musgos y alevines amarillos crecían a lo largo de él, pero su altura superaba el más alto de los árboles. Cuando se acercaron, vieron un gran arco que alguna vez debió tener una puerta, pero que ahora estaba casi enteramente tapado por un frondoso manzano. Fue necesario quebrar algunas ramas para poder pasar, y cuando lo lograron, la luz del día se hizo tan radiante que sus ojos parpadearon. Estaban en un espacio abierto y rodeado de murallas. Allí no había árboles, sólo hierba, margaritas, hiedras y muros grises. Era un lugar claro, silencioso, secreto y algo triste; los cuatro niños se detuvieron en el centro, contentos de poder por fin enderezar sus espaldas y mover piernas y brazos libremente.



II LA ANTIGUA CASA DEL TESORO

—Esto no fue un jardín —afirmó Susana convencida—. Aquí había un castillo y éste debe haber sido el patio.

—Ya sé lo que quieres decir —dijo Pedro—. Sí, éstos son los restos de una torre y allí se ve lo que quizás era un tramo de escalera que conducía a lo alto de las murallas. Y miren esas otras gradas, bajas y anchas, que suben hasta aquel portal. Debe haber sido la puerta de entrada al gran salón.

—Varios siglos atrás, por lo que parece —apuntó Edmundo.

—Sí, hace siglos —asintió Pedro—. Me gustaría saber quiénes vivieron en este castillo, y cuánto tiempo atrás.

—Este lugar me produce una sensación muy rara —murmuró Lucía.

—¿Te pasa eso, Lu? —preguntó Pedro, mirándola fijamente—. A mí también. Y es la cosa más rara que he sentido en este día tan extraño. Me pregunto dónde estaremos y qué significado tendrá todo esto.

Habían cruzado ya el patio y, traspasando la otra puerta, entraron en lo que alguna vez fue el salón. Ahora parecía un patio, pues ya no tenía techo y era nada más que otro espacio cubierto de pasto y margaritas, sólo que más pequeño y estrecho y rodeado de altas paredes. Al fondo se veía una especie de terraza, como a un metro del suelo.

—Quisiera saber si este era realmente el salón —dijo Susana—. ¿Qué sería esa especie de terraza?

—No seas tonta —exclamó Pedro, extrañamente excitado—. ¿No ves que era el estrado donde estaba la Mesa de Reuniones a la que se sentaban el Rey y los grandes señores? Cualquiera pensaría que has olvidado que nosotros mismos fuimos una vez Reyes y Reinas y nos sentamos sobre un estrado igual a éste, en nuestro gran salón.

—En nuestro castillo de Cair Paravel —continuó Susana con voz monótona y como en un sueño—, a la desembocadura del gran río de Narnia. ¿Cómo pude olvidarlo?

—¡Ahora recuerdo todo! —exclamó Lucía—. Podríamos imaginar que estamos en Cair Paravel. Esta sala debe haber sido muy parecida a la gran sala donde hacíamos los banquetes.

—Pero desgraciadamente sin los banquetes —dijo Edmundo—. Se está haciendo tarde. Fíjense cómo se han alargado las sombras. Y ¿se han dado cuenta de que ya no hace tanto calor?

—Si hemos de pasar la noche aquí, vamos a necesitar una buena fogata —dijo Pedro—. Yo tengo fósforos; vamos a buscar un poco de leña seca.

Todos estuvieron de acuerdo con él y durante la media hora siguiente se dedicaron a recorrer los alrededores, pero el huerto por donde habían llegado hasta las ruinas no resultó ser el sitio indicado para encontrar leña. Para probar al otro lado del castillo, salieron de la sala por una puertecilla lateral que desembocaba en un laberinto de cavidades de piedra que en otra época fueron quizás pasadizos y pequeñas habitaciones, ahora enteramente cubiertos de ortigas y zarzas. Más allá se veía un ancho boquete en el muro del castillo y, a través de él, llegaron a un bosque de inmensos y sombríos árboles, donde encontraron abundantes ramas y hojas secas, palos podridos y espinas de abeto. Fueron y vinieron acarreado leños hasta tener un buen montón. Cuando iban en el quinto viaje, justo afuera de la sala, descubrieron un pozo escondido entre las malezas. Después de limpiarlo, vieron que era profundo y de agua limpia y fresca. Estaba rodeado, en parte, por los restos de un empedrado. Las niñas fueron a coger más manzanas y los niños prepararon el fuego sobre el estrado, lo más cerca posible del rincón entre las dos murallas, porque pensaron que era el lugar más cómodo y abrigado. No fue fácil encender el fuego; gastaron una gran cantidad de fósforos, pero finalmente lo lograron. Se sentaron con la espalda apoyada contra el muro, de cara al fuego. Trataron de asar manzanas ensartándolas en la punta de un palo, pero las manzanas asadas sin azúcar son muy poco apetitosas, y éstas además estaban demasiado calientes para tomarlas con los dedos, mientras se enfriaban lo suficiente. Tuvieron que contentarse, pues, con manzanas crudas, lo que los obligó a reconocer, como dijo Edmundo, que la comida del colegio no era tan mala, después de todo.

—En este momento, me comería hasta una gruesa rebanada de pan con margarina —agregó—. Pero también todos sentían crecer su espíritu aventurero, y ninguno hubiera querido volver al colegio.

Al terminar su última manzana, Susana fue al pozo a beber otro sorbo de agua; cuando volvió traía algo en su mano.

—Miren —dijo, con voz alterada—. Encontré esto junto al pozo.

Se lo pasó a Pedro y se sentó en el suelo; parecía estar a punto de llorar. Edmundo y Lucía se inclinaron para ver lo que tenía Pedro en la mano: un objeto pequeño y brillante relucía a la luz del fuego.

—Vaya, ¡qué cosa más rara! —murmuró Pedro, y su voz también sonaba extraña. Luego lo pasó a los demás.

Ahora todos vieron de qué se trataba. Era un pequeño caballo de ajedrez, insignificante de tamaño, pero sumamente pesado, por estar hecho en oro puro. Los ojos eran dos rubíes diminutos, es decir, uno lo era, pues el otro le había sido arrancado.

—¡Pero si es exactamente igual a las piezas del ajedrez de oro con que jugábamos cuando éramos Reyes y Reinas en Cair Paravel! —exclamó Lucía.

—¡Arriba el ánimo, Su! —dijo Pedro a su otra hermana.

—No puedo —suspiró Susana—. Este caballito me hace revivir tiempos tan

felices. Recuerdo haber jugado ajedrez con faunos y gigantes buenos, mientras en el mar cantaban las sirenas y los tritones; y recuerdo a mi hermoso caballo, y... y...

—Y ahora —dijo Pedro, con un tono muy diferente— ha llegado el momento de usar nuestra inteligencia.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Edmundo.

—¿Ninguno de ustedes ha adivinado dónde estamos? —interrogó Pedro.

—Sigue, sigue —dijo Lucía—. Hace horas que siento que en este lugar flota un maravilloso misterio.

—Dispara, Pedro —urgió Edmundo—. Te escuchamos.

—Estamos en las ruinas de Cair Paravel —añadió Pedro.

—Pero... espera un poco —interrumpió Edmundo—. ¿De dónde sacas eso? Este lugar está en ruinas desde hace siglos. Mira esos enormes árboles que crecen tapando las puertas; mira las mismas piedras. Cualquiera se da cuenta de que está deshabitado por cientos de años.

—Ya lo sé —dijo Pedro—. Ese es el problema. Pero dejémoslo por ahora y vamos examinando los diversos aspectos del asunto. Primero: este salón tiene la misma forma y tamaño del salón de Cair Paravel. Imagínenlo con su techo, con su piso de colores en vez del pasto, sus paredes adornadas con tapicerías, y tendrán ante ustedes nuestro propio salón real de los banquetes.

Nadie dijo nada.

—Segundo —continuó Pedro—: el pozo del castillo está exactamente en el mismo lugar donde se encontraba el nuestro, un poco al sur del gran salón; y es de idéntica forma y tamaño.

Tampoco hubo comentarios.

—Tercero: Susana acaba de encontrar una de las piezas de nuestro juego de ajedrez, o una que se le asemeja como dos gotas de agua.

Siguieron en silencio.

—Cuarto: ¿no recuerdan —era justo el día antes de la visita de los embajadores del Rey de Calormen—, no recuerdan haber plantado el huerto al lado afuera de la puerta norte de Cair Paravel? Pomona, la persona más importante de los bosques, vino especialmente a desplegar aquí sus encantamientos. Y fueron nuestros gentiles amigos los topos quienes cavaron la tierra. ¿Han olvidado al viejo y gracioso Guantelís, el jefe-topo, cuando, apoyado en su pala, decía: "Créame, su Majestad se alegrará algún día de haber plantado esos árboles frutales"? ¡Y caramba que tenía razón!

—¡Yo me acuerdo, yo me acuerdo! —gritó Lucía, batiendo palmas.

—Pero mira, Pedro —intervino Edmundo—. A mí todo esto me parece una soberana estupidez. Por una parte, no creo que hayamos sido tan tontos como para plantar un huerto justo contra la puerta.

—No, claro que no —repuso Pedro—. Pero es natural que desde aquella época los árboles hayan crecido y que su follaje haya tapado la puerta.

—Y por otra parte, Cair Paravel no estaba en una isla.

—Así es; yo también lo he pensado. Pero estaba en una cómo-

se-llama, una península, lo que es casi una isla. ¿No podría haberse transformado en isla desde nuestros tiempos hasta ahora? Alguien ha cavado un canal.

—Pero espera un momento —dijo Edmundo—. Siempre estás hablando de *nuestros tiempos*. Hace sólo un año que regresamos de Narnia, y tú pretendes probar que en ese año se han derrumbado castillos y han crecido espesos bosques, que los arbolitos que plantamos nosotros mismos se han convertido en un enorme y viejo huerto, y Dios sabe cuántas cosas más. Es imposible.

—Hay algo más —dijo Lucía—. Si éste es Cair Paravel, debería haber una puerta en esta parte del estrado. En realidad, ahora deberíamos estar sentados dándole la espalda. ¿Se acuerdan? La puerta que daba a la sala del tesoro.

—No creo que haya una puerta aquí —apuntó Pedro, levantándose.

Tras ellos, la muralla era una masa de hiedra.

—Pronto lo sabremos —dijo Edmundo, tomando uno de los palos que tenían preparados para echar al fuego, y golpeó con fuerza la muralla. Tap-tap, sonaba el palo contra la piedra; y tap-tap otra vez; de pronto, bum-bum, con un ruido totalmente distinto, el sonido hueco de la madera.

—¡Dios mío! —exclamó Edmundo.

—Arranquemos esa hiedra —dijo Pedro.

—Por favor, dejemos todo como está —pidió Susana—. Podemos seguir mañana en la mañana. Si tenemos que pasar la noche aquí, no quisiera tener una puerta abierta a mi espalda, ni un inmenso hoyo negro por donde puede entrar cualquier cosa, además de chiflones y humedad. Y muy pronto oscurecerá.

—¡Susana! ¿No te da vergüenza? —reprochó Lucía. Pero los niños estaban demasiado excitados para escuchar las advertencias de Susana. Tiraron de la hiedra con sus manos y luego usaron el cortaplumas de Pedro, pero se rompió y siguieron desprendiéndola con el de Edmundo. El rincón donde habían estado sentados quedó cubierto de enredaderas, hasta que lograron despejar la puerta.

—Cerrada con llave, por supuesto —dijo Pedro.

—Pero la madera está podrida —dijo Edmundo—. Podemos romperla en pedazos en un rato, y nos servirá de leña para el fuego. Vamos.

Demoraron más de lo pensado y, antes de que terminaran, el gran salón estaba a oscuras, y las primeras estrellas empezaban a brillar en el cielo. Susana no fue la única que sintió un escalofrío cuando los dos hermanos, parados sobre un montón de astillas, limpiaron la suciedad de sus manos y se quedaron mirando la brecha oscura y fría que acababan de abrir.

—Ojalá tuviéramos una antorcha —dijo Pedro.

—¿Para qué? —preguntó Susana—. Como dijo Edmundo...

—Pero no lo digo ahora —interrumpió Edmundo—. Todavía no entiendo muy bien, pero ya lo discutiremos más adelante. ¿Bajas, Pedro?

—Bajamos —asintió Pedro—. No pongas esa cara, Susana, no podemos portarnos como niños ahora que hemos vuelto a Narnia. Aquí, tú eres una reina. Además, creo que ninguno podría dormir con un misterio así en la cabeza.

Trataron de fabricarse antorchas con unos palos largos, pero no resultó. Si los sostenían con la luz hacia arriba, se apagaban, y si los ponían al revés, les quemaban la mano y sus ojos se llenaban de humo. Decidieron usar la linterna eléctrica de Edmundo. Por suerte, como se la habían regalado para su cumpleaños una semana atrás, la batería estaba casi nueva. El bajó primero, llevando la luz. Lo seguía Lucía, luego Susana y Pedro cerraba la marcha.

—Llegué al primer peldaño —anunció Edmundo.

—Cuéntalos —dijo Pedro.

—Uno, dos, tres —empezó a contar Edmundo, hasta dieciséis, mientras descendían cuidadosamente—. Y éste es el último.

—Entonces éste es en verdad Cair Paravel —exclamó Lucía—, Eran dieciséis peldaños.

Nadie habló hasta que se juntaron los cuatro al pie de la escala. Edmundo iluminó el lugar con su linterna.

—¡O... o... oh! —exclamaron los niños a una sola voz, pues ahora se convencieron de que ésta era realmente la antigua sala del tesoro de Cair Paravel donde una vez reinaron como Reyes y Reinas de Narnia. Al centro había una especie de sendero (como en un invernadero) y a cada lado, a cierta distancia, colgaban lujosas armaduras que semejaban caballeros guardando los tesoros. Y entre las armaduras, estantes repletos de joyas: collares, pulseras, anillos, fuentes y platos de oro, largos colmillos de marfil, broches, diademas, cadenas de oro y una gran cantidad de piedras sueltas, apiladas desordenadamente, como si fueran bolitas o papas. Eran diamantes, rubíes, esmeraldas, topacios y amatistas. Bajo los estantes, se hallaban varios cofres de roble protegidos con barrotes de hierro y fuertemente asegurados con candados. Hacía un frío espantoso allí dentro; el silencio era tan grande que los niños podían escuchar su propia respiración. Los tesoros estaban completamente cubiertos de polvo y si no hubiesen recordado el lugar donde se encontraban y la mayoría de las joyas que los componían, jamás los habrían reconocido. Había algo triste y aterrador en aquella sala olvidada por tan largo tiempo; por eso nadie dijo una palabra durante unos segundos.

Después, naturalmente, comenzaron a recorrer y a coger objetos para mirarlos. Tenían la sensación de encontrar a viejos amigos. Si hubieras estado allí, les habrías oído decir, por ejemplo: "¡Miren! nuestros anillos de coronación. ¿Se acuerdan de la primera vez que los usamos?... Miren, el prendedor que creíamos perdido... Y ¿no es esa la armadura que usaste en el gran torneo en las Islas Desiertas?... ¿Te acuerdas de que la hizo el enano?... ¿Te acuerdas de que tomabas agua en ese cuerno? ¿Te acuerdas... te acuerdas?"

Pero de pronto Edmundo advirtió:

—¡Oigan!, no podemos gastar la batería de la linterna; quién sabe cuánto la vamos a necesitar en el futuro. Creo que será mejor tomar lo que queramos y salir de aquí.

—Debemos llevar nuestros regalos —dijo Pedro.

Mucho tiempo atrás, para una Navidad en Narnia, Susana, Lucía y él habían

recibido ciertos regalos de más valor para ellos que todo el reino. Edmundo no recibió su regalo, porque no estaba con los demás en ese momento. (El tuvo la culpa, ustedes pueden leer acerca de esto en un libro anterior).

Todos estuvieron de acuerdo con Pedro y fueron hasta la muralla al fondo de la sala del tesoro donde sabían que, con toda seguridad, estarían colgados sus regalos. El de Lucía era el más pequeño: sólo una botellita. Pero la botella era de diamante en lugar de vidrio, y estaba llena hasta más de la mitad con un licor mágico que podía sanar heridas y enfermedades. Sin decir una palabra, Lucía sacó con gran solemnidad su regalo y se lo colgó del hombro, y sintió otra vez el peso de la botella como en los viejos tiempos.

El regalo de Susana había sido un arco con flechas y un cuerno. Allí estaban el arco y el carcaj de marfil lleno de flechas emplumadas, pero...

—Susana —dijo Lucía—, ¿dónde está el cuerno?

—¡Ay, qué lata más grande! —exclamó Susana, después de pensar un momento—. Ahora me acuerdo. Lo tenía el último día, mientras perseguíamos al Ciervo Blanco. Debo haberlo perdido cuando, por equivocación, volvimos al otro lugar... a Inglaterra, quiero decir.

Edmundo lanzó un silbido. Era una pérdida realmente lamentable: el cuerno estaba encantado y, al soplarlo, podías tener la seguridad de recibir la ayuda que necesitaras, dondequiera que estuvieses.

—Justo lo que nos vendría bien en un sitio como éste —dijo Edmundo.

—No importa —contestó Susana—, aún tengo el arco. Y lo tomó en sus manos.

—¿No se habrán cortado las cuerdas, Su? —preguntó Pedro.

Pero, acaso debido a algún poder mágico en el aire de la sala del tesoro, el arco estaba en perfecto estado. Susana era muy hábil para el tiro al arco y la natación. En un segundo había tensado el arco. Luego dio un corto tirón a la cuerda; ésta vibró, produciendo un gorjeante sonido que retumbó en toda la sala. Y ese solo sonido trajo a la memoria de los niños el recuerdo de los tiempos pasados con mucha más intensidad que todo lo sucedido hasta entonces. Imágenes de batallas y cacerías y fiestas se agolpaban en sus mentes.

Susana soltó nuevamente la cuerda del arco y colgó el carcaj de su hombro.

Pedro, a su vez, tomó su regalo, que era el escudo con el gran León de color rojo, y la espada real. Los golpeó contra el suelo para quitarles el polvo, se colocó el escudo sobre el brazo y colgó la espada de su cintura. En un principio temió que estuviera oxidada y pegada a la vaina, pero no fue así. La sacó con un movimiento rápido y la sostuvo, centelleando a la luz de la linterna.

—Es mi espada Rindon —dijo—. Con ella maté al Lobo.

Se notaba un tono diferente en su voz, que hizo comprender a los otros que Pedro volvía a ser el gran Rey. Al cabo de un rato, se acordaron de que tenían que cuidar la batería de la linterna.

Subieron la escalera otra vez, encendieron un buen fuego y se tendieron muy juntos para darse calor. El suelo era duro y poco confortable, pero pronto se

quedaron dormidos.

III EL ENANO

El problema que tienes cuando duermes al aire libre es que despiertas tremendamente temprano. Y una vez despierto, lo único que puedes hacer es levantarte, ya que el suelo es duro y estás sumamente incómodo. Y peor aún cuando no hay nada más que manzanas para el desayuno, y ya hubo sólo manzanas para la cena de la noche anterior. Cuando Lucía dijo, con mucha razón, que era una mañana gloriosa, les pareció que no cabía ningún otro comentario agradable. Edmundo expresó el sentimiento de todos: "Tenemos que irnos de esta isla".

Luego de beber en el pozo y lavarse la cara, bajaron a la playa por la orilla del río y miraron con ansiedad el canal que los separaba del continente.

—Tendremos que nadar —apuntó Edmundo.

—Su no tendrá problemas —dijo Pedro (Susana había ganado varios premios de natación en el colegio)—. Pero no sé qué pasará con el resto de nosotros.

Por "el resto de nosotros" se refería en realidad a Edmundo, que no era capaz de dar más de dos brazadas en la piscina del colegio, y a Lucía que no sabía nadar.

—En todo caso —insinuó Susana—, podría haber corrientes. Papá siempre dice que no es prudente bañarse en un sitio que no se conoce.

—Mira, Pedro —intervino Lucía—, yo sé que no puedo nadar ni siquiera medianamente bien allá en casa... en Inglaterra, quiero decir. Pero todos podíamos nadar tiempo atrás... si es que fue tiempo atrás..., cuando éramos reyes y reinas en Narnia. También montábamos y hacíamos muchos otros deportes. ¿No crees que...?

—Pero entonces nosotros éramos como los adultos —replicó Pedro—. Reinamos por años y años y aprendimos a hacer muchas cosas. ¿No estamos de vuelta a nuestras verdaderas edades ahora?

—¡Oh! —exclamó Edmundo, con una voz que hizo que los demás callaran para escucharlo.

—Lo tengo todo claro —dijo.

—¿Qué tienes claro? —preguntó Pedro.

—Bueno, todo —repuso Edmundo—. Ya saben, lo que nos tenía intrigados anoche; que hace sólo un año salimos de Narnia y se diría que nadie ha vivido en Cair Paravel por siglos. Bueno, ¿no lo entienden? Acuérdense de que por muy largo que se nos hiciera el tiempo que vivimos en Narnia, cuando regresamos a través del

ropero parecía que no había transcurrido ni un segundo.

—Sigue —dijo Susana—. Creo que empiezo a entender.

—Eso significa —prosiguió Edmundo— que, una vez que estás fuera de Narnia, no tienes idea de cómo corre el tiempo allí. ¿Por qué no podrían pasar cientos de años en Narnia mientras en Inglaterra pasaba solamente un año?

—Por Dios, Ed —exclamó Pedro—. Creo que tienes razón. Entonces vivimos en realidad cientos de años en Cair Paravel. Y ahora estamos de vuelta en Narnia como si fuéramos cruzados, o anglosajones, o antiguos bretones o alguien así que regresara a la Inglaterra actual.

—¡Qué contentos estarán al vernos! —comenzó a decir Lucía, pero en ese mismo momento la interrumpieron gritos de "¡silencio!", "¡miren!", pues algo sucedía.

Había una punta cubierta de árboles en el continente, un poco a la derecha, y estaban seguros de que tras ella se encontraba la desembocadura del río. De allí vieron salir ahora un bote, que rodeó la punta hasta dejarla atrás, giró y comenzó a cruzar el canal en dirección a ellos. Alcanzaban a ver a dos personas dentro del bote, una remaba y la obra iba sentada en la popa y sostenía un envoltorio que se movía bruscamente, como si tuviera vida. Ambos parecían ser soldados. Llevaban cascos de acero en sus cabezas y usaban ligeras camisas de malla. Tenían barba y una expresión dura en sus rostros. Los niños se alejaron de la playa hacia el bosque y se quedaron muy quietos, observando.

—Aquí está bien —dijo el soldado que iba en la popa cuando el bote pasaba frente a ellos.

—¿Y si amarramos una piedra a sus pies, Caporal? —propuso el otro, descansando sobre sus remos.

—No —gruñó su compañero—. No hay necesidad, y además no hemos traído piedras. Se ahogará igualmente sin ellas, siempre que lo atemos muy firme.

Con estas palabras se levantó y alzó su bulto. Pedro pudo ver que en realidad había alguien vivo adentro. Era un Enano, con sus manos y pies amarrados, que batallaba sin cesar por librarse. Escuchó junto a su oído un súbito chasquido; el soldado abrió los brazos, dejando caer al Enano al fondo del bote y resbaló al agua. Logró llegar con gran dificultad hasta la otra ribera y entonces Pedro comprendió que fue una flecha disparada por Susana la que golpeó el yelmo del soldado. Se volvió a mirarla y la vio muy pálida, pero poniendo ya una segunda flecha en la cuerda. Mas no tuvo que usarla. En cuanto vio caer a su compañero, el otro soldado, dando un fuerte grito, saltó fuera del bote y escapó también, arrastrándose torpemente por el agua (aquél era, aparentemente, el punto de mayor profundidad) y desapareció en los bosques del continente.

—¡Rápido, antes de que lo arrastre la corriente! —gritó Pedro.

El y Susana, aunque estaban vestidos, se zambulleron en el agua y cuando ésta alcanzaba casi a tapar sus hombros, lograron agarrar la borda del bote. Lo empujaron hasta la orilla y sacaron al Enano; Edmundo se encargó de cortar sus ataduras con su cortaplumas. (La espada de Pedro era más afilada, pero no es muy

conveniente usar una espada para esta clase de trabajo, porque puedes tomarla únicamente por la empuñadura). Cuando estuvo por fin liberado de sus amarras, el Enano se sentó, se sobó brazos y piernas, y exclamó:



—Bueno, digan lo que digan, ustedes no parecen fantasmas.

Como la mayoría de los Enanos, era muy rechoncho y de voz ronca. De pie medía alrededor de un metro de altura. Su inmensa barba y grandes bigotes de grueso pelo rojo ocultaban su cara casi por completo y en el espacio visible solamente sobresalían su nariz aguileña y un par de centelleantes ojos negros.

—Como sea —continuó—, fantasmas o no, me han salvado la vida y les estoy extremadamente agradecido.

—¿Por qué tendríamos que ser fantasmas? —preguntó Lucía.

—Toda mi vida he oído decir —respondió el Enano— que estos bosques que rodean la playa están tan llenos de fantasmas como de árboles. Así lo cuenta la historia. Y por eso, cuando quieren desembarazarse de alguien, a menudo lo traen aquí (como hacían conmigo) y dicen que lo dejan con los fantasmas. Pero yo siempre he pensado que en realidad los ahogan o les cortan el cuello. Nunca creí en fantasmas. En cambio aquellos dos cobardes a quienes ustedes hirieron sí que creían. Estaban más asustados de tener que traerme acá, a mi muerte, que yo mismo de enfrentarla.

—Ah —dijo Susana—. Por eso fue entonces que arrancaron.

—¿Eh? ¿Qué dicen? —preguntó el Enano.

—Escaparon —explicó Edmundo—. Al continente.

—Yo no disparé a matar, créame —dijo Susana. No quería que pensarán que

ella podía fallar a tan corta distancia.



—Hum —musitó el Enano—. Eso no me gusta nada. Puede traernos problemas más adelante. A menos que cierren la boca para protegerse.

—¿Por qué pretendían ahogarte? —preguntó Pedro.

—Oh, porque soy un criminal peligroso —repuso el Enano alegremente—. Pero ésa es una larga historia. Entretanto, me pregunto si ustedes piensan convidarme a desayunar. No saben el hambre que da la idea de ser ejecutado.

—Tenemos sólo manzanas —dijo Lucía, con tristeza.

—Peor es nada, pero mejor es un buen pescado fresco —dijo el Enano—. Entonces seré yo quien les invite a tomar desayuno. Vi algunos aparejos de pesca en el bote, vamos a buscarlos. De todos modos, tenemos que llevar ese bote al otro lado de la isla, para evitar que alguien del continente lo descubra.

—Debí haber pensado en eso antes —murmuró Pedro.

Los cuatro niños y el Enano se acercaron a la orilla; desatracaron el bote con bastante dificultad, y subieron a bordo. El Enano se hizo cargo del mando inmediatamente. Los remos eran demasiado grandes para él, de manera que Pedro remó y el Enano los guió, primero hacia el norte a través del canal y luego hacia el este, rodeando la punta de la isla. Desde allí los niños podían ver el curso del río y, a lo lejos, todas las bahías y cabos de la costa. Creyeron que reconocerían algunos lugares, pero los bosques habían crecido de tal manera desde su época, que daban una apariencia completamente diferente al litoral.

Cuando salieron al mar abierto, al este de la isla, el Enano se puso a pescar. Fue una excelente pesca de pavenderes, hermosos peces de color arco iris, que recordaban haber comido antes en Cair Paravel. Cuando tuvieron una cantidad suficiente, atracaron el bote en una caleta y lo amarraron a un árbol. El Enano, que era una persona muy competente (en verdad, aunque uno suele encontrar Enanos malos, nunca oí hablar de un Enano tonto), abrió los pescados cortándolos por la mitad, los limpió y dijo:

—Ahora necesitamos leña.

—Tenemos un poco allá en el castillo —dijo Edmundo.

El Enano lanzó un largo silbido.

—¡Barbas y bigotes! —exclamó—. Entonces, es verdad que existe un castillo, después de todo.

—Sólo quedan ruinas —explicó Lucía. El Enano los miró fijamente con una expresión muy curiosa en el rostro.

—¿Y quién diablos...? —comenzó, pero se interrumpió y, en cambio, dijo—: No importa. Lo primero es el desayuno. Pero antes de irnos, ¿pueden ustedes poner su mano sobre el corazón y decirme que estoy realmente vivo? ¿Están seguros de que no me ahogué y que no somos todos sólo fantasmas?

Una vez tranquilizado, se presentó el problema de cómo llevarían los pescados. No tenían con qué atarlos, y tampoco tenían un canasto donde colocarlos. No quedó más remedio que usar el sombrero de Edmundo, porque nadie más tenía sombrero. En otra oportunidad, Edmundo habría armado un gran escándalo, pero ahora guardó

silencio, pues tenía un hambre atroz.

Al comienzo, el Enano no se sintió muy a gusto en el castillo. Miraba en derredor olfateando todo, y decía:

—Hum, esto es bastante tétrico, a mi parecer. Hasta huele a fantasmas.

Pero se animó cuando encendió el fuego y les enseñó a asar los pavenderes frescos sobre las brasas. No es nada fácil tratar de comer pescado caliente sin tenedores y con un solo cuchillo para cinco personas. Hubo varios dedos quemados antes de terminar la comida, pero como eran ya cerca de las nueve y se habían levantado a las cinco, a nadie le importó demasiado quemarse un poco. Después que todos bebieron un sorbo de agua en el pozo y comieron un par de manzanas, el Enano fabricó una pipa del largo de su brazo, la llenó, la encendió y, exhalando una enorme y fragante nube de humo, dijo:

—Ahora.

—Cuéntanos tu historia primero —dijo Pedro—, y después te contaremos la nuestra.

—Bien —dijo el Enano—, como ustedes me salvaron la vida, tienen derecho a imponer sus condiciones. Pero casi no sé por dónde empezar. Comenzaré diciéndoles que soy un mensajero del Rey Caspian.

—¿Quién es él? —preguntaron cuatro voces al unísono.

—Caspian Décimo, Rey de Narnia, ¡que su reino dure muchos años! —respondió el Enano—. Es decir, él debería ser Rey de Narnia y esperamos que lo sea. Ahora él es sólo Rey de nosotros, los Antiguos Narnianos...

—Por favor, ¿qué quieres decir con *Antiguos* Narnianos? —preguntó Lucía.

—Bueno, esos somos nosotros —contestó el Enano—. Somos una especie de rebeldes, supongo.

—Ya veo —dijo Pedro—. Y Caspian es el jefe de los Antiguos Narnianos.

—Bueno, esa es una manera de decirlo —dijo el Enano, rascándose la cabeza—. Pero él es un Nuevo Narniano, un Telmarino, si entienden mi idea.

—Yo no —dijo Edmundo.

—Es más enredado que la Guerra de las Rosas —añadió Lucía.

—Caramba —exclamó el Enano—. Lo estoy explicando muy mal. Miren, creo que es mejor empezar desde el principio, contándoles sobre Caspian, de cómo creció en la corte de su tío y cómo es que está de nuestro lado. Pero les advierto que es una larga historia.

—Tanto mejor —exclamó Lucía—. Nos encantan los cuentos largos.

El Enano se acomodó y contó su historia. No la transcribiré íntegramente, con las interrupciones y preguntas de los niños, pues me tomaría mucho tiempo y resultaría un relato bastante confuso, y aún así quedarían siempre algunos puntos en el aire, que ni los mismos niños comprendieron en ese momento. Pero la esencia de la historia tal como ellos la conocieron al final, es la siguiente.

IV EL ENANO RELATA LA HISTORIA DEL PRINCIPE CASPIAN

El Príncipe Caspian vivía en un gran castillo en el centro de Narnia con su tío Miraz, Rey de Narnia, y su tía la Reina Prunaprimia, que tenía el cabello rojo. Sus padres habían muerto y la persona a quien Caspian más quería era su niñera y, aunque (siendo príncipe) tenía juguetes maravillosos que podían hacer todo menos hablar, él esperaba con ansias las últimas horas del día, cuando se guardaban los juguetes en la alacena y la niñera empezaba a contarle cuentos.

Caspian no sentía especial cariño por sus tíos, pero dos veces por semana el Rey lo llamaba a su presencia y se paseaba con él durante una media hora por la terraza, en el ala sur del castillo. Un día, mientras caminaban, su tío le dijo:

—Bien, muchacho, pronto será hora de enseñarte a montar y a usar la espada. Sabes que tu tía y yo no tenemos hijos y probablemente tú deberás ser Rey cuando yo me haya ido. ¿Te gustaría?

—No sé, tío —respondió Caspian.

—No sabes, ¿eh? —dijo Miraz—. ¡Vamos, quisiera saber qué más se puede desear!

—Pero *tengo* un deseo —dijo Caspian.

—¿Cuál? —inquirió el Rey.

—Deseo... deseo... deseo haber vivido en los Tiempos de Antaño —repuso Caspian. (Era un niño muy pequeño en esa época).

El Rey Miraz le hablaba siempre en ese tono aburrido que emplean algunos adultos y que demuestra claramente que no tienen el menor interés en la conversación; pero ahora, de súbito, se quedó contemplando a Caspian con mirada penetrante.

—¿Eh? ¿Qué dices? —exclamó—. ¿A qué tiempos de antaño te referes?

—¿Tú no lo sabes, tío? —dijo Caspian—. Son esos tiempos cuando todo era distinto. Antes, los animales podían hablar; y seres muy gentiles vivían en los ríos y en los árboles, se llamaban Náyades y Dríades; y también había enanos; y encantadores Faunos, que tenían los pies parecidos a los de las cabras; y...

—Esas son tonterías para niños —interrumpió el Rey severamente—. Sólo para niños, ¿me entiendes? Ya estás demasiado grande para esos cuentos. A tu edad deberías pensar en batallas y en aventuras, no en cuentos de hadas.

—Pero *hubo* muchas batallas y aventuras en esos días —insistió Caspian—. Aventuras maravillosas. Una vez, una Bruja Blanca se coronó a sí misma Reina de todo el país; ella hizo que el invierno durara para siempre. Pero dos niños y dos niñas vinieron de algún sitio desconocido, mataron a la Bruja y fueron coronados Reyes y Reinas de Narnia. Se llamaban Pedro, Susana, Edmundo y Lucía. Reinaron por muchos, muchos años y todos fueron muy felices, porque Aslan...

—¿Quién es ése? —preguntó Miraz.

Si Caspian hubiera sido un poquito mayor, por el tono de la voz de su tío se habría dado cuenta de que era mejor callar. Pero él siguió.

—¿Tampoco lo conoces? —dijo—. Aslan es el gran León que viene de más allá del mar.

—¿Quién te ha contado todos esos disparates? —preguntó el Rey con voz de trueno.

Caspian tuvo miedo y no contestó.

—Su Alteza Real —dijo el Rey Miraz, soltando la mano de Caspian que mantenía apretada hasta ese momento—. Exijo que se me responda. Mírame a la cara. ¿Quién te ha dicho ese atado de mentiras?

—La ni... niñera —balbució Caspian, y rompió a llorar.

—¡Calla! —exclamó su tío, sacudiendo a Caspian por los hombros—. Basta ya. Que no vuelva a sorprenderte hablando —ni siquiera pensando— sobre esas historias estúpidas. Esos Reyes y Reinas no existieron nunca. ¿Crees que podría haber dos Reyes al mismo tiempo? Tampoco hay nadie que se llame Aslan. Y no existen los leones. Y jamás hubo animales que pudieran hablar. ¿Me entiendes?

—Sí, tío —sollozó Caspian.

—Entonces no hablaremos más de este asunto —dijo el Rey.

Llamó a uno de sus pajes que montaba guardia al fondo de la terraza y le ordenó fríamente:

—Conduce a su Alteza Real a sus habitaciones, y que venga la niñera de su Alteza Real de inmediato.

Al día siguiente, Caspian comprendió el grave error que había cometido. La niñera había sido despedida, sin permitirle siquiera decirle adiós, y, de ahora en adelante, tendría un tutor.

El niño extrañó mucho a su niñera y derramó amargas lágrimas por su ausencia. En medio de su pena, pensaba con mayor intensidad que antes en las viejas leyendas de Narnia. Por las noches soñaba con enanos y dríades, y trató en varias ocasiones de hacer hablar a los perros y gatos del castillo. Pero los perros sólo movían la cola y los gatos ronroneaban.

Caspian se había propuesto odiar a su nuevo tutor, pero, cuando éste llegó una semana después, resultó ser una de esas personas a las que es imposible no querer. Era el hombre más diminuto y gordo que Caspian había visto en su vida. Tenía una barba larga, plateada y cortada en punta que le llegaba hasta la cintura, y en su cara fea, morena y surcada de arrugas había una expresión de gran sabiduría y bondad. Su voz era grave, pero sus ojos alegres, y si uno no lo conocía bien, era difícil saber

si bromeaba o estaba serio. Su nombre era doctor Cornelius.

De todas las lecciones que le daba el doctor Cornelius, la preferida de Caspian era la de historia. Aparte de las leyendas de la niñera, no sabía nada sobre la historia de Narnia. Se sorprendió mucho al saber que la familia real era recién llegada al país.

—Un antepasado de Su Alteza, Caspian Primero —dijo el doctor Cornelius—, conquistó Narnia y fue su primer Rey. El fue quien trajo a toda tu nación a este país. Ustedes no son narnianos nativos; ustedes provienen de la tierra de Telmar, más allá de las Montañas Occidentales. Por eso a Caspian Primero se le llamó el Conquistador.

—Por favor, doctor —preguntó un día Caspian—, ¿quiénes vivían en Narnia antes de que llegaran los telmarinos?

—No había hombres —o muy pocos— en Narnia antes de la venida de los telmarinos —contestó el doctor Cornelius.

—Entonces, ¿quién conquistaron mis antepasados?.

—"A quién", no "quién", Su Alteza —corrigió el doctor Cornelius—. Tal vez sería conveniente pasar de la historia a la gramática.

—Oh, no todavía, por favor —imploró Caspian—. Quiero saber si hubo alguna batalla. ¿Por qué se llama Caspian el Conquistador si no había quién luchara contra él?

—Dije que había muy pocos *hombres* en Narnia —dijo el doctor, mirándolo con una expresión muy extraña a través de sus enormes anteojos.

Por un momento, Caspian se sintió bastante confundido; luego, repentinamente, su corazón dio un salto.

—¿Quiere decir, entonces —resolló—, que había otros seres, como en los cuentos? ¿Había...?

—¡Silencio! —dijo el doctor Cornelius, acercando su cabeza a la del niño—. No digas una palabra más. ¿No sabes que tu niñera fue alejada de ti por contarte acerca de la Antigua Narnia? Al Rey le disgusta ese tema. Si llega a saber que te cuento estos secretos, serás azotado y a mí me cortarán el cuello.

—Pero ¿por qué? —preguntó Caspian.

—Ahora sí que es tiempo de volver a la gramática —dijo el doctor Cornelius en voz alta—. ¿Podría Su Alteza Real tener el agrado de abrir *Purverulentus Siccus* en la cuarta página de su *Jardín gramatical* o *El árbol de los accidentes de palabras gentilmente escrito para los jóvenes talentos*?

Después, todo fue verbos y sustantivos hasta la hora de la comida, pero no creo que Caspian aprendiera gran cosa. Estaba sumamente excitado; tenía la certeza de que el tutor no habría hablado tanto si no estuviera decidido a continuar su relato en otra ocasión.

Y así fue. Algunos días más tarde, el doctor Cornelius le dijo:

—Esta noche te daré tu lección de astronomía. Al anochecer, dos nobles planetas, Tarva y Alambil, se cruzarán a un grado de distancia. Una conjunción como ésta ocurre únicamente cada doscientos años, y Su Alteza no vivirá para verla

otra vez. Acuéstate más temprano que de costumbre; cuando se aproxime la hora de la conjunción, yo vendré a despertarte.

A pesar de que no veía ninguna relación entre los planetas y la Antigua Narnia, que era lo único que a Caspian le interesaba, la posibilidad de estar en pie a medianoche es siempre algo emocionante, y se sintió muy contento. Esa noche al acostarse pensó que no podría dormir, pero muy pronto lo venció el sueño. Creyó que habían pasado sólo unos pocos minutos cuando sintió que lo remecían suavemente.

Se sentó en la cama y vio el cuarto inundado por la luz de la luna. El doctor Cornelius, enfundado en su capa con capuchón y sosteniendo una pequeña lámpara en la mano, lo observaba al pie de la cama. Caspian recordó al instante lo que iban a hacer. Se levantó y se vistió. Aunque era una noche de verano, sintió frío y con gusto dejó que el doctor lo envolviera en una capa parecida a la suya y le colocara un par de tibios y suaves botines en los pies. Bien tapados para que no los reconocieran por los corredores oscuros y calzando sus botines para no hacer ruido, el maestro y su pupilo abandonaron la habitación.

Caspian siguió al doctor Cornelius a través de numerosos pasadizos; subieron unas escaleras y, por último, cruzaron la estrecha puerta de una torrecilla que daba a la techumbre de plomo. Las almenas a un lado, al otro la inclinada azotea; abajo, los sombríos jardines del castillo, iluminados por un débil resplandor; arriba, las estrellas y la luna. Al llegar ante otra puerta que conducía a la gran torre central del castillo, el doctor Cornelius la abrió con su llave y subieron por la oscura escalera de caracol. Caspian se sentía cada vez más entusiasmado; jamás le había sido permitido subir esa escalera.

Era larga y empinada, pero cuando salieron al techo de la torre y recuperaron el aliento, Caspian pensó que el esfuerzo bien valía la pena. A lo lejos, a su derecha, podía ver con bastante nitidez las montañas occidentales. A su izquierda, el destello del Gran Río. Reinaba un profundo silencio que permitía escuchar hasta el sonido de la cascada en el Dique de los Castores, a poco más de una milla de distancia. Reconocieron fácilmente las dos estrellas que habían venido a observar. Titilaban muy bajo en el cielo austral, fulgurantes como dos lunas y muy juntas una de la otra.

—¿Irán a chocar? —preguntó, con un tono de reverente temor.

—No, querido Príncipe —respondió el doctor (él también hablaba en un murmullo)—. Los grandes planetas del cielo conocen perfectamente los pasos de su danza. Míralos atentamente. Su encuentro es venturoso y augura un buen futuro para el triste reino de Narnia. Tarva, el Señor de la Victoria, saluda a Alambil, la Dama de la Paz. Están alcanzando ahora el punto máximo de su conjunción.

—Qué lástima que ese árbol de allí tape la vista —lamentó Caspian—. Habríamos visto mejor desde la Torre Oeste, aunque no es tan alta como ésta.

El doctor Cornelius guardó silencio y permaneció muy quieto, con sus ojos fijos en Tarva y Alambil. Luego, con un profundo suspiro, se volvió hacia Caspian.



—Escucha —dijo—. Has presenciado lo que ningún hombre vivo ha visto ni verá jamás. Y tienes razón, se habría observado mejor desde la otra torre. Pero te traje aquí por un motivo especial.

Caspian levantó sus ojos hacia él, pero no pudo ver su cara, enteramente cubierta por el capuchón.

—La virtud de esta torre —señaló el doctor Cornelius—, es que hay seis salas vacías bajo nosotros y una larga escalera, y que la puerta del fondo está cerrada con llave. Nadie puede escucharnos.

—¿Me va a contar lo que no me dijo el otro día? —preguntó Caspian.

—Así es —contestó el doctor—. Pero recuerda: tú y yo hablaremos de estos temas nada más que aquí en la cima de la Gran Torre.

—Lo prometo —dijo Caspian—. Pero siga, por favor.

—Pon atención —dijo el doctor—. Todo lo que has oído sobre la Antigua Narnia es verdad. No es una tierra de hombres. Es el país de Aslan, el país de los Árboles Despiertos y de las Náyades Visibles, de Faunos y Sátiros, de Enanos y

Gigantes, de dioses y de Centauros, de Bestias que hablan. Contra ellos luchó Caspian Primero. Ustedes, los Telmarinos, silenciaron a las bestias y a los árboles y a las fuentes, mataron y expulsaron a enanos y faunos, y ahora tratan de borrar hasta el más leve recuerdo de ellos. El Rey no permite que se les mencione.

—¡Ojalá los Telmarinos no hubiésemos cometido esos crímenes! —exclamó Caspian—. Pero me *alegro* de que todo fuera verdad, aunque ya nada exista.

—Muchos de los de tu raza desean lo mismo, en secreto —dijo el doctor Cornelius.

—Pero, doctor —dijo Caspian—, ¿por qué usted dice "mi" raza? Supongo que usted también es un Telmarino.

—¿Lo soy? —susurró el doctor.

—Bueno, en todo caso, es un hombre.

—¿Lo soy? —repitió el doctor con voz más profunda, echando atrás su capuchón para que Caspian pudiera ver claramente su rostro a la luz de la luna.

Caspian comprendió súbitamente la verdad y pensó que debía haberse dado cuenta mucho antes. El doctor Cornelius era tan pequeño, tan gordo, su barba era tan larga. Dos pensamientos cruzaron por su mente al mismo tiempo. Uno de terror: "No es un hombre, es un *Enano*, y me ha traído aquí para matarme". El otro pensamiento, en cambio, lo llenaba de alegría: "Todavía existen Enanos y yo he visto uno por fin".

—Así que finalmente lo has adivinado —dijo el doctor Cornelius—. En parte, por lo menos. No soy un Enano puro. También tengo sangre humana en mis venas. Muchos Enanos huyeron de las grandes batallas y lograron sobrevivir; afeitaron sus barbas y, usando zapatos con tacos altos, trataron de parecer hombres y se mezclaron con tus Telmarinos. Yo soy uno de ellos, soy sólo medio-enano; si algunos de mis parientes, los verdaderos Enanos, viven todavía en alguna parte del mundo, sin duda me despreciarían y me llamarían traidor. Pero en todos estos años jamás hemos olvidado a nuestro propio pueblo y a las demás criaturas afortunadas de Narnia, y añoramos los remotos días de nuestra perdida libertad.

—Lo... lo siento, doctor —dijo Caspian—. No fue por mi culpa, usted lo sabe.

—No digo estas cosas para culparte a ti, querido Príncipe —replicó el doctor—. Te preguntarás por qué lo hago. Tengo dos buenas razones. En primer lugar, porque mi viejo corazón ha cargado por tanto tiempo con esos secretos que ya le pesan dolorosamente y podría estallar si no te los revelo a ti. En segundo lugar, porque cuando seas Rey podrás ayudarnos, pues sé que tú, aunque eres Telmarino, amas las cosas de antaño.

—Claro que sí —afirmó Caspian—. Pero ¿cómo podría ayudar?

—Podrías tener compasión de los pobres despojos del pueblo enano, como yo. Podrías reunir a los magos más sabios para buscar la manera de despertar nuevamente a los Árboles. Podrías escudriñar todos los rincones y lugares despoblados del mundo para ver si en alguna parte aún se esconden Faunos, o Bestias que Hablan, o Enanos.

—¿Cree que queda alguno? —interrogó Caspian, ansiosamente.

—No lo sé, no lo sé —repuso el doctor, con un hondo suspiro—. A veces temo

que no. He buscado sus rastros durante toda mi vida. En ocasiones me ha parecido escuchar el eco del tambor de mi gente en las montañas. Algunas noches, en los bosques, he creído tener una fugaz visión de faunos y sátiros danzando muy a lo lejos; pero al acercarme, se desvanecía. A menudo pierdo las esperanzas, pero entonces sucede algo que me impulsa a continuar la búsqueda. No sé. Pero al menos tú puedes tratar de ser un Rey como fue Pedro, el gran Rey de antaño, y no como tu tío.

—Entonces, ¿también es verdad lo que he escuchado de los Reyes y Reinas y de la Bruja Blanca? —preguntó Caspian.

—Por supuesto que es verdad —afirmó Cornelius—. El reinado de los Reyes y Reinas fue la Edad de Oro de Narnia; esta tierra nunca los ha olvidado.

—¿Vivieron en este castillo, doctor?

—No, hijo mío —respondió el anciano—. Este castillo es obra de ayer tan sólo; fue construido por tu tátara-tátara-abuelo. Cuando Aslan coronó a los dos hijos de Adán y a las dos hijas de Eva como Reyes y Reinas de Narnia, su morada fue el castillo de Cair Paravel. Ningún ser viviente ha conocido ese sitio sagrado y es muy posible que hasta sus ruinas hayan desaparecido ya. Creemos que estaba situado lejos de aquí, en la desembocadura del Gran Río, a orillas del mar.

—¡Uf! —exclamó Caspian, sintiendo escalofríos—.

¿Quiere decir allá en los Bosques Negros? ¿Donde viven... usted sabe... los fantasmas?

—Su Alteza repite lo que le han enseñado —dijo el doctor—. Pero no es cierto. No hay fantasmas allí. Es una historia inventada por los Telmarinos. Tus Reyes le tienen un miedo mortal al mar, porque no pueden olvidar que todos los relatos hablan de que Aslan viene desde más allá del mar. No se acercan, ni quieren que ningún narniano lo haga. Por ese motivo han dejado crecer espesos bosques, para aislar a su gente de la costa. Y como se ha peleado con los árboles, también temen a los bosques. Y como temen a los bosques, imaginan que están llenos de fantasmas. Los Reyes y sus cortesanos, que odian tanto el mar como el bosque, creen en parte estas historias, y en parte las alientan. Se sienten más a salvo si nadie se atreve a bajar a la playa a mirar hacia el mar, hacia el reino de Aslan, hacia el amanecer y el ocaso del mundo.

Cayó sobre ellos un profundo y prolongado silencio. Luego el doctor Cornelius dijo:

—Ven. Llevamos aquí demasiado tiempo. Ya es hora de bajar y de volver a la cama.

—¿Tenemos que irnos? —preguntó Caspian—. Me gustaría seguir hablando sobre estas cosas por horas, y horas, y horas.

—Si nos quedamos, empezarían a buscarnos por todos lados —repuso el doctor Cornelius.

V LA AVENTURA DE CASPIAN EN LAS MONTAÑAS

A partir de aquel día, Caspian y su tutor tuvieron numerosas conversaciones secretas en la cima de la Gran Torre, y cada vez Caspian aprendía más sobre la Antigua Narnia, y pasaba sus horas libres soñando con los días del pasado y deseando que volvieran. Claro que no le quedaban muchas horas libres, pues ahora su educación había empezado en serio. Aprendió esgrima y equitación, natación y buceo, así como a disparar con el arco y a tocar la flauta dulce y la tiorba. Aprendió también a cazar venados y a abrirlos de un tajo una vez muertos; y además su tutor le enseñó cosmografía, retórica, heráldica, versificación y, por supuesto, historia; un poco de leyes, física, alquimia y astronomía. De magia, sólo la teoría, porque el doctor Cornelius opinaba que su práctica no era un estudio adecuado para un príncipe.

—Yo mismo —agregó— soy un mago mediocre y sólo puedo realizar algunos experimentos muy sencillos.

No pudo estudiar navegación (un arte noble y heroico, según el doctor Cornelius), porque el Rey Miraz desaprobaba todo lo relacionado con los barcos y el mar.

Llegó a conocer muchas otras cosas gracias a sus propios ojos y oídos. Cuando era pequeño, a menudo se preguntaba por qué le desagradaba su tía, la Reina Prunaprimia; con el tiempo se dio cuenta de que era porque ella no lo quería. Igualmente, tuvo conciencia de que Narnia no era un país muy feliz. Los impuestos eran elevadísimos, las leyes muy duras y Miraz un hombre extremadamente cruel.

Al paso de algunos años, se comentó que la Reina estaba enferma y se produjo un gran alboroto en todo el castillo, y hubo seria preocupación por la salud de la soberana. Acudieron los médicos y los cortesanos murmuraban por doquier. Recién comenzaba el verano. Una noche, en medio de toda aquella agitación, el doctor Cornelius despertó inesperadamente a Caspian a las pocas horas de haberse dormido.

—¿Vamos a estudiar un poco de astronomía, doctor? —preguntó.

—¡Silencio! —dijo el doctor—. Ten confianza en mí y haz exactamente lo que te digo. Vístete; partirás en un largo viaje.

Caspian se sorprendió mucho, pero confiaba en su tutor y siguió sus indicaciones sin titubear. Cuando estuvo vestido, el doctor dijo:

—He preparado un morral para ti; en la habitación del lado lo llenaremos con las viandas de la cena de Su Alteza.

—Allí deben estar mis pajes —advirtió Caspian.

—Duermen profundamente y no despertarán —dijo el doctor—. Soy un mago bastante mediocre, pero al menos *puedo* proporcionar un sueño encantado.

Pasaron a la antecámara y allí, efectivamente, ambos pajes yacían tendidos en sus sillas, roncando a más y mejor. El doctor Cornelius trozó rápidamente un pollo frío, cortó unas rebanadas de venado y, junto con un poco de pan, unas manzanas y

un frasquito de buen vino, los puso dentro del morral. El príncipe se lo colgó al hombro con una cuerda, como el bolsón que se usa para llevar los libros al colegio.

—¿Tienes tu espada? —preguntó el doctor.

—Sí —respondió Caspian.

—Entonces, ponte esta capa para que no se vean la espada y el morral. Así está bien. Y ahora iremos a la Gran Torre, pues tenemos que hablar.

Una vez en la Torre (era una noche nubosa, muy distinta a la noche en que vieron la conjunción de Tarva y Alambil), el doctor Cornelius dijo:

—Querido Príncipe, tendrás que abandonar este castillo de inmediato y partir a buscar tu fortuna a los bosques; aquí tu vida corre peligro.

—¿Por qué? —preguntó Caspian.

—Porque tú eres el verdadero Rey de Narnia, Caspian Décimo, el único hijo y heredero de Caspian Noveno. Larga vida a Su Majestad...

Y repentinamente, ante la sorpresa de Caspian, el hombrecillo hincó su rodilla en tierra y besó su mano.

—¿Qué significa esto? No entiendo —dijo Caspian.

—No sé por qué no me has preguntado antes —dijo el doctor— cómo, siendo hijo del Rey Caspian, no eres tú mismo el Rey Caspian. Todos, menos Su Majestad, saben que Miraz es un usurpador. Cuando empezó a gobernar ni siquiera pretendía ser Rey; se llamaba a sí mismo Lord Protector. Pero entonces murió tu real madre, la Reina buena y la única Telmarina que fue bondadosa conmigo. Poco después murieron o desaparecieron uno a uno todos los grandes señores que habían conocido a tu padre. No por accidente, ciertamente: Miraz los eliminó. Belisar y Uvilas fueron acribillados a flechas durante una cacería; casualmente, según se explicó. A los de la familia de los Passarid los envió a luchar contra los gigantes de la frontera norte hasta que cayeron uno tras otro. Arlian y Erimon y otros doce caballeros fueron ejecutados con falsos cargos de locura. Y finalmente persuadió a los siete nobles señores, los únicos Telmarinos que no temían al mar, para que se embarcaran y fueran a buscar nuevas tierras más allá del Océano de Oriente; jamás regresaron, que era lo que él esperaba. Y cuando no hubo quién pudiera abogar en tu favor, los aduladores (siguiendo sus instrucciones) le rogaron que aceptara ser Rey y, por supuesto, él accedió.

—¿Quiere decir que ahora quiere matarme a mí también? —preguntó Caspian.

—Es bastante probable —contestó el doctor Cornelius.

—Pero ¿por qué ahora? —volvió a preguntar Caspian—. Es decir, ¿por qué no lo hizo antes, si eso era lo que quería? ¿Qué mal le he hecho yo?

—Ha cambiado de opinión respecto a ti por algo que sucedió hace sólo dos horas. La Reina ha dado a luz un hijo. —No veo qué tiene que ver eso —dijo Caspian.

—¡No lo ves! —exclamó el doctor—. Entonces ¿mis lecciones de historia y política no han servido de nada? Escucha. Como no tenía hijos, Miraz decidió que tú serías Rey a su muerte. No porque te estimara mucho, sino porque prefería que fueras tú el heredero y no un extraño. Ahora que tiene un hijo propio, querrá que él

sea el próximo Rey. Tú le estorbas y te sacará de su camino.

—¿Es tan malo como para hacer eso? —preguntó Caspian—. ¿Sería capaz de asesinarme?

—El asesinó a tu padre —dijo el doctor Cornelius.

Caspian sintió que se iba a desmayar, pero no dijo nada.

—Podría relatarte toda la historia —dijo el doctor—, pero no ahora, porque no hay tiempo. Tienes que partir de inmediato.

—¿Usted vendrá conmigo? —preguntó Caspian.

—No me atrevo —respondió el tutor—. Sería más peligroso para ti. Es más fácil seguir el rastro de dos personas que el de una sola. Querido Príncipe, mi querido Rey Caspian, tienes que ser muy valiente. Te irás solo y en este mismo instante. Trata de cruzar la frontera sur y llegar a la corte del Rey Nain de Archenland; él te ayudará y será bueno contigo.

—¿No le volveré a ver nunca más? —dijo Caspian, con voz trémula.

—Espero que sí, querido Rey —repuso el doctor—. ¿Qué otro amigo tengo yo en el mundo si no es Su Majestad? Y tengo también un poquito de magia... Pero ahora hay que actuar con rapidez. Antes de que te vayas, te daré dos regalos: esta pequeña bolsa de oro... ¡y pensar que todos los tesoros de este castillo te pertenecen por derecho propio! Y algo mucho más valioso.

Y puso en las manos de Caspian un objeto que él apenas podía distinguir, pero al tocarlo se dio cuenta de que era un cuerno.

—Este —dijo el doctor Cornelius— es el tesoro más grande y sagrado que hay en Narnia. Cuando era todavía joven, debí vencer incontables terrores y recurrir a diversos hechizos para encontrarlo. Es el cuerno mágico de la Reina Susana, que ella dejó olvidado cuando desapareció de Narnia al término de la Edad de Oro. Se dice que quien sople este cuerno recibirá una ayuda extraña..., nadie sabe cuán extraña. Ojalá tenga el poder de traer del pasado a la Reina Lucía y al Rey Edmundo, y a la Reina Susana y al gran Rey Pedro, para que pongan todo en orden. A lo mejor a su sonido acude el propio Aslan. Tómalo, Rey Caspian, pero no lo uses a menos que sea por extrema necesidad. Y ahora, apresúrate... ¡Rápido, rápido! La puertecilla al fondo de la Torre, la que da al jardín, está sin llave. Allí nos separaremos.

—¿Puedo llevar a mi caballo Destrier? —pidió Caspian.

—Ya está ensillado esperándote en el rincón del huerto.

Mientras bajaban la gran escalera de caracol, Cornelius susurraba sus consejos al oído de Caspian, quien, aunque se sentía asustado y como con el alma en los pies, se esforzaba por escuchar con la mayor atención. Salieron al aire fresco del jardín; un cariñoso apretón de manos, una carrera por el pasto, el relincho de bienvenida de Destrier, y así fue como el Rey Caspian Décimo abandonó el castillo de sus padres. Miró hacia atrás y vio que se encendían fuegos artificiales para celebrar el nacimiento del nuevo príncipe.

Cabalgó toda la noche por los bosques en dirección al sur, escogiendo caminos laterales y senderos estrechos y escasamente frecuentados mientras estuvo en tierras conocidas; después tomó el camino real. Destrier estaba tan excitado como su amo

con ese desacostumbrado paseo, y Caspian, a pesar de sus lágrimas al despedirse del doctor Cornelius, era valiente y, en el fondo, iba feliz al pensar que era el Rey Caspian y que cabalgaba en busca de aventuras, con su espada a su izquierda y el cuerno mágico de la Reina Susana a su derecha. Pero cuando amaneció lloviznando y miró a su alrededor y se vio rodeado de bosques desconocidos, páramos y montañas azules, pensó que el mundo era muy grande y desconocido, y se sintió asustado e insignificante.

Con las primeras luces del día se apartó del camino y encontró un claro en el bosque cubierto de pasto donde pudo descansar. Quitó las bridas a Destrier para dejarlo pastar; comió un poco de pollo frío, bebió un sorbo de vino y se durmió. Despertó a media tarde; comió otro bocado y continuó su marcha,



siempre hacia el sur, por sendas solitarias. Subía y bajaba colinas constantemente, pero siempre más hacia arriba. Desde cada loma podía ver cómo las montañas crecían y se oscurecían frente a él. El atardecer lo sorprendió cabalgando por las laderas más bajas. Se levantó viento y pronto empezó a llover a cántaros. Destrier se puso inquieto; había truenos. Se internaron en un oscuro y aparentemente interminable bosque de pinos. La mente de Caspian se pobló de historias que había escuchado sobre la enemistad de los árboles contra el hombre. Recordó que, después de todo, él era un Telmarino, que pertenecía a aquella raza que taló árboles a su antojo y que estaba en guerra contra todo lo silvestre; y pensó que, aun cuando él no era como los demás Telmarinos, no se podía esperar que los árboles lo supieran.

Y no lo sabían. El viento se transformó en tempestad, los troncos de los árboles crujían y rugían en torno a él. Hubo un estrépito. Un árbol cayó atravesado en el camino justo detrás de Caspian. "Tranquilo, Destrier, tranquilo", dijo, acariciando el cuello del animal; pero también él temblaba y comprendió que había escapado de la muerte por un pelo. Centelleó un relámpago y el chasquido del trueno pareció partir el cielo en dos. Destrier se desbocó y Caspian, a pesar de ser muy buen jinete, no tuvo fuerzas para frenarlo. Se mantuvo en la silla, sabiendo que su vida pendía de un hilo en esa loca carrera que emprendió su caballo. Uno tras otro se alzaban los árboles ante ellos en el crepúsculo y los esquivaban con gran dificultad. De pronto, en forma casi demasiado rápida como para herirlo (y que sin embargo lo hirió), algo golpeó a Caspian en la frente, haciéndolo perder el conocimiento.

Cuando volvió en sí, se encontró tendido en un sitio iluminado por el fulgor del fuego; sentía sus miembros magullados y un gran dolor de cabeza. Cerca de él escuchó voces que hablaban muy bajo.

—Y ahora —decía una de las voces—, antes de que despierte, tenemos que decidir qué haremos con él.

—Matarlo —dijo otra—. No podemos dejarlo vivo, podría traicionarnos.

—Deberíamos haberlo matado de inmediato, pero ahora tenemos que dejarlo vivir —dijo una tercera voz—. No podemos matarlo después de haberlo recogido y haber vendado su cabeza y demás heridas. Sería como asesinar a un huésped.

—Caballeros —dijo Caspian, con voz débil—. Hagan lo que quieran conmigo, pero les pido que tengan piedad de mi pobre caballo.

—Tu caballo alzó el vuelo mucho antes que te encontráramos —dijo la primera voz; una voz curiosamente cascada y terrestre, según le pareció a Caspian.

—No dejen que los convenza con sus bonitas palabras —dijo la segunda voz—. Yo sostengo...

—¡Espinass de pescados! —exclamó la tercera voz—. Por supuesto que no lo mataremos. Qué vergüenza, Nikabrik. ¿Qué dices tú, Cazatrufas? ¿Qué haremos con él?

—Yo le daré de beber —repuso la primera voz, probablemente la de Cazatrufas.

Una silueta sombría se acercó a la cama. Caspian sintió que un brazo se deslizaba suavemente bajo sus hombros, si es que era realmente un brazo. La figura

parecía un poco deforme. La cara que se inclinó sobre él parecía igualmente deforme. Tuvo la sensación de que era muy peluda, con una nariz larguísima y unas raras manchas blancas a ambos lados. "Debe ser una especie de máscara", pensó Caspian. "O quizás tengo fiebre y estoy delirando". Sintió que llevaban a sus labios una copa llena de un líquido dulce y caliente, y lo bebió. Alguien atizó el fuego. Surgió una llamarada y Caspian casi gritó de sorpresa, pues la repentina luz iluminó el rostro que lo miraba. No era la cara de un hombre, sino la de un tejón, sólo que mucho más grande, amistosa e inteligente que la de todos los que había visto antes. Y hablaba. También se dio cuenta de que estaba tendido sobre un lecho de brezo, dentro de una caverna. Sentados frente al fuego había dos hombrecillos barbudos, mucho más salvajes, peludos, bajos y gordos que el doctor Cornelius y comprendió de inmediato que se trataba de verdaderos Enanos, antiguos Enanos, sin una gota de sangre humana en sus venas. Entonces Caspian supo que por fin había encontrado a los Antiguos Narnianos. Sintió que su cabeza daba vueltas.

En el transcurso de los días aprendió a conocerlos por sus nombres. El Tejón se llamaba Cazatrufas; era el de más edad y el más bondadoso de los tres. El Enano que quería matar a Caspian era un amargado enano negro (es decir, su cabello y barba eran negros, espesos y tiesos como crin de caballo). Su nombre era Nikabrik. El otro Enano era un enano rojo, con su pelo semejante al del Zorro, que se llamaba Trumpkin.



—Y ahora —dijo Nikabrik una tarde, cuando Caspian se sintió mejor y pudo sentarse a conversar—, aún no hemos decidido qué haremos con este humano. Ustedes dos creen que le han hecho un gran favor al no permitirme matarlo. Pero me imagino que el resultado final será que tendremos que tenerlo prisionero por el resto de su vida. Por ningún motivo lo dejaré escapar vivo para que regrese junto a los de su raza y nos traicione.

—¡Almohadas y almohadones, Nikabrik! —exclamó Trumpkin—. ¿Por qué tienes que hablar de manera tan dura? La criatura no tiene la culpa de haberse estrellado de cabeza contra un árbol a la puerta de nuestra caverna. A mí no me parece que sea un traidor.

—Escúchenme —dijo Caspian—, ustedes ni siquiera saben si yo deseo regresar. Y la verdad es que no quiero. Me gustaría quedarme con ustedes... si me lo permiten. He pasado mi vida buscándolos.

—¡Puros cuentos! —gruñó Nikabrik—. Eres un Telmarino y un humano, ¿no es así? Estoy cierto de que quieres volver donde tu propia gente.

—Pero es que aun cuando quisiera, no puedo volver —dijo Caspian—. Huía tratando de salvar mi vida cuando tuve el accidente. El Rey quiere asesinarme. Si ustedes me matan, habrán hecho justo lo que él más desea.

—¡Vaya, vaya —musitó Cazatrufas—, no es posible! —¿Eh? ¿Qué dices? ¿Qué has hecho, humano, para caer en desgracia ante Miraz, a tu edad? —preguntó Trumpkin.

—El es mi tío —comenzó Caspian, pero Nikabrik se levantó bruscamente con su puñal en la mano.

—¡Ahí tienen! —gritó—. No sólo es un Telmarino sino además es pariente cercano y heredero de nuestro peor enemigo. ¿Serán tan locos de dejar con vida a esta criatura?

Habría apuñalado a Caspian ahí mismo, si el Tejón y Trumpkin no se hubieran interpuesto en su camino, forzándolo a volver a su asiento, donde lo mantuvieron sujeto.

—Ahora, de una vez por todas, Nikabrik —sentenció Trumpkin—, ¿vas a contenerme o Cazatrufas y yo tendremos que sentarnos encima de tu cabeza?

Nikabrik prometió de mala gana que se quedaría tranquilo. Los otros dos le pidieron a Caspian que contara su historia. Cuando terminó el relato se hizo un silencio.

—Es la historia más rara que he oído —dijo Trumpkin.

—A mí no me gusta —dijo Nikabrik—. No sabía que todavía se hablara de nosotros entre los humanos. Cuanto menos sepan de nuestra existencia será mejor. Y esa vieja niñera debiera haber sujetado la lengua. Y en todo está mezclado ese Tutor: un Enano renegado. Los odio, los odio más que a los humanos. Recuerden mis palabras..., no saldrá nada bueno de todo esto.

—No hables de cosas que no entiendes, Nikabrik —dijo Cazatrufas.

—Ustedes los Enanos son tan olvidadizos y cambiantes como los mismos humanos. Yo soy una bestia, y además soy un Tejón. Nosotros no cambiamos;

nosotros nos mantenemos en una línea. Y pienso que saldrá algo muy bueno de todo esto. Tenemos ante nosotros al verdadero Rey de Narnia; un verdadero Rey que vuelve a la verdadera Narnia. Y nosotros las bestias no olvidamos, aun cuando los Enanos no lo recuerden, que Narnia nunca estuvo mejor que bajo el reinado de un Hijo de Adán.

—¡Pitos y flautas, Cazatrufas! —exclamó Trumpkin—. ¿No pretenderás entregarles el país a los humanos?

—No dije eso —contestó el Tejón—. Este no es país de hombres (¿quién puede saberlo mejor que yo?), pero es un país que debe ser gobernado por un hombre. Los Tejones tenemos bastante buena memoria como para saberlo. Porque, sin ir más lejos, ¿no era hombre el gran Rey Pedro?

—¿Tú crees en esas viejas leyendas? —preguntó Trumpkin.

—Ya te dije, las bestias no cambiamos —respondió Cazatrufas—. Tampoco olvidamos. Creo en el gran Rey Pedro y en los otros que reinaron en Cair Paravel tan firmemente como creo en el propio Aslan.

—Tan firmemente como *eso*, quizás —dijo Trumpkin—. Pero ¿quién cree todavía en Aslan?

—Yo —dijo Caspian—. Y si no creía antes, creo ahora. Allá entre los humanos la gente que se ríe de Aslan se reiría de los cuentos sobre Enanos y bestias que hablan. Algunas veces dudé si existiría realmente un ser como Aslan; también dudé si habría gente como ustedes. Y, sin embargo, aquí están.

—Es cierto —asintió Cazatrufas—. Tienes razón, Rey Caspian. Y mientras seas leal a la Antigua Narnia, serás *mi* Rey, digan lo que digan. ¡Viva Su Majestad!

—Me das asco, Tejón —gruñó Nikabrik—. El gran Rey Pedro y los demás habrán sido hombres, pero de otra clase.



Este es uno de esos malditos Telmarinos que *cazan* animales por deporte. ¿No lo has hecho tú también? —agregó, dirigiéndose bruscamente a Caspian.

—Bueno, a decir verdad, lo he hecho respondió Caspian—. Pero no eran bestias que hablan.

—Es lo mismo —dijo Nikabrik.

—No, no, no —intervino Cazatrufas—. Tú sabes muy bien que no es lo mismo. No ignoras que las bestias de Narnia han cambiado y se asemejan ahora a esas pobres, mudas y necias criaturas que habitan en Calormen o en Telmar. Su tamaño es más pequeño, también. Son más distintas a nosotros que un medio-Enano a ustedes.

Hubo una larga discusión, pero al final se acordó que Caspian se quedaría y además se le prometió que, en cuanto estuviera en condiciones de salir, lo llevarían a visitar a "los Otros", como los llamaba Trumpkin. Al parecer toda clase de criaturas de los antiguos tiempos de Narnia aún vivían ocultas en esas regiones despobladas.

VI LAS CRIATURAS QUE VIVIAN OCULTAS

Entonces comenzó para Caspian la época más feliz de su vida. Una linda mañana de verano en que el pasto estaba aún cubierto de rocío emprendió el viaje con los dos Enanos y el Tejón. Atravesando el bosque, subieron hasta una elevada cumbre en las montañas y bajaron hacia el sur por sus asoleadas laderas, desde donde podían ver las verdes campiñas de Archenland.

—Iremos primero donde los Tres Osos Panzones —dijo Trumpinkin.

Cruzando un claro en el bosque llegaron al pie de un roble hueco cubierto de musgo. Cazatrufas golpeó el tronco con su pata tres veces sin recibir respuesta. Golpeó una vez más y se escuchó una voz algo opaca que decía desde adentro:

—Váyase. Todavía no es tiempo de levantarse.

Pero cuando golpeó nuevamente, se escuchó en el interior un estruendo parecido a un pequeño terremoto, se abrió una especie de puerta y aparecieron tres osos de color café, muy panzones en realidad, cuyos ojillos pestañeaban con la luz del día. Una vez que se les explicó todo (lo que tomó bastante tiempo, porque aún tenían mucho sueño), dijeron, tal como había dicho Cazatrufas, que el Hijo de Adán debía ser el Rey de Narnia; besaron a Caspian —unos besos sumamente húmedos y resfriados— y le ofrecieron miel. Caspian no tenía ganas de comer miel, sin pan, y menos a esa hora de la mañana, pero pensó que debía aceptarla por cortesía. Después pasó un buen rato tratando de limpiar sus dedos pegajosos.

Luego continuaron su camino hasta un bosquecillo de elevadas hayas, y Cazatrufas gritó: " ¡Correvuela, Correvuela, Correvuela!". En el acto, balanceándose de rama en rama hasta quedar colgando justo encima de sus cabezas, apareció la más magnífica ardilla roja que Caspian hubiese visto jamás. Era muchísimo más grande que las mudas ardillas comunes que solían verse en los jardines del castillo; en realidad, ésta era casi del tamaño de un perrito, y bastaba mirar su cara para darse cuenta de que podía hablar. El único problema era conseguir que se callara, pues, como todas las ardillas, era charlatana. Acogió a Caspian sin dudar un instante, le ofreció una nuez, y Caspian aceptó agradecido. Pero cuando Correvuela se alejó saltando a buscarla, Cazatrufas susurró al oído de Caspian:

—No la mires, mira hacia otro lado. Es de pésima educación entre las ardillas observar a alguien cuando va a su bodega, o dar la impresión de que quieres saber dónde guarda sus provisiones.

Correvuela regresó con la nuez para Caspian. Después la ardilla se ofreció para llevar mensajes a otros amigos. "Porque puedo andar casi por todas partes sin poner un pie en el suelo", dijo. Cazatrufas y los Enanos consideraron la idea excelente y le encargaron que llevara recados para toda clase de gente, de nombres hartos extraños, invitándolos a acudir en tres días más, a la medianoche, a un banquete y a una reunión de consejo en el Prado de las Danzas.

—Y avísales a los tres Panzones también —agregó Trumpkin—. Nos olvidamos de invitarlos.

La siguiente visita fue a los Siete Hermanos del Bosque Tembloroso. Trumpkin los guió en su regreso hasta la cumbre; bajaron hacia el este por la ladera norte de las montañas hasta llegar a un paraje imponente en medio de rocas y pinos. Caminaban en silencio y Caspian sintió que la tierra temblaba bajo sus pies, como si alguien estuviese martillando en las profundidades. Trumpkin se acercó a una piedra plana, del tamaño de la tapa de un barril, y golpeó con su pie. Al cabo de un largo rato, la piedra fue removida desde adentro por alguien o algo que asomó por un hoyo oscuro y redondo de donde salía una gran cantidad de calor y vapor: era la cabeza de un Enano muy parecido a Trumpkin. Hubo una larga discusión, ya que el Enano se mostró más incrédulo que la Ardilla o los Osos Panzones, pero al final todo el grupo fue invitado a bajar. Caspian se encontró de pronto descendiendo por una oscura escalera al interior de la tierra. Al llegar al fondo, vio una lumbre; era la luz de un horno y entonces comprendió que se hallaban en medio de una inmensa herrería. A un lado corría un arroyo subterráneo. Dos Enanos trabajaban con el fuelle; otro, con un par de tenazas, sostenía una plancha caliente de metal rojo sobre el yunque; un cuarto la martillaba, mientras otros dos, limpiando sus callosas y diminutas manos con un trapo grasiento, acudían a recibir a los visitantes. Fue difícil convencerlos de que Caspian era un amigo y no un enemigo, pero terminaron por entenderlo, y todos lo saludaron gritando " ¡Viva el Rey!", y le hicieron espléndidos regalos: armaduras, yelmos y espadas para Caspian, Trumpkin y Nikabrik. El Tejón podría haber recibido algo similar si hubiese querido, pero dijo que él era una bestia y que si sus propias garras y dientes no bastaban para cuidar su piel, entonces no valía la pena defenderla. Caspian jamás había visto un trabajo más fino que el de esas armas, y aceptó encantado usar la espada hecha por los Enanos en lugar de la suya que, al compararlas, era tan débil como un juguete y tan tosca como un palo mal tallado. Los Siete Hermanos (que eran Enanos Rojos) prometieron asistir al festín en el Prado de las Danzas.

Un poco más lejos, en un barranco seco y rocoso, dieron con la caverna de cinco Enanos Negros, los que examinaron a Caspian con notoria desconfianza, pero finalmente el mayor de ellos dijo:

—Si está en contra de Miraz, lo reconoceremos como nuestro Rey.

El que le seguía agregó:

—¿Quieren que los acompañemos más arriba, hasta los riscos? Allí hay un par de Ogros y una Bruja que les podemos presentar.

—Por ningún motivo —dijo Caspian,

—Me parece que no, en realidad —añadió Cazatrufas—. No quisiéramos a nadie de esa calaña a nuestro lado.

Nikabrik estuvo en desacuerdo, pero Trumpkin y el Tejón impusieron su opinión. Caspian se estremeció al pensar que las criaturas horribles de las viejas historias, así como las buenas, aún tenían algunos descendientes en Narnia.



—Aslan no podría ser nuestro amigo si hacemos venir a esa chusma —comentó Cazatrufas cuando se alejaban de la cueva de los Enanos Negros.

—¡Oh, Aslan! —dijo Trumpkin alegremente, pero con un dejo de desdén en su voz—. Lo que importa verdaderamente es que no me tendrían a mí.

—Y tú, ¿crees en Aslan? —preguntó Caspian a Nikabrik.

—Creeré en cualquiera persona o cosa —repuso Nikabrik— que mate a palos a esos malditos bárbaros Telmarinos o que los expulse de Narnia. Cualquiera persona o cosa. Aslan o la Bruja Blanca, ¿me entiendes?

—Silencio, silencio —intervino Cazatrufas—. No sabes lo que dices. La Bruja era un enemigo mucho más temible que Miraz y toda su ralea.

—No lo era para los Enanos —insistió Nikabrik.

La próxima visita fue más agradable. A medida que bajaban, las montañas se abrían en un largo y estrecho valle o en una boscosa quebrada, al fondo de los cuales corría veloz un río. Sus riberas estaban tapizadas de dedaleras y zarzas, y el aire se llenaba con el zumbido de un enjambre de abejas. Allí Cazatrufas llamó: " ¡Vendaval, Vendaval! " y al cabo de un rato Caspian escuchó un ruido de cascos, que se fue haciendo cada vez más fuerte, hasta que todo el valle

tembló y, de pronto, quebrando y pisoteando matorrales, aparecieron las criaturas más nobles que Caspian pudiera imaginar; el magnífico Centauro Vendaval y sus tres hijos. Su lomo tenía un lustroso color castaño y la barba que caía sobre su amplio pecho era de color rojo-dorado. Era un profeta y un astrólogo y ya sabía a qué venía.

—¡Viva el Rey! —gritó—. Mis hijos y yo estamos dispuestos para la guerra. ¿Cuándo se libraré la batalla?

Ni Caspian ni los otros habían pensado hasta ahora en una guerra. Habían considerado vagamente la idea de una ocasional incursión a la granja de algún humano, o un posible ataque a grupos de cazadores, si se aventuraban a internarse en esas selvas australes. Pero, en general, sólo habían imaginado la posibilidad de vivir solos en bosques y cuevas y desde su escondite fraguar un asalto a Narnia. Las palabras de Vendaval los hicieron recapacitar seriamente acerca de la situación que enfrentaban.

—¿Propones que organicemos una verdadera guerra para echar a Miraz? —preguntó Caspian.

—¿Qué otra cosa podemos hacer? —repuso el Centauro—. ¿Con qué otro propósito Su Majestad ha vestido su armadura y lleva ceñida su espada?

—¿Lo crees posible, Vendaval? —inquirió el Tejón. —El momento ha llegado —dijo Vendaval—. Yo

observo los cielos, Tejón, porque mi deber es ése, como el tuyo es atesorar recuerdos. Tarva y Alambil se han encontrado en las antesalas de los altos cielos, y en la tierra un Hijo de Adán se alza una vez más para dictar las leyes y dar nombres a las criaturas. Ha sonado la hora. El Consejo que sostendremos en el Prado de las Danzas debe ser un consejo de guerra.

Habló con tal determinación que Caspian y sus amigos no dudaron un

momento más; ahora les parecía muy posible que pudieran ganar una guerra y muy claro que debían intentarlo.

Como ya era pasado el mediodía, se quedaron con los Centauros y comieron los alimentos que ellos tenían para ofrecerles: pasteles de avena, manzanas, hierba, vino y queso.

El próximo lugar que visitaron estaba muy cercano, pero tuvieron que dar un largo rodeo para evitar adentrarse en una zona habitada por hombres. A las primeras horas de la tarde se hallaban en una llanura, al abrigo de altos matorrales. Allí Cazatrufas llamó por la boca de una pequeña cueva en la tierra verde, de donde irrumpió lo último que Caspian esperaba: un Ratón que Habla. Era muchísimo más grande, por cierto, que un ratón común; medía más de treinta centímetros de alto cuando estaba parado en sus patas traseras; con unas orejas casi tan largas (aunque más anchas) como las de un conejo. Su nombre era Rípichip y era un ratón muy alegre y de aspecto marcial. Usaba un minúsculo espadín colgado a su cintura y constantemente retorció sus largos bigotes como si fuera un mostacho.

—Somos doce, Señor —dijo con una elegante y graciosa reverencia—. Pongo sin reservas todos los recursos de mi gente a la disposición de Su Majestad.

Caspian se esforzó por no reírse (y lo logró), pero no pudo evitar pensar que Rípichip y toda su gente cabrían dentro de un canasto de ropa para lavar que se carga al hombro.

Sería largo mencionar a todas las criaturas que Caspian conoció ese día; Clodsley Shovel el Topo, los tres Morduros (tejones como Cazatrufas), la Liebre Camila y el Puerco Espín Cerdoso. Al final pudieron descansar junto a un pozo, al borde de un ancho y plano círculo de pasto rodeado de altos olmos que proyectaban largas sombras en ese momento, pues el sol se estaba poniendo, las margaritas se cerraban y bandadas de cuervos volaban a sus nidos para dormir.

Cenaron lo que habían llevado consigo y, en seguida, Trumpkin encendió su pipa (Nikabrik no fumaba).

—Si en estos momentos —dijo el Tejón— pudiéramos despertar a los espíritus de esos árboles y de este pozo, habríamos hecho un buen trabajo por el día de hoy.

—¿No podemos hacerlo? —preguntó Caspian.

—No —contestó Cazatrufas—. No tenemos poder sobre ellos. Desde que los Humanos llegaron a esta tierra, talando los bosques y contaminando los ríos, las Dríades y las Náyades se sumergieron en un sueño profundo. Quién sabe si algún día despertarán. Y es una gran desventaja para nosotros. Los Telmarinos les tienen horror a los bosques y si de repente los Árboles empezaran a moverse furiosos, nuestros enemigos enloquecerían de pavor y huirían de Narnia con toda la rapidez que sus piernas les permitieran.

—¡Qué imaginación tienen ustedes los Animales! —exclamó Trumpkin, que no creía en tales historias—. Pero ¿por qué limitarnos a Árboles y Aguas? ¿No sería mucho más entretenido que las piedras empezaran a lanzarse ellas mismas contra el viejo Miraz?

El Tejón gruñó nada más ante estas palabras y se produjo un silencio tan largo

que Caspian casi se había dormido cuando creyó escuchar a su espalda una música débil que salía de la profundidad del bosque. Pensó que soñaba y se recostó nuevamente; pero al poner su oído sobre la tierra, sintió o escuchó (era difícil distinguir) un leve sonido de tambores. Levantó la cabeza. Los golpes de los tambores se alejaron, pero la música se hacía cada vez más clara; un sonar de flautas, al parecer. Vio que Cazatrufas se había incorporado y miraba fijamente hacia los árboles. La luna brillaba en lo alto; Caspian había dormido más tiempo del que había pensado. La música se acercaba más y más, una melodía violenta y soñadora a la vez, y el ruido de pasos de muchos pies livianos, hasta que al fin, saliendo del bosque iluminadas por el claro de luna,

aparecieron unas figuras bailando, tal como Caspian había soñado toda su vida. No eran mucho más altas que los Enanos, pero mil veces más delicadas y graciosas. Sus cabezas eran rizadas y lucían pequeños cuernos; la parte superior de sus cuerpos brillaba desnuda a la luz pálida, pero sus piernas y pies eran iguales a los de las cabras.

—¡Faunos! —gritó Caspian, levantándose de un brinco, y al punto se vio rodeado por ellos.

No costó nada explicarles la situación y aceptaron a Caspian en el acto. Antes de darse cuenta de lo que hacía, se encontró envuelto en la danza. Trumpkin, con movimientos más torpes y pesados, se les unió e incluso Cazatrufas brincaba y se movía lentamente lo mejor que podía. Sólo Nikabrik se quedó en su lugar, observando en silencio.



Los Faunos bailaban en torno a Caspian al son de sus flautas de caña. Sus extraños rostros, que reflejaban tristeza y alegría al mismo tiempo, examinaban el suyo con sumo interés. Eran docenas de Faunos: Mentius y Obentinus y Dumnus, Voluns, Voltinus, Girbius, Nimienus, Nausus y Oscuns... Todos enviados por la ardilla Correvuela.

Cuando despertó a la mañana siguiente, Caspian casi creía que todo había sido un sueño; pero el pasto estaba cubierto de ligeras huellas de cascos.

VII LA ANTIGUA NARNIA EN PELIGRO

El lugar del encuentro con los Faunos era, por cierto, el Prado de las Danzas, y en él permanecieron todos hasta la noche del Gran Consejo. Dormir bajo las estrellas, beber nada más que agua de pozo y alimentarse con nueces y frutas silvestres era una experiencia del todo desconocida para Caspian, acostumbrado en su castillo a dormir en su cama con sábanas de seda en una habitación cubierta de tapicerías y a que le sirvieran sus comidas en vajilla de oro y plata en la antecámara, donde sus pajes estaban siempre dispuestos a atenderlo. Pero nunca se había sentido más feliz que ahora. Jamás había tenido sueños tan placenteros ni comido alimentos más sabrosos; cada día cobraba nuevas fuerzas y su cara lucía una expresión digna de un monarca.

Llegó la gran noche y sus extraños súbditos comenzaron a entrar sigilosamente al Prado de a uno, de a par, de a tres, o en grupos de seis o siete a la luz de la luna que brillaba ya en todo su esplendor, iluminando la escena. Lleno de emoción, recibió a la numerosa concurrencia y agradeció sus amables saludos. Allí estaban todos los que ya conocía, es decir, los Osos Panzones y los Enanos Rojos y los Enanos Negros, Topos y Tejones, Liebres y Puercos Espines, así como otros a quienes no había visto antes: cinco Sátiros de pelo rojo como los zorros; todo el contingente de Ratones que Hablan armados hasta los dientes y marchando al son de las agudas notas de una trompeta; algunos Búhos; el Viejo Cuervo de Ravenscur. Al final (y al verlo Caspian perdió el habla), junto a los centauros, venía Rompetiempo, un modesto pero genuino Gigante de las colinas del Hombre Muerto, llevando sobre su hombro un canasto repleto de Enanos algo mareados, que aceptaron su oferta de transporte, pero que ahora hubiesen preferido haber hecho una caminata.

Los Osos Panzones estaban ansiosos por celebrar primero el festín y dejar el Consejo para después; tal vez para el día siguiente. Rípichep y sus Ratones opinaban que consejos y festines bien podían esperar, y proponían asaltar el castillo de Miraz esa misma noche. Correvuela y las demás Ardillas dijeron que ellas podían comer y hablar al mismo tiempo, así que ¿por qué no celebrar el festín y el consejo ahora mismo? Los Topos mencionaron la urgencia de cavar trincheras alrededor del Prado. Los Faunos sugirieron comenzar el acto con una danza solemne. El Viejo Cuervo, aun estando de acuerdo con los Osos en que sería muy demoroso celebrar un consejo pleno antes de la cena, solicitó autorización para pronunciar un breve discurso ante los asistentes. Pero Caspian, los Centauros y los Enanos rechazaron tales sugerencias, insistiendo en la conveniencia de celebrar un verdadero Consejo de Guerra de inmediato.

Una vez que se logró que todas las criaturas se sentaran en silencio formando un gran círculo y (lo que fue mucho más difícil) que Correvuela dejara de correr de allá para acá dando órdenes: "¡Silencio, silencio todos, el Rey va a hablar!", Caspian

se levantó, bastante nervioso.

—¡Narnianos! —comenzó, pero no pudo continuar, pues Camila la Liebre lo interrumpió diciendo:

—¡Cuidado, hay un Hombre en alguna parte, muy cerca de aquí!

Los concurrentes eran criaturas de la selva, acostumbradas a ser perseguidas y cazadas, de modo que se quedaron inmóviles como estatuas. Todas las bestias volvieron sus narices en la dirección que Camila había indicado.

—Huele a Hombre, pero no totalmente a Hombre —murmuró Cazatrufas.

—Se está acercando —apuntó Camila.

—Dos Tejones y tres Enanos, con sus arcos en la mano, salgan sin ruido a su encuentro —ordenó Caspian.

—Lo despacharemos —dijo un Enano Negro sombríamente, colocando un dardo en las cuerdas de su arco.

—No le disparen si está solo —dijo Caspian—. Agárrenlo.

—¿Porqué? —preguntó el Enano.

—Haz lo que te dicen —dijo Vendaval, el Centauro.

Esperaron en silencio mientras los tres Enanos y los dos Tejones se acercaban furtivamente a los árboles situados al noroeste del Prado. De pronto uno de los Enanos gritó con su voz aguda: "¡Alto! ¿quién va?" y alguien apareció de súbito. Se escuchó entonces una voz, que Caspian conocía muy bien:

—Está bien, está bien. No llevo armas. Aten mis muñecas, si quieren, respetables Tejones, pero no me las muerdan, por favor. Quiero hablar con el Rey.

—¡Doctor Cornelius! —gritó Caspian con alegría y corrió a saludar a su viejo maestro. Todos se agolparon a su alrededor.

—¡Bah! —gruñó Nikabrik—. Un Enano renegado. ¡Un Enano a medias! ¡Le cortaré el cuello con mi espada!

—Quieto, Nikabrik —advirtió Trumpkin—. La criatura no tiene la culpa de su ascendencia.

—Este es mi mejor amigo, a quien debo la vida —dijo Caspian—. Y al que no le agrade su compañía, puede abandonar mi ejército de inmediato. Queridísimo doctor, ¡qué alegría verlo de nuevo! ¿Cómo logró encontrarnos?

—Usando un poquito de magia muy sencilla, Su Majestad —respondió el doctor, jadeando y resollando aún por la larga caminata. Pero no hay tiempo que perder ahora. Debemos huir de este sitio. Has sido traicionado y Miraz ya se ha puesto en marcha hacia acá. A más tardar mañana al mediodía nos tendrá cercados.

—¡Traicionado! —exclamó Caspian—. ¿Y por quién?

—Por otro Enano renegado, seguramente —dijo Nikabrik.

—Ha sido tu caballo Destrier —aclaró el doctor Cornelius—. El pobre bruto se desorientó cuando tú te caíste; volvió lentamente a su establo en el castillo, y así se supo el secreto de tu huida. Yo me escabullí para evitar que Miraz me interrogara en su cámara de torturas. En mi bola de cristal vi dónde te podía encontrar. Durante todo el día de anteayer las cuadrillas de rastreo de Miraz han recorrido los bosques. Ayer supe que su ejército también había salido. Me temo que algunos de tus... hum...

Enanos de Pura Sangre no tienen mucho sentido ni destreza para moverse en los bosques como fuera de esperar. Han dejado huellas por todas partes, lo que es un lamentable descuido. En todo caso, algo ha hecho saber a Miraz que la Antigua Narnia no está muerta como él esperaba, y se ha puesto en movimiento.

—¡Hurra! —se oyó una vocecita chillona que parecía salir de algún sitio bajo los pies del doctor—. ¡Déjenlos venir! Todo lo que pido al Rey es que nos ponga a mí y a mi gente a la vanguardia.

—¿Qué demonios es eso? —exclamó el doctor Cornelius—. ¿Su Majestad ha reclutado a saltamontes o a mosquitos?

Se agachó y observó cuidadosamente a través de sus anteojos, entrecerrando sus ojos de miope, y rompió a reír.

—¡Por el León —juró—, si es un ratón! Señor Ratón, me encantaría conocerlo mejor. Es un honor para mí encontrar una bestia tan valiente.

—Le brindaré mi amistad, Hombre Sabio —dijo con su voz aflautada Rípichip—. Y cualquier Enano, o Gigante, de este ejército que no lo trate con el debido respeto, se las verá con mi espada.



—¿Hay tiempo para estas tonterías? —preguntó Nikabrik—. ¿Cuál es el plan? ¿Batalla o fuga?

—Batalla, si es necesario —respondió Trumpkin—. Pero no estamos todavía bien preparados y ésta es una plaza difícil de defender.

—No me agrada la idea de huir —expresó Caspian.

—¡Escuchémosle, escuchémosle! —dijeron los Osos Panzones—. Y hagamos lo que hagamos, que sea sin correr; especialmente no antes de la cena, ni tampoco inmediatamente después de terminar de comer.

—Los que huyen primero no siempre llegan últimos —dijo el Centauro—. ¿Para qué dejar que el enemigo escoja nuestra posición, en vez de escogerla nosotros mismos? Busquemos un sitio adecuado.

—Es un consejo muy sensato, Su Majestad, muy sensato —dijo Cazatrufas.

—Pero, ¿a dónde iremos? —preguntaron varias voces.

—Escuche, Su Majestad —dijo el Maestro Cornelius—, y todas las criaturas aquí reunidas. Pienso que debemos escapar en dirección al este y bajar el río rumbo a los grandes bosques. Los Telmarinos detestan esa región. Siempre han temido al mar y a cualquier cosa que de él provenga. Es por eso que han dejado que los árboles crecieran. De acuerdo a la tradición, el antiguo Cair Paravel estaba situado en la desembocadura del río. Los que habitan esa zona son amigos nuestros y odian a nuestros enemigos. Debemos ir al Monumento de Aslan.

—¿El Monumento de Aslan? —se alzaron numerosas voces—. No sabemos qué es eso.

—Se encuentra dentro de los confines de los Grandes Bosques y es un inmenso montículo de tierra que los narnianos levantaron en tiempos muy remotos sobre un lugar especialmente mágico, donde se hallaba —y quizás aún se halle— una Piedra, especialmente mágica también. Está totalmente ahuecado por dentro, lo atraviesan una infinidad de galerías y cuevas, y en la principal se encuentra la Piedra. Hay espacio para todas nuestras provisiones; aquellos que necesiten estar a cubierto o que tengan costumbre de vivir bajo tierra, pueden alojarse en las cuevas; los demás pueden acampar en el bosque. En caso de apuro, todos (excepto este respetable Gigante) podríamos refugiarnos dentro del montículo, donde estaríamos fuera de todo peligro, salvo del hambre.

—Es una suerte tener entre nosotros a un hombre con tantos conocimientos —dijo Cazatrufas.

—¡Sopas de apio! —masculló Trumpkin—. Quisiera que nuestros caudillos pensarán menos en esos cuentos de viejas comadres y se ocuparan de obtener vituallas y armas.

Pero todos aprobaron la proposición de Cornelius y esa misma noche, una media hora más tarde, se pusieron en camino. Antes de la salida del sol llegaron al Monumento de Aslan.

Era en verdad un lugar imponente; una colina redonda y verde en la cima de otra colina cubierta de añosos árboles. Había una insignificante y estrecha puerta de

entrada hacia el interior. Adentro, los túneles formaban un perfecto laberinto hasta que llegabas a conocerlos bien; estaban revestidos y techados con piedras pulidas, y sobre ellas, mirando con mucha atención a la luz crepuscular, Caspian distinguió extrañas leyendas e intrincados diseños y grabados, en que la figura de un León se repetía una y otra vez. Todo aquello parecía pertenecer a una Narnia aún más antigua que la Narnia de las historias que contaba su niñera.

Fue después de haber instalado sus cuarteles dentro y alrededor del Monumento que la suerte comenzó a volverse en su contra. Los emisarios del Rey Miraz descubrieron el nuevo refugio y el propio Rey al frente de su ejército llegó hasta el borde del bosque. Y, como sucede a menudo, las fuerzas del enemigo resultaron ser superiores a lo que habían calculado. Caspian sintió que se le helaba la sangre en las venas al ver acercarse compañía tras compañía. Y si los hombres de Miraz tenían miedo de penetrar en el bosque, mucho más miedo tenían de Miraz y con él a la cabeza se adentraron combatiendo, llegando hasta el Monumento mismo. Caspian y otros capitanes llevaron a cabo varias incursiones a campo abierto, de modo que hubo combates casi todos los días y a veces también en las noches; pero la gente de Caspian llevaba siempre la peor parte.

Finalmente llegó una noche en que todo había salido muy mal, y la lluvia que cayó copiosamente todo el día había cesado al anochecer sólo para dar paso a un frío intenso. Esa mañana Caspian había planeado la que sería su batalla más importante y todos cifraban sus esperanzas en ella. El y la mayor parte de los Enanos debían caer al amanecer sobre el ala derecha del ejército del Rey, y luego, en pleno combate, el Gigante Rompetiempo con los Centauros y algunas de las bestias más feroces debían atacar desde otro lugar y tratar de aislar el flanco derecho del Rey del resto de sus tropas. Pero todo había fracasado. Nadie advirtió a Caspian (porque nadie lo recordó en esos últimos días en Narnia) que los gigantes no son nada de listos. Pobre Rompetiempo, a pesar de ser bravo como un león, era en otros aspectos un típico gigante. No atacó a la hora convenida y lo hizo desde otro sitio, por lo que tanto su bando como el de Caspian sufrieron considerables bajas y, en cambio, no lograron hacer gran daño en las filas enemigas. La mayoría de los Osos resultaron con serias lesiones; un centauro fue herido gravemente, y en la compañía de Caspian no hubo quién no vertiera su sangre en la batalla. Fue un grupo de seres desalentados el que se amontonó bajo unos árboles que goteaban lluvia para comer su modesta cena.

El más deprimido era el Gigante Rompetiempo. Sabía que la derrota era culpa suya. Se sentó en silencio, derramando enormes lágrimas que se juntaban en la punta de su nariz y luego caían, salpicando a todo el campamento de los Ratonés, que recién lograban sentirse abrigados y se disponían a dormir. Dieron un salto, sobresaltados, y sacudiendo el agua de sus orejas y estrujando sus mantas, preguntaron al Gigante, con sus voces chillonas y potentes, si no creía que ya estaban bastante mojados sin necesidad de esta nueva lluvia. Otros despertaron y alegaron que los Ratonés se habían enrolado como voluntarios y no como integrantes de una orquesta y les pidieron que guardaran silencio. Rompetiempo salió en la planta de los pies en busca de un lugar donde poder llorar en paz, pero al

pasar pisó la cola de alguien y alguien (se dijo que fue un zorro) lo mordió. Entonces, todos se enojaron contra todos.

Pero en la sala secreta y mágica al interior del Monumento, el Rey Caspian, Cornelius, el Tejón, Nikabrik y Trumpkin estaban reunidos en consejo. Gruesos pilares construidos hacía siglos sostenían el techo. En el centro se encontraba la Piedra, una mesa de piedra partida en la mitad, cubierta de restos de antiquísimas escrituras, gastadas por años de viento, lluvia y nieve desde los remotos tiempos en que la mesa de piedra se alzaba en la cima de la colina, cuando todavía no se había erigido el Monumento sobre ella. No se apoyaron en la mesa ni se sentaron a su alrededor; era una mesa demasiado mágica como para darle un uso vulgar. Se sentaron en troncos cerca de ella, ante una rústica mesa de madera sobre la cual un tosco farol de arcilla iluminaba sus caras pálidas, proyectando sus sombras contra las paredes.

—Si Su Majestad piensa usar el cuerno alguna vez —dijo Cazatrufas—, creo que ha llegado la hora.

Caspian les había hablado hacía varios días acerca de ese tesoro.

—Necesitamos ayuda, en realidad —repuso Caspian—, pero es difícil decidir si hemos llegado ya a la situación más extrema. Supongamos que nos veamos más apremiados más adelante y ya lo hayamos utilizado.

—Con ese argumento —opinó Nikabrik—, Su Majestad nunca lo usará, hasta que sea demasiado tarde.

—Estoy de acuerdo —dijo el maestro Cornelius.

—¿Qué opinas tú, Trumpkin? —preguntó Caspian.

—Por mí —respondió el Enano Rojo, que había escuchado la conversación con gran indiferencia—, Su Majestad sabe lo que pienso del Cuerno, y de esa piedra partida que hay allí, y su gran Rey Pedro, y su León Aslan. Para mí son unos solemnes disparates. Me da lo mismo cuándo y dónde Su Majestad sople el Cuerno. Solamente insisto en que el ejército no sea informado. No es conveniente alimentar esperanzas en ayudas mágicas, que, como pienso, seguramente van a provocar una tremenda desilusión.

—Entonces, en el nombre de Aslan, haremos sonar el Cuerno de la Reina Susana —dijo Caspian.

—Hay algo, Señor —dijo el doctor Cornelius—, que debería hacerse antes. Ignoramos la forma en que se presentará la ayuda. Podría ser que invocáramos al propio Aslan desde más allá del mar. Creo que es más aconsejable llamar al gran Rey Pedro y a sus poderosos compañeros desde el remoto pasado. Tampoco podemos estar seguros de que la ayuda se manifieste en este mismo sitio...

—Nunca dijiste algo tan cierto —intercaló Trumpkin.

—Pienso —prosiguió el erudito—, que ellos —o él— volverán a uno de los antiguos lugares de Narnia. Este, donde estamos ahora, es el más antiguo y el más profundamente mágico de todos y aquí creo que es muy posible que recibamos la respuesta. Pero hay otros dos. Uno es el Páramo del Farol, río arriba, al oeste del Dique de los Castores, donde los Niños Reales aparecieron por primera vez en

Narnia, según relata la historia. El otro es abajo, en la desembocadura del río, donde estaba situado su castillo Cair Paravel. Y si viene el propio Aslan, ese sería también el lugar elegido, porque todas las historias coinciden en que él es el hijo del gran Emperador-más-allá-del-mar y que vendrá pasando sobre el mar. Quisiera que se enviaran mensajeros a ambos lugares, al Páramo del Farol y a la desembocadura del río, a recibirlos a ellos, a él, o a quien venga.

—Tal como yo pensaba —rezongó Trumpkin—. El primer resultado de esta locura en vez de aportar ayuda nos hará perder a dos de nuestros soldados.

—¿A quién propone enviar, doctor Cornelius? —consultó Caspian.

—Las ardillas son las mejores para introducirse en el campo enemigo sin ser capturadas —opinó Cazatrufas.

—Las ardillas nuestras, y no son muchas —dijo Nikabrik—, son bastante traviesas. Para una misión como ésta yo confiaría únicamente en Correvuela.

—Que vaya Correvuela, entonces —dijo el Rey Caspian—. Y ¿quién puede ser el otro mensajero? Ya sé que tú irías, Cazatrufas, pero te falta rapidez. Tampoco podría ser usted, doctor Cornelius.

—Yo no iré —manifestó Nikabrik—. Rodeados como estamos de tantos humanos y bestias, debe quedar aquí un Enano que se preocupe de que los Enanos sean tratados con justicia.

—¡Truenos y relámpagos! —gritó Trumpkin enfurecido—. ¿Es así como se le habla al Rey? Envíame a mí, Señor, yo iré.

—Pero pensé que tú no creías en el Cuerno, Trumpkin —dijo Caspian.

—Claro que no creo, Su Majestad. Pero eso no tiene nada que ver con esto. Da lo mismo que yo muera persiguiendo un sueño o que muera aquí. Eres mi Rey. Yo sé la diferencia que hay entre dar consejos y recibir órdenes. Ya te di mi consejo, es hora de recibir tus órdenes.

—Nunca olvidaré este gesto, Trumpkin —dijo Caspian—. Hagan venir a Correvuela, por favor. Y ¿cuándo habré de hacer sonar el Cuerno?

—Yo esperaré hasta la salida del sol, Su Majestad —dijo el maestro Cornelius—. A veces tiene influencia sobre la Magia Blanca.

Minutos después se presentó Correvuela y se le explicó su tarea. Al igual que muchas ardillas, estaba pleno de valor, brío, energía, excitación y travesura (por no decir presunción) y, en cuanto supo cuál era su misión, ardió de ansias por partir. Se resolvió que él iría al Páramo del Farol, mientras Trumpkin tomaría el atajo hasta la desembocadura del río. Luego de una apresurada comida, ambos se pusieron en marcha, en medio de los fervorosos agradecimientos y buenos deseos del Rey, del Tejón y de Cornelius.

VIII COMO SALIERON DE LA ISLA

—Y así fue —dijo Trumpkin (porque ustedes ya habrán comprendido que era él quien narraba su historia a los cuatro niños, sentados en el pasto en medio de las ruinas del salón de Cair Paravel)—. Y así fue que puse dos pedazos de pan en mi bolsillo, dejé todas mis armas, guardándome sólo el puñal, y me interné en los bosques con las primeras luces del alba. Había caminado rápido por varias horas cuando oí un sonido como no lo había escuchado en toda mi vida. ¡Ah, nunca lo olvidaré! El aire se llenó de él, fuerte como un trueno pero mucho más sostenido, y fresco y dulce como la música sobre el agua, mas tan potente que hacía temblar los bosques. Y me dije: "Si eso no es el Cuerno, que me convierta en conejo". Y me pregunté por qué no lo habían soplado antes...

—¿A qué hora fue? —preguntó Edmundo.

—Entre las nueve y las diez de la mañana —respondió Trumpkin.

—¡Justo cuando estábamos en la estación! —exclamaron los niños al unísono, y se miraron con los ojos brillantes.

—Continúa, por favor —pidió Lucía al Enano.

—Bueno, como iba diciendo, me sorprendí, pero seguí como quien oye llover. Caminé toda la noche y entonces, cuando apenas amanecía esta mañana, como si no tuviera más juicio que un gigante, me arriesgué a tomar un atajo a campo abierto para acortar camino y evitar el largo rodeo que hace el río y allí me agarraron. No fue el ejército, sino un tonto viejo y pomposo que está a cargo del pequeño castillo que Miraz tiene como su última fortaleza en la ruta hacia la costa. No necesito decirles que no me sacaron ni una palabra de la verdad, pero como yo era un Enano, eso bastaba. Sin embargo, ¡langostas y limones! fue una suerte que el senescal fuera *ese* tonto pomposo. Cualquiera otro me hubiera atravesado con su espada en ese mismo momento y lugar. Pero lo más importante para él, a excepción de una solemne ejecución, era lanzarme a "los fantasmas" con todo el ceremonial del caso. Y entonces esta señorita (y saludó a Susana) puso en práctica su habilidad con el arco —fue un muy buen tiro, debo reconocerlo— y aquí estoy. Sin mi armadura, por supuesto, pues ellos me la quitaron.

El Enano dio unos golpecitos a su pipa y la llenó de tabaco.

¡No me embromen! —exclamó Pedro—. Así que fue el cuerno, tu propio cuerno, Su, el que nos sacó ayer en la mañana de aquel banco en el andén. Apenas lo puedo creer, aunque todo está muy claro.

—No sé por qué no lo puedes creer —dijo Lucía—, si crees en la magia. ¿No hay miles de cuentos en que la magia puede trasladar personas de un lugar a otro, o de un mundo a otro? Por ejemplo, cuando un mago en *Las Mil y una Noches* invoca a un Genio, éste tiene que acudir. Nosotros teníamos que venir, eso es todo.

—Sí —asintió Pedro—, supongo que lo que lo hace parecer tan raro es que en

los cuentos siempre es alguien de nuestro mundo el que invoca. En realidad, uno no se preocupa por saber de *dónde* viene el Genio.

—Ahora sabemos cómo se siente un Genio —dijo Edmundo, con una risa ahogada—. ¡Por la flauta! Es un poco molesto que a *uno* lo llamen con un simple silbido. Es peor que lo que papá dice acerca de vivir como esclavo del teléfono.

—Pero queremos estar aquí, ¿no es cierto? —agregó Lucía—, por si Aslan nos necesita.

—Entretanto —dijo el Enano—, ¿qué vamos a hacer?

Creo que será mejor que yo vuelva al lado del Rey Caspian y le diga que no llegó ninguna ayuda.

—¿Ninguna ayuda? —preguntó Susana—. Pero por supuesto que llegó ¡y aquí estamos!

—E... e... sí, claro. Ya veo —tartamudeó el Enano, cuya pipa parecía estar tapada (por lo menos se afanó mucho en limpiarla)—. Pero... bueno... quiero decir...

—¿Es que todavía no sabes quiénes somos? —gritó Lucía—. Eres un estúpido.

—Supongo que son los cuatro niños de las viejas leyendas —dijo Trumpkin—. Y, en verdad, estoy muy contento de conocerlos. Es muy interesante, sin duda. Pero... ¿no se ofenderán? —titubeó otra vez.

—Continúa y di lo que quieras decir —lo urgió Edmundo.

—Bien, entonces, sin ofensas —dijo Trumpkin—. Es que, ustedes saben, el Rey y Cazatrufas y el maestro Cornelius esperaban, bueno, si me entienden, ayuda. En otras palabras, creo que ellos imaginaban que ustedes eran unos grandes guerreros. A decir verdad, adoramos a los niños y todo eso, pero en este preciso momento, en medio de una guerra... Pero estoy seguro de que ustedes comprenderán.

—Quiere decir, entonces, que crees que nosotros no les serviremos... —aclaró Edmundo, poniéndose rojo.

—Por favor, no se ofendan —interrumpió el Enano—. Les aseguro, mis queridos amiguitos...

—Que alguien como tú nos llame amiguitos me parece un poco ridículo —saltó Edmundo—. Seguramente no crees que nosotros ganamos la Batalla de Beruna, ¿no es así? Bueno, puedes decir lo que quieras de mí, porque yo sé...

—No perdamos la calma —intervino Pedro—. Démosle una nueva armadura y equipémonos también nosotros en la sala del tesoro; después conversaremos.

—No veo por qué... —comenzó Edmundo, pero Lucía susurró en su oído: "¿No sería mejor hacer lo que dice Pedro? Acuérdate de que es el gran Rey. Y creo que tiene una idea". Edmundo accedió y, con el auxilio de su linterna, todos, incluso Trumpkin, bajaron nuevamente los escalones hacia el oscuro, frío y polvoriento esplendor de la casa del tesoro.

Los ojillos del Enano centellearon al ver la riqueza que llenaba los estantes (aunque tenía que empujarse para mirarla) y se dijo: "Esto no lo verá jamás Nikabrik, jamás".

Fue fácil encontrar una cota de malla para él, una espada, un yelmo, un escudo,

un arco con su carcaj de flechas, todo apropiado al tamaño de un enano. El yelmo era de cobre adornado con rubíes; la empuñadura de la espada era de oro. Trumpkin nunca había visto aún y menos había lucido joyas semejantes. Los niños también se pusieron armaduras y yelmos; escogieron una espada y, un escudo para Edmundo y un arco para Lucía... Pedro y Susana ya llevaban sus regalos, por supuesto. Mientras los demás subían la escalera haciendo tintinear los metales de sus mallas y sintiéndose todos cada vez más narnianos y mucho menos niños de colegio, Pedro y Edmundo se quedaron atrás, al parecer para hacer algún plan. Lucía oyó que Edmundo decía:

—No, déjame a mí. Será más humillante para él si yo le gano, y menos chasco para nosotros si pierdo.

—Está bien, Ed —asintió Pedro.

Cuando salieron a la plena luz del día, Edmundo se volvió hacia el Enano y le dijo en forma muy cortés:

—Tengo que pedirte un favor. Los niños como nosotros no tenemos muy a menudo la oportunidad de conocer a un gran guerrero como tú. ¿Aceptarías un encuentro de esgrima conmigo? Sería un gran honor.

—Pero, muchacho —dijo Trumpkin—, esas espadas son muy afiladas.

—Ya lo sé —contestó Edmundo—. Pero no me acercaré mucho, y tú serás bastante hábil como para desarmarme sin hacerme daño.

—Es un juego peligroso —advirtió Trumpkin—. Pero ya que te interesa tanto, ensayaremos un par de pases.

Ambas espadas relucieron al instante; los otros tres salieron del pabellón y se pusieron a observar. Y valía la pena. No era una de esas peleas tontas con espadones que se ven en el teatro. Tampoco una pelea con espadines, que suelen ser mejores. Esta era una verdadera lucha con espadas verdaderas. Lo mejor es darle estocadas al enemigo en las piernas y pies, porque son las partes que no están cubiertas por la armadura. Y cuando el contrario te lanza una estocada, tienes que saltar con ambos pies cambiando de lugar, para que el golpe caiga detrás de ti. Esa era la ventaja del Enano, pues Edmundo, como era más alto, tenía que estar constantemente agachándose. No creo que Edmundo habría podido ganar si hubiera tenido que luchar con Trumpkin veinticuatro horas antes. Pero el aire de Narnia estaba haciendo su efecto sobre él desde que llegaron a la isla; las imágenes de sus antiguas batallas se agolparon en su memoria, y sus brazos y dedos recordaron sus viejas tretas. Era otra vez el Rey Edmundo. Los dos combatientes giraban en círculos, dando y recibiendo golpe tras golpe. Susana, que no podía disfrutar con estas cosas, gritó: "Por favor, ten cuidado". Y de pronto, tan súbitamente que nadie (a menos que estuvieran al tanto, como Pedro) se dio cuenta de cómo sucedió, Edmundo cruzó su espada con un movimiento muy extraño, la espada del Enano salió disparada de su puño, y Trumpkin se quedó apretando sus manos vacías, como ocurre cuando se te cae el bate jugando al cricket.

—¿No estás herido, mi querido amiguito? —preguntó Edmundo, jadeante, mientras volvía a envainar su espada.

—Ya entiendo —dijo Trumpkin secamente—. Tienes trucos que yo no conozco.

—Es cierto —reconoció Pedro—. Se puede desarmar al mejor espadachín del mundo con algún truco nuevo para él. Creo que lo justo sería darle a Trumpkin una oportunidad en otro deporte. ¿Quieres competir con mi hermana en tiro al arco? No hay trucos en eso.

—Ah, ustedes son harto bromistas, por lo que veo —dijo el Enano—. Como si yo no supiera lo bien que dispara al arco, después de lo que pasó esta mañana. Pero, de todas formas, haré un intento.

Su voz era áspera y dura, pero sus ojos brillaban, pues era el arquero más famoso entre su gente.

Salieron al patio.

—¿Cuál será el blanco? —preguntó Pedro.

—Creo que nos servirá esa manzana que cuelga sobre la muralla —indicó Susana.

—Muy bien, muchacha —dijo Trumpkin—. ¿Te refieres a la amarilla cerca de la mitad del arco?

—No, Enano —aclaró Susana—. La roja, allá arriba, sobre la almena.

El rostro del Enano se ensombreció. "Parece más bien una cereza que una manzana", murmuró para sí, pero no dijo nada.

Jugaron al cara o cruz para ver quién haría el primer tiro (eso despertó el interés de Trumpkin, pues jamás había visto lanzar una moneda al aire) y Susana perdió. Tenían que disparar desde la escalinata que conducía de la sala al patio. Al ver cómo el Enano tomaba su posición y manejaba el arco, comprendieron que él sabía muy bien lo que estaba haciendo.

Twang chirrió la cuerda. Fue un excelente tiro. La manzanita tembló al pasar la flecha, y una hoja cayó revoloteando al suelo. Entonces Susana subió la escalinata y tensó su arco. Disfrutaba esa competencia mucho menos de lo que Edmundo disfrutó la suya; no porque dudara de su victoria, sino porque Susana tenía un corazón sumamente tierno y aborrecía tener que derrotar a alguien que venía de ser derrotado. El Enano la contempló fijamente mientras ella llevaba el dardo a su oído. Un instante después, con un leve ruido sordo que todos pudieron escuchar en el silencio que reinaba, la manzana cayó al pasto atravesada por la flecha de Susana.

—¡Buen tiro, Su! —gritaron los niños.

—No fue mucho mejor que el tuyo —dijo Susana al Enano—. Me pareció que soplaba un poquito de viento cuando disparaste.

—No había viento —declaró Trumpkin—. No me des explicaciones. Sé cuando me han batido limpiamente. Ni siquiera diré que la cicatriz de mi última herida no me deja estirar el brazo hacia atrás.

—¿Estás herido? —preguntó Lucía—. Déjame ver tu herida.

—No es un espectáculo apropiado para niñas —comenzó Trumpkin, pero súbitamente se detuvo—. Otra vez estoy diciendo tonteras —añadió—. Supongo que serás un cirujano de primera clase, como tu hermano es un gran espadachín y tu

hermana una experta en el arco.

Se sentó en las gradas, se quitó la cota y se bajó la camisola, mostrando un brazo peludo y musculoso (en proporción) como el de un marinero, aunque no más grande que el de un niño. En su hombro tenía un vendaje muy mal hecho, que Lucía procedió de inmediato a desenrollar. Dejó al descubierto un tajo de aspecto bastante desagradable y muy inflamado.

—Pobre Trumpkin —se compadeció Lucía—. Qué atroz.

Con gran cuidado dejó caer sobre la herida una sola gota del cordial que contenía su frasco.

—¡Eh! ¿Qué haces? —chilló Trumpkin.

Daba vuelta lo más posible su cabeza y miraba de reojo moviendo la barba de un lado a otro, sin lograr ver su hombro. Pudo tocarlo poniendo sus brazos y dedos en posiciones muy difíciles, como cuando tratas de rascarte un punto que está fuera de tu alcance. Hizo girar el brazo, lo levantó, probó sus músculos y, finalmente, se puso de pie de un brinco, gritando:

—¡Gigantes y juníperos! ¡Me ha sanado! Mi brazo está tan fuerte como antes. —Soltó una carcajada y dijo—: Bueno, he hecho el ridículo como ningún Enano lo ha hecho en toda su vida. Espero no haberlos ofendido. Mi humilde respeto a Sus Majestades, mi humilde respeto. Y gracias por mi vida, mi curación, mi desayuno... y mi lección.

Los niños respondieron que todo estaba bien y que no había nada que agradecer.

—Y ahora —dijo Pedro—, si estás dispuesto a creernos...

—Lo estoy —afirmó el Enano.

—Tengo muy claro lo que hay que hacer. Debemos juntarnos con el Rey Caspian de inmediato.

—Lo antes posible —urgió Trumpkin—. Mi tontería nos ha hecho perder cerca de una hora.

—Si seguimos tu camino demoraremos dos días —dijo Pedro—. Nosotros no podemos caminar día y noche como ustedes los Enanos...

Se volvió hacia los otros y agregó:

—Lo que Trumpkin llama el Monumento de Aslan es obviamente la Mesa de Piedra. Recuerden, era casi medio día de caminata, tal vez un poco menos, ir desde allí hasta los Vados de Beruna...

—El Puente de Beruna, le llamamos nosotros —interrumpió Trumpkin.

—No existía ese puente en nuestros tiempos —señaló Pedro—. Y luego, desde Beruna hasta acá había otro día de camino. Andando despacio llegábamos a casa a la hora del té del segundo día. Si vamos rápido, podríamos hacer el viaje en un día y medio.

—Pero acuérdate de que ahora está todo cubierto de bosques —dijo Trumpkin—, y lleno de enemigos a los que hay que sacarles el cuerpo.

—Veamos —intervino Edmundo—, ¿es necesario que vayamos por el mismo camino que hizo nuestro querido amiguito?

—No más bromas, Su Majestad, si me tienes alguna estimación —rogó el Enano.

—Muy bien —contestó Edmundo—. ¿Puedo llamarte Q.A.?

—¡Edmundo! —dijo Susana—. No lo embromes más.

—Está bien, muchacha..., quiero decir Su Majestad —dijo Trumpkin, riendo entre dientes—. Las bromas no sacan ampollas. (Después de eso, a menudo lo llamaban el Q.A. hasta que casi olvidaron su significado).

—Como decía —prosiguió Edmundo—, no tenemos por qué repetir esa ruta. ¿Por qué no remamos un poco al sur hasta llegar al Arroyo Cristalino y lo remontamos? Eso nos lleva por detrás de la Colina de la Mesa de Piedra, y mientras estemos en el mar estaremos a salvo. Si partimos de inmediato, podemos alcanzar la fuente del arroyo antes de que oscurezca; podremos dormir unas pocas horas, y estar con Caspian mañana muy temprano.

—Qué gran cosa es conocer la costa —dijo Trumpkin—. Ninguno de nosotros sabe que existe el Cristalino.

—Y, ¿qué vamos a comer? —preguntó Susana.

—Tendremos que conformarnos con manzanas —dijo Lucía—. Por favor, vámonos ya. No hemos hecho nada todavía y ya hace casi dos días que llegamos.

—Eso sí que nadie va a usar otra vez mi sombrero como canasto para guardar pescados —bromeó Edmundo.

Uno de los impermeables fue utilizado como bolsa que llenaron de manzanas. Bebieron un largo trago de agua en el pozo (sabían que no encontrarían agua fresca hasta llegar al manantial del Cristalino) y bajaron a la playa donde estaba atracado el bote. Los niños lamentaron dejar Cair Paravel, pues allí, a pesar de estar en ruinas, habían vuelto a tener la sensación de encontrarse en casa.

—Que el Q.A. se haga cargo de gobernar el bote —ordenó Pedro—, y Edmundo y yo tomaremos los remos. Esperen un momento; es mejor que nos saquemos las mallas; va a hacer un calor terrible. Las niñas se instalarán en la proa y dirigirán al Q.A., porque él no conoce el camino. Traten de encontrar una buena ruta para salir al mar y alejarnos de la isla.

Pronto la verde y arbolada costa de la isla fue quedando atrás y sus pequeñas bahías y lomajes se veían más planos a medida que el bote subía y bajaba mecido por un suave oleaje. El mar se hizo más profundo a su alrededor y, a la distancia, se tornaba más azul; pero en las cercanías del bote conservaba su color verde y su espuma blanca. Todo olía a sal; no se escuchaba otro ruido que el silbante sonido del agua, el clop-clop de las olas estrellándose contra los costados del bote, el chapoteo de los remos y el destemplado chirrido de los escálamos. El calor del sol se hizo más intenso.

Lucía y Susana disfrutaban en la proa, inclinándose sobre el borde y tratando, sin éxito, de hundir sus manos en el agua. Abajo podían ver el fondo del mar: en su mayor parte arena clara y pura, con algunas manchas de algas marinas de color púrpura.

—Es como en nuestros tiempos —dijo Lucía—. ¿Te acuerdas del viaje a

Terebintia... y a Galma... y a las Siete Islas... y a las Islas Desiertas?

—Sí —murmuró Susana—, y nuestro barco favorito, el *Resplandor Cristalino*, con la cabeza de cisne en su proa, y las alas talladas del cisne que parecían abrazarlo casi hasta el combés.

—¿Y las velas de seda, y los inmensos fanales de popa?

—¿Y los banquetes en la cubierta de popa, y los músicos?

—¿Te acuerdas cuando hicimos que los músicos tocaran las flautas arriba de las jarcias, para hacernos la ilusión de que la música caía del cielo?

Más tarde Susana reemplazó a Edmundo en el remo y él fue a sentarse junto a Lucía. Dejaron atrás la isla y se mantuvieron muy cerca de la playa desierta y cubierta de espesa selva. Les parecería muy hermosa si no la recordaran como era antes, abierta y ventosa y llena de amigos alegres.

—¡Puf, este trabajo es agotador! —se quejó Pedro.

—¿Me dejas remar un rato? —preguntó Lucía.

—Los remos son demasiado pesados para ti —contestó Pedro secamente, no porque estuviera enfadado, sino porque apenas le quedaban fuerzas para hablar.



IX LO QUE VIO LUCIA

Antes de rodear el último cabo y comenzar a remontar el Cristalino, Susana y los niños se sintieron tremendamente cansados de tanto remar. Lucía tenía dolor de cabeza por las largas horas al sol y el reflejo de éste en el agua. El mismo Trumpkin ansiaba que el viaje terminara pronto; iba sentado sobre un banco hecho para hombres, no para Enanos, y sus pies no alcanzaban a tocar el piso; todos sabemos lo incómoda que es esta posición aun por unos pocos minutos. Y a medida que se sentían más cansados, más decaía su ánimo. Hasta entonces, los niños habían pensado únicamente en la idea de reunirse con Caspian. Ahora se preguntaban qué harían cuando estuviesen frente a él; y dudaban de que un puñado de Enanos y criaturas de los bosques pudiera derrotar a un ejército de hombres adultos.

Lentamente caía el crepúsculo mientras remaban entre los recodos del Arroyo Cristalino; un crepúsculo que se hacía más intenso a medida que las riberas se acercaban y que las copas de los árboles que colgaban de ellas casi se juntaban encima de sus cabezas. Una gran quietud se adueñaba del paraje mientras el rumor del mar moría a sus espaldas; podían oír hasta el suave canto de las gotas de los arroyuelos que bajaban de los montes a verter sus aguas en el Cristalino.

Cuando al fin pudieron desembarcar, era tal el cansancio que no tuvieron fuerzas para encender un fuego, y hasta una cena de manzanas (a pesar de que no querían volver a ver una manzana nunca más en su vida) les pareció mejor que tratar de cazar o pescar algo. Luego de una silenciosa y frugal cena, se amontonaron bajo cuatro frondosas hayas, teniendo como lecho el verde musgo y las hojas secas.

Se quedaron dormidos en el acto, a excepción de Lucía, quien, como no estaba tan cansada como los demás, tuvo dificultades para acomodarse. Había olvidado, hasta ese momento, que los Enanos roncan. Sabía que la mejor manera de quedarse dormida es no forzarse, así que abrió los ojos. A través de las hojas de los helechos y de las ramas de los arbustos alcanzaba a ver justo un pedazo del agua del Arroyo, y arriba, el cielo. Con la emoción del recuerdo, volvió a ver titilar, después de tantos años, las fulgurantes estrellas de Narnia. En otra época le fueron más familiares que las estrellas de su propio mundo, puesto que se iba a la cama mucho más tarde siendo Reina en Narnia que siendo una niña en Inglaterra. Y allí estaban; al menos las tres constelaciones del verano podían distinguirse claramente desde donde ella estaba tendida: la Nave, el Martillo y el Leopardo. "Mi querido Leopardo", dijo con alegría para sus adentros.

En vez de conseguir amodorrarse, se sentía cada vez más despierta, en medio de un extraño desvelo nocturnal, como en un ensueño. El Arroyo se tornaba poco a poco más radiante. Supo que había salido la luna, aunque no podía verla. Tuvo la sensación de que todo el bosque despertaba junto con ella. Casi sin darse cuenta, se levantó y caminó algunos pasos, alejándose del campamento.

"¡Qué maravilla!", pensó. El aire era fresco; los más deliciosos aromas perfumaban el ambiente. Muy cerca de ella, oyó el gorjeo de un ruiseñor que ensayaba su canto; callaba un momento para luego recomenzar. Vislumbró una gran luminosidad al frente. Se dirigió hacia la luz y llegó a un sitio donde no había tantos árboles y en cambio se veía el suelo sembrado de enormes manchones o lagunas de luz de luna, y el claro de luna y las sombras se entremezclaban tan estrechamente que apenas se distinguía dónde estaba cada cosa ni qué era. En ese momento el ruiseñor, satisfecho por fin de su armonía, rompió a cantar con toda su voz.

Los ojos de Lucía se acostumbraron a la luz y vio más claramente los árboles que la rodeaban. La invadió una honda nostalgia al recordar aquellos días en que los árboles de Narnia podían hablar. Sabía exactamente cómo hablaría cada árbol si ella lograba despertarlo, y qué forma humana tomaría. Contempló un plateado abedul: hablaría con voz tierna y lluviosa y se asemejaría a una esbelta niña, con su pelo al viento cayendo a ambos lados de su cara, y sería muy aficionada al baile. Miró al roble: sería un anciano algo marchito pero muy cordial, con su barba crespa y con verrugas en la cara y en las manos, y le crecerían pelos en las verrugas. Miró la haya bajo la cual se encontraba. Ah... sería el mejor de los árboles. Una diosa graciosa, serena y majestuosa, la gran dama del bosque.

—Oh Arboles, Arboles, Arboles —llamó Lucía (aunque en ningún momento había pretendido hablarles)—. Oh Arboles, despierten, despierten, despierten. ¿No lo recuerdan? Dríades y Hamadriades, salgan, vengan a mí.

Aunque no corría ni la más leve brisa, los árboles se agitaron a su alrededor. El susurrar de sus hojas fue como pronunciar una palabra. El ruiseñor dejó de cantar, como si también él quisiera escuchar. Lucía tuvo la impresión de que de un momento a otro iba a entender lo que los Arboles trataban de decirle. Pero ese momento no llegó. El susurro fue muriendo a lo lejos; el ruiseñor volvió a cantar. Aun al claro de luna el bosque recuperó su apariencia habitual. Sin embargo, Lucía presentía (como cuando intentas a veces recordar un nombre o una fecha y en el momento en que ya casi lo logras, se te borra de la memoria) que en algo había fallado; que había hablado a los árboles o con un segundo de adelanto o con un segundo de atraso, o que había utilizado todas las palabras necesarias menos una; o que había deslizado alguna palabra inadecuada.

De súbito se sintió cansada. Volvió al campamento, se acurrucó entre Susana y Pedro, y se quedó dormida.

A la mañana siguiente, el despertar fue frío y triste; el crepúsculo grisáceo ensombrecía el bosque (el sol aún no salía) y todo estaba húmedo y sucio.

—¡Uf, manzanas! —rezongó Trumpkin, con una mueca de decepción—. ¡Tendrán que admitir, Reyes y Reinas del Pasado, que ustedes no alimentan muy bien a sus cortesanos!

Se levantaron, sacudieron sus ropas y miraron en derredor. Los árboles eran tan frondosos que no les permitían ver más allá de unos pocos metros, en cualquier dirección.

—¿Supongo que Sus Majestades conocen bien el camino? —preguntó el

Enano.

—Yo no —respondió Susana—. Nunca había visto estos bosques. En realidad, desde el principio pensé que deberíamos haber ido por el río.

—Entonces, debiste decirlo a tiempo —dijo Pedro, con un tono cortante, bastante comprensible.

—No le hagas caso —advirtió Edmundo—. Es una aguafiestas. Tienes tu compás de bolsillo, Pedro, ¿no es cierto? Entonces, estamos perfectamente bien. Sólo tenemos que seguir la dirección noroeste, atravesar ese riachuelo, el cómo-se-llama, ah, sí, el Torrente...

—Ya sé cuál —dijo Pedro—. Es el que se junta con el gran río en los Vados de Beruna, o el Puente de Beruna, como lo llama el Q.A.

—Eso es. Lo cruzaremos, subiremos la colina, y a eso de las ocho o nueve estaremos en la Mesa de Piedra, el Monumento de Aslan, quiero decir. ¡Espero que el Rey Caspian nos reciba con un buen desayuno!

—Y yo espero que tú tengas razón —insistió Susana—. No me acuerdo de nada.

—Eso es lo malo con las niñas —dijo Edmundo a Pedro y al Enano—. Nunca pueden tener un mapa en sus cabezas.

—Nuestras cabezas tienen otras cosas dentro —replicó Lucía.

Al principio todo parecía marchar muy bien. Incluso creyeron haber dado con un viejo sendero; pero si entiendes algo de bosques, sabrás que uno está siempre encontrando senderos imaginarios que desaparecen al cabo de cinco minutos, y entonces crees encontrar otro (y ojalá no sea el mismo) que también desaparece, y después de haber sido tentado engañosamente a abandonar la dirección correcta, te das cuenta de que ninguno de ellos era un verdadero sendero. Pero los niños y el Enano estaban acostumbrados a los bosques y no se desviaban de su ruta por más de unos segundos.

Continuaron su camino lentamente durante cerca de media hora (tres de ellos sentían sus músculos tensos por el ejercicio de remo del día anterior). De pronto, Trumpkin susurró en voz muy baja:

—Deténganse.

Los niños se detuvieron.

—Algo nos sigue —continuó—, o más bien, algo va a nuestro mismo paso, allá, a la izquierda.

Permanecieron en silencio, escuchando y esforzándose por ver hasta que les dolieron los ojos y los oídos.

—Es mejor que tengamos el arco preparado —aconsejó Susana al Enano. Trumpkin asintió, y cuando ambos arcos estuvieron prontos, el grupo se puso nuevamente en marcha.

Caminaron unos cuantos metros por montes bastante abiertos, manteniendo una severa vigilancia. Llegaron a un sitio donde los matorrales se hicieron más tupidos y se vieron obligados a pasar muy cerca de ellos. Cuando iban cruzando, se escuchó un gruñido y algo apareció súbitamente, saliendo como un rayo de entre las

quebradizas ramas y derribando a Lucía que, al caer desmayada, alcanzó a escuchar el chirrido de la cuerda de un arco. Cuando recobró el conocimiento, vio que un gran oso gris de aspecto feroz yacía muerto a su lado, con una flecha de Trumpkin clavada en su espalda.

—El Q.A. te venció en ese tiro, Su —dijo Pedro, con una sonrisa un poco forzada. También él estaba perturbado por lo sucedido.

—Yo... yo reaccioné tarde —dijo Susana, avergonzada—. Temía que fuera... ya saben... uno de nuestros osos, de los osos que hablan.

Susana detestaba las matanzas.

—Ese es el problema ahora —asintió Trumpkin—, porque la mayor parte de las bestias se han vuelto hostiles y han enmudecido, pero todavía quedan algunas de las nuestras. Nunca se sabe, y no se puede arriesgar el pellejo para saberlo.

—Pobre Oso —dijo Susana—. ¿No creen que sería de los nuestros?

—Este no —afirmó el Enano—. Vi su cara y escuché su gruñido. El buscaba Niñita para su desayuno. A propósito de desayuno, no quise antes desilusionar a Sus Majestades cuando hablaron de sus esperanzas en el buen desayuno que les ofrecería el Rey Caspian: la comida está sumamente escasa en el campamento. En cambio, un oso tiene harta carne. Sería una vergüenza dejar esta carcasa sin sacarle un pedacito, y no tardaríamos más de media hora. No dudo de que ustedes, jovencitos..., Reyes, quise decir, saben desollar un oso, ¿no?

—Vamos a sentarnos lo más lejos posible —dijo Susana a Lucía—. Me imagino lo horrible que va a ser todo esto.

Lucía se estremeció y asintió. Cuando estuvieron a prudente distancia:

—Una idea terrible me viene a la cabeza, Su —dijo.

—¿Qué idea?

—¿No sería espantoso que un día en nuestro mundo, en casa, los hombres se volvieran salvajes por dentro, como los animales de aquí, pero parecieran humanos y no pudiéramos saber quién era quién?

—Bastantes preocupaciones tenemos ahora y aquí en

Narnia —dijo la práctica Susana—, sin necesidad de imaginar cosas así.

Cuando regresaron, los niños y el Enano ya tenían cortada la mejor carne, y calculada la cantidad que podían llevar consigo. No es muy agradable tener los bolsillos llenos de carne cruda, de modo que la envolvieron en hojas frescas lo mejor que pudieron. Sabían por experiencia que, cuando hubieran caminado lo bastante como para sentir verdaderamente hambre, cambiarían de opinión respecto a esos paquetes blandos y asquerosos.

Prosiguieron su penoso caminar (haciendo un alto en el primer arroyo que encontraron para lavar tres pares de manos que lo necesitaban con urgencia), hasta que salió el sol, los pájaros empezaron a cantar, y cientos de molestas moscas zumbaban entre las ramas de los helechos. Se fue calmando poco a poco el dolor de sus músculos tensos por el esfuerzo del remo. Sintieron que su ánimo mejoraba; el sol calentaba más y tuvieron que quitarse los yelmos y llevarlos en la mano.

—Supongo que vamos bien —dijo Edmundo al cabo de una hora.

—No creo que podamos equivocarnos mientras no torzamos muy a la izquierda —dijo Pedro—, Si nos dirigimos demasiado hacia la derecha, lo peor que puede pasar es que perdamos un poco de tiempo al encontrarnos con el Gran Río más arriba, en vez de bajar y tomar el atajo.

Y emprendieron otra vez su agotadora marcha en silencio, sin más ruido que el de sus pisadas y el cascabeleo de sus cotas de malla.

—¿Dónde está ese maldito Torrente? —exclamó Edmundo, un buen rato después.

—Creo que ya deberíamos haber dado con él —dijo Pedro—. Pero no nos queda otro remedio que seguir.

Ambos sentían la mirada ansiosa del Enano fija en ellos, pero éste no dijo nada.

Continuaron caminando con gran esfuerzo, sintiendo el peso y el calor de sus cotas de malla.

—¡Qué demonios...! —exclamó Pedro de súbito. Habían llegado sin darse cuenta al borde de un pequeño precipicio desde donde pudieron ver un barranco y al fondo un río. Al otro lado los acantilados eran mucho más altos. Fuera de Edmundo (y tal vez de Trumpkin) nadie en el grupo era experto en escalar montañas.

—Lo siento —se disculpó Pedro—. Es mi culpa por haberlos traído por este camino. Estamos perdidos. Jamás había estado en este lugar.

El Enano dejó escapar un débil silbido.

—Por favor regresemos y tomemos la otra ruta —suplicó Susana—. Yo sabía que nos perderíamos en estos bosques.

—¡Susana! —reprochó Lucía—, no critiques a Pedro; las cosas están muy mal y él hace lo mejor que puede.

—Y tú tampoco hables así a Su —intervino Edmundo—. Yo creo que ella tiene razón.

—¡Toneles y tortugas! —exclamó Trumpkin—. Si nos hemos perdido al venir, ¿qué posibilidades tenemos de encontrar el camino de regreso? Y si tenemos que volver a la isla y empezar todo de nuevo, aun suponiendo que lo lográramos, tendríamos igualmente que darnos por vencidos. A esas alturas Miraz ya habría acabado con Caspian, antes de que llegáramos allí.

—¿Crees que debemos seguir? —preguntó Lucía.

—No estoy tan seguro de que el gran Rey esté perdido —dijo Trumpkin—. ¿Qué impide que ese río sea el Torrente?

—El Torrente no está en un valle —explicó Pedro, guardando la calma con bastante dificultad.

—Su Majestad dice que no *está* —dijo el Enano—, ¿no debería decir estaba? Ustedes conocieron este país hace cientos, y tal vez miles de años. ¿No puede haber cambiado? Un derrumbe pudo haber socavado la mitad de aquella colina, dejando la roca desnuda, y éstos serían sus precipicios al otro lado del valle. El Torrente pudo haber ido ahondando su cauce en el transcurso de los años, dando forma a los pequeños precipicios de este lado. O tal vez hubo un terremoto o cualquier otra cosa.

—Nunca pensé en eso —reconoció Pedro.

—Y de todos modos —continuó Trumpkin—, aun si este río no es el Torrente, su corriente va más o menos hacia el norte y, por lo tanto, debe caer forzosamente en el Gran Río. Me parece haber atravesado uno semejante cuando bajaba. Si vamos río abajo a la derecha, daremos con el Gran Río, quizás no tan arriba como esperábamos, pero al menos más cerca de lo que estaríamos si hubiésemos seguido mi camino.

—¡Trumpkin, eres un gran tipo! —dijo Pedro—. Vamos entonces, bajemos por este lado del valle.

—¡Miren, miren, miren! —gritó Lucía.

—¿Dónde? ¿Qué cosa? —preguntaron todos.

—El León —respondió Lucía—. El propio Aslan. ¿No lo vieron?

La expresión de su rostro había cambiado y sus ojos brillaban,

—¿Quieres decir...? —empezó Pedro.

—¿Dónde crees que lo viste? —preguntó Susana.

—No hables como los adultos —dijo Lucía, dando una patada en el suelo—.

No *creí* verlo. Lo vi.

—¿Dónde, Lu? —preguntó Pedro.

—Justo allá arriba entre esos fresnos del monte. No, a este lado de la quebrada, y arriba, no abajo. Justo al lado contrario del camino que ustedes quieren seguir. Y Aslan quería que fuésemos donde él está... allá arriba.

—¿Cómo sabes que era eso lo que quería? —preguntó Edmundo.

—El... yo... yo sólo lo sé —tartamudeó Lucía— por la expresión de su rostro.

Los demás se miraron en silencio y bastante confundidos.

—Es muy posible que Su Majestad haya visto un león —intervino Trumpkin—, he oído decir que hay leones en estos bosques. Pero no podemos asegurar que fuera un león amigo, que habla, como tampoco lo era el oso.

—¡No seas estúpido! —dijo Lucía—. ¿Crees que no reconozco a Aslan al verlo?

—Debe ser un león bien entrado en años, entonces —comentó Trumpkin—, si es alguien que conociste cuando estuviste acá, hace tanto tiempo. Y si es el mismo, ¿qué puede haberle impedido volverse salvaje y tonto como muchos otros?

Lucía enrojeció y creo que se hubiera abalanzado sobre Trumpkin si Pedro no la sujeta de un brazo.

—El Q.A. no entiende, ¿cómo podría entender? Tienes que aceptar, Trumpkin, que nosotros sí sabemos acerca de Aslan; un poquito, quiero decir. No hables nunca más así de él; es mala suerte por un lado, y por otro es una soberana tontería. Lo único que importa ahora es saber si Aslan estaba realmente allí.

—Pero yo estoy segura de que estaba allí —repitió Lucía, con los ojos llenos de lágrimas.

—Sí, Lu, pero nosotros no, ¿entiendes? —explicó Pedro.

—Lo único que queda es someter esto a votación —dijo Edmundo.

—Está bien —aceptó Pedro—. Eres el mayor, Q.A., ¿cuál es tu voto? ¿Arriba

o abajo?

—Abajo —dijo el Enano—. No sé nada sobre Aslan, pero en cambio sé que si doblamos a la izquierda y seguimos por el valle hacia arriba, podemos demorar todo el día antes de encontrar un lugar por donde cruzarlo. Mientras que si doblamos a la derecha, hacia abajo, seguramente llegaremos al Gran Río en un par de horas. Y si es cierto que hay leones en este lugar, es preferible que nos alejemos de ellos en vez de buscarlos.

—¿Qué dices, Susana?

—No te enojés, Lu —dijo Susana—, pero creo que deberíamos ir hacia abajo. Estoy muerta de cansancio. Sólo quiero que salgamos de este detestable bosque y lleguemos al aire libre lo antes posible. Y nadie, salvo tú, ha visto nada.

—¿Edmundo? —preguntó Pedro.

—Bueno, yo quiero decir esto —dijo Edmundo, hablando rápido y enrojando—. Cuando descubrimos Narnia la primera vez, hace un año, o miles de años, como sea..., fue Lucía quien lo hizo y ninguno de nosotros le creyó. Yo era el más incrédulo, ya lo sé. Sin embargo, ella tenía la razón. ¿No sería justo creerle esta vez? Voto por ir arriba.

—¡Oh Ed! —dijo Lucía, apretando su mano. —Ahora es tu turno, Pedro —indicó Susana—, y espero que...

—Oh, cállate, cállate, deja que un tipo pueda pensar —la interrumpió Pedro—. Quisiera no tener que votar.

—Eres el gran Rey —dijo Trumpkin en tono severo.

—Abajo —dijo Pedro, luego de una larga pausa—. Sé que Lucía puede tener razón, después de todo, pero no puedo evitarlo. Tenemos que tomar una decisión.

Se fueron río abajo, a su derecha, a lo largo de la ribera. Lucía iba la última y lloraba amargamente.

X EL REGRESO DEL LEON

Caminar al borde del barranco no era tan fácil como parecía. A los pocos metros se enfrentaron con bosquecillos de abetos nuevos que crecían en las mismas orillas; después de intentar atravesarlos avanzando agachados y con dificultad para abrirse paso, comprendieron que demorarían por lo menos una hora en caminar una milla entre esos árboles. Volvieron atrás, entonces, y decidieron ir rodeando el bosquecillo. Se vieron obligados a alejarse más de lo necesario hacia la derecha, perdiendo de vista los acantilados y el mar, y llegaron a temer haber extraviado nuevamente la ruta. Nadie sabía qué hora era, pero ya empezaba a hacer más calor.

Cuando por fin pudieron volver al borde del barranco (casi una milla más abajo del punto de donde partieron), notaron que los precipicios a este lado eran mucho más bajos e irregulares. Pronto encontraron un paso para bajar a la quebrada y continuaron el viaje por la orilla del río. Pero antes descansaron un momento y bebieron un largo sorbo de agua. Nadie hablaba ya de desayunar, ni aun de cenar, con Caspian.

Fue prudente seguir a lo largo del Torrente en vez de ir por la cumbre, pues pudieron conservar el rumbo; después de lo sucedido en el bosquecillo de abetos, tenían miedo de alejarse de su ruta y perderse en medio de esa selva de viejos árboles, donde no había senderos y no era posible seguir una línea recta. Matorrales de zarzas secas, árboles caídos, terrenos pantanosos y una densa maleza hacían el camino bastante tortuoso. Pero tampoco el valle del Torrente era un sitio muy agradable para viajar por él. Es decir, no era muy agradable para gente que lleva prisa. Habría sido un sitio delicioso para pasear por la tarde, terminando con una merienda a la hora del té. Tenía todo lo imaginable para tal ocasión: retumbantes cataratas; plateadas cascadas; pozas profundas de color ámbar; rocas cubiertas de musgo; hondos pantanos en las riberas donde podías hundirte hasta más arriba de los tobillos; una gran variedad de helechos; libélulas fulgurantes como joyas; a veces algún halcón cruzaba el cielo, y una vez (Pedro y Trumpkin creyeron verla), un águila. Pero sin duda lo que los niños y el Enano querían ver lo antes posible era el Gran Río allá abajo y Beruna y el camino hacia el Monumento de Aslan.

A medida que avanzaban, el Torrente iba cayendo por pendientes más y más escarpadas. Su travesía ya no era una caminata sino más bien una escalada; en ciertos lugares, una arriesgada escalada por rocas resbaladizas con un peligroso declive hacia oscuros abismos, y el río que rugía furiosamente en el fondo.

Comprenderás el ansia con que miraban los acantilados a su izquierda buscando alguna señal de hendedura o cualquier sitio por donde trepar; pero esos acantilados seguían mostrándose hostiles. Era exasperante, porque todos estaban conscientes de que, si lograban salir del barranco por ese costado, les faltaría nada más que subir una suave ladera y luego una corta caminata para llegar al

campamento de Caspian.

Los dos niños y el Enano eran partidarios de encender un fuego y cocinar la carne de oso. Susana no estuvo de acuerdo; sólo quería, como dijo, "seguir adelante y terminar pronto con todo eso y abandonar aquellos bosques malditos". Lucía se sentía demasiado cansada y desdichada para opinar sobre cualquier tema. Pero como no tenían leña seca, tampoco importaba mucho lo que cada cual pensara. Los niños se preguntaban si la carne cruda sería tan asquerosa como decían, y Trumpkin les aseguró que sí lo era.

Si días atrás, en Inglaterra, los niños hubieran pretendido hacer una excursión como esa, habrían terminado simplemente agotados. Creo que ya expliqué antes que Narnia los estaba transformando. La misma Lucía se podría decir que ahora era un tercio de la niña que iba al internado por primera vez, y dos tercios de la Reina Lucía de Narnia.

—¡Por fin! —suspiró Susana.

—¡Oh, bravo! —exclamó Pedro.

El estrecho valle del río había hecho una curva y bajo ellos se mostraba ahora todo el panorama, dejando ver la llanura que se extendía hasta perderse en el horizonte y, entre ésta y el lugar en que ellos se hallaban, la ancha cinta plateada del Gran Río. Desde allí podían distinguir el amplio y bajo lugar que fue una vez los Vados de Beruna, y que ahora estaba atravesado por un largo puente de innumerables arcos. Al final del puente se divisaba un pueblecito.

—¡Válgame Dios! —exclamó Edmundo—. Fue allí, donde ahora está ese pueblo, que ganamos la Batalla de Beruna.

Este recuerdo animó a los niños más que cualquier otro incentivo. No puedes dejar de sentirte más fuerte cuando ves el sitio donde obtuviste una gloriosa victoria, además de un reino, cientos de años atrás. Pedro y Edmundo empezaron a hablar sobre la batalla, olvidando sus pies adoloridos y la pesada carga de sus cotas de malla sobre los hombros. El Enano escuchaba con gran interés.

Apresuraron el paso. La marcha se hizo mucho más fácil. Aunque aún se elevaban escarpados acantilados a su izquierda, el terreno bajaba a la derecha. Pronto el barranco se abrió en un solo valle; desaparecieron las cataratas y volvieron a encontrarse rodeados de espesos bosques.

De súbito "fizz" y un ruido parecido al golpe del pájaro "carpintero. Los niños aún se preguntaban dónde (siglos atrás) habían escuchado un ruido semejante, y por qué les producía tanta inquietud, cuando Trumpkin gritó "¡al suelo!", a tiempo que obligaba a Lucía (que estaba a su lado) a tenderse entre los helechos. Pedro, que en ese momento miraba hacia arriba tratando de avistar alguna ardilla, vio lo que era... una larga y dura flecha se había incrustado en el tronco de un árbol sobre su cabeza. Mientras arrastraba a Susana con él al suelo, otra pasó silbando sobre su hombro y dio contra el suelo, a su lado.

—¡Rápido, rápido! ¡Retrocedan! ¡Gateen! —gritó entrecortadamente Trumpkin.

Se volvieron y subieron arrastrándose por la colina, bajo los helechos, entre

nubes de moscas que zumbaban ensordecedoras. Las flechas llovían a su alrededor; una golpeó el yelmo de Susana, desviándose con un agudo silbido. Gateaban apresuradamente. La transpiración corría por sus caras. Luego corrieron casi encorvados. Los niños sostenían sus espadas en la mano por miedo de tropezar con ellas.

Fue una travesía angustiosa, remontando la colina una vez más y volviendo al campo que acababan de recorrer. Cuando sintieron que no eran capaces de correr un metro más, aunque fuera para salvar sus vidas, se dejaron caer acezantes en el musgo húmedo al lado de una cascada, tras un peñón. Les sorprendió ver la altura a que habían llegado.

Prestaron atención, pero no se escuchaba la menor señal de sus perseguidores.

—Bueno, ya pasó —dijo Trumpkin, con un hondo suspiro de alivio—. No nos están buscando por el bosque; solamente por los senderos, eso espero. Pero quiere decir que Miraz tiene un puesto de avanzada allá abajo. ¡Botellas y botellones! De buena nos escapamos.

—Deberían darme unos buenos puñetazos por haberlos traído por aquí —se lamentó Pedro.

—Al contrario, Su Majestad —dijo el Enano—. Por una parte, no fuiste tú sino tu Real hermano, el Rey Edmundo, quien sugirió ir por el Cristalino.

—Parece que el Q.A. tiene razón —admitió Edmundo, que francamente lo había olvidado ya cuando las cosas se pusieron difíciles.

—Y por otra parte —continuó Trumpkin—, si tomábamos mi camino, es muy probable que hubiéramos caído directamente en el nuevo puesto de avanzada; o al menos habríamos tenido el mismo problema para eludirlo. Creo que la ruta del Cristalino resultó ser la más conveniente.

—No hay mal que por bien no venga —dijo Susana.

—¡Pero caramba que se demora en venir! —exclamó Edmundo.

—Supongo que tendremos que volver a subir por el barranco —dijo Lucía.

—Lu, eres maravillosa —dijo Pedro—. Eso es lo más cercano a "yo lo advertí" que has podido decir en todo el día. Sigamos adelante.

—Y cuando estemos en medio de la selva —anunció Trumpkin—, digan lo que digan, voy a encender un buen fuego y prepararé la cena. Ahora tenemos que alejarnos de aquí cuanto antes.

No hay para qué describir la penosa ascensión del barranco. Fue un esfuerzo agotador pero, curiosamente, se sentían mucho más animados, con renovadas fuerzas; y la palabra *cena* había producido un efecto prodigioso.

Atravesaron el bosquecillo de abetos que tantos problemas les causó a pleno día y acamparon en una hondonada situada más arriba. Fue bastante tedioso tener que recoger leña; pero, en cambio, qué entretenido cuando llameó el fuego y comenzaron a sacar de sus bolsillos los húmedos y manchados paquetes de carne de oso, que no habrían tenido el menor atractivo para quien hubiese pasado todo el día en casa. El Enano tenía ideas espléndidas para cocinar. Envolvió cada manzana (aún les quedaban unas pocas) en la carne de oso como si se tratara de un pastelillo de

manzanas, con carne en lugar de masa, bastante más gruesa, claro está; lo traspasó con un palo puntiagudo y lo puso a asar. La carne se impregnó del jugo de la manzana, como un asado de cerdo con salsa de manzana. Un oso que se haya alimentado por mucho tiempo de la carne de otros animales, no sabe muy bien; pero un oso que ha comido mucha miel y frutas es excelente; y éste resultó ser de esos últimos. La cena estuvo verdaderamente exquisita. Y, como no había que lavar platos, pudieron tenderse, contemplar el humo de la pipa de Trumpkin, estirar sus piernas cansadas y conversar. Veían con optimismo la posibilidad de encontrar al Rey Caspian al día siguiente y derrotar a Miraz en unos pocos días. Sus esperanzas no tenían gran fundamento, pero así lo sentían.

Pronto fueron durmiéndose uno tras otro.

Lucía despertó del sueño más profundo que puedas imaginar con la sensación de que la voz más querida para ella en todo el mundo la estaba llamando por su nombre. Pensó al principio que era la voz de su padre, pero no era. Luego pensó que era la de Pedro, pero tampoco era su voz. No quería levantarse; no por el cansancio, porque, por el contrario, se sentía maravillosamente descansada y todos sus dolores de huesos habían desaparecido, sino porque se sentía tan feliz y cómoda. Miraba la luna de Narnia, que es más grande que la nuestra, y el cielo estrellado; el campamento estaba instalado en un lugar bastante despejado.

"Lucía", se escuchó el llamado nuevamente; no era la voz de su padre ni la de Pedro. Se sentó, temblando de emoción, sin miedo. La luna brillaba con tal intensidad que el paisaje del bosque a su alrededor estaba claro como a la luz del día, aunque su aspecto era más salvaje. Atrás estaba el bosquecillo de abetos; a lo lejos, a su derecha, las desiguales cumbres de los precipicios en la ladera más apartada de la quebrada; frente a ella, un prado de pasto se extendía hasta la entrada de un claro en el bosque, a la distancia de un tiro de arco. Lucía contempló fijamente los árboles del claro.

"¡Vaya! Creo que se están moviendo —se dijo—. Se están paseando".

Se levantó, sintiendo su corazón latir locamente y se encaminó hacia ellos. Había ciertamente un ruido en el claro, un ruido como el que hacen los árboles en días de fuerte viento, a pesar de que esa noche no había viento. Mas tampoco era exactamente el ruido usual de los árboles. A Lucía le pareció escuchar una melodía en ese ruido, pero no podía captarla, como tampoco pudo captar las palabras de los árboles cuando casi le hablaron la noche anterior. Pero había, al menos, un ritmo; a medida que se acercaba, sentía que sus pies querían bailar. Ahora ya no cabía duda de que los árboles se estaban moviendo, balanceándose entre ellos, en una especie de complicada danza campestre. ("Supongo —pensó Lucía— que si la bailan los árboles, ésta debe ser una danza verdaderamente campestre"). Se encontraba ya en medio de ellos.

El primer árbol al que miró le pareció a primera vista no un árbol sino un hombre inmenso de hirsuta barba, con una espesa mata de pelo. No tuvo miedo, ella estaba habituada a estas cosas. Pero cuando volvió a mirarlo, era solamente un árbol, aunque aún se estaba moviendo. No habría podido distinguir si tenía pies o raíces,

porque, claro, cuando los árboles se mueven, no caminan por la superficie de la tierra; la vadean, como hacemos nosotros en el agua. Sucedió lo mismo con todos los árboles que observó. De pronto parecían ser las amistosas y encantadoras formas de gigantes y gigantas que toma la gente-árbol cuando alguna magia benéfica los llama a la vida; mas luego parecían árboles otra vez. Pero cuando parecían árboles, eran extrañamente humanos, y cuando eran personas, parecían extraños seres hechos de ramas y de hojas. Y se escuchaba todo el tiempo aquel curioso ruido cadencioso, susurrante, fresco, alegre.

—Están casi despiertos, aunque no del todo —dijo Lucía—. Sabía que ella misma se encontraba absolutamente despierta, mucho más de lo que uno lo está normalmente.

Se mezcló con ellos sin temores, bailando y haciendo piruetas para evitar ser derribada por sus colosales parejas de baile. Pero ya no le interesaban tanto. Quería ir más allá, hacia otra cosa; hacia ese más allá desde donde la voz amada la llamaba.

Se abrió paso entre los árboles (preguntándose a veces si en su camino había usado sus brazos para apartar ramas, o bien para enlazar manos, en una especie de Gran Cadena, con los enormes bailarines que se inclinaban para alcanzarla) que formaban un verdadero círculo en torno a un espacio abierto. Salió por fin de esa movediza confusión de preciosas luces y sombras.

Sus ojos vieron un círculo de pasto, suave como un césped, a cuyo derredor danzaban oscuros árboles. Y de pronto, ¡qué alegría! Allí estaba El: el inmenso León, reluciente a la luz de la luna, y bajo él su larga sombra negra.

A no ser por el movimiento de su cola, hubiera parecido un león de piedra; pero Lucía jamás creyó que lo fuera. Nunca se detuvo a pensar si era o no un león amigo. Se precipitó hacia él. Sentía que su corazón estallaría en un instante más. Después, lo único que supo fue que lo besaba, que abrazaba como podía su cuello, y que hundía su cara en la suavidad de su hermosa y espléndida melena.

—Aslan, Aslan. Querido Aslan —sollozó Lucía—. Al fin.

La magnífica bestia se dio vuelta sobre un costado para que Lucía cayera, medio sentada y medio tendida, entre sus patas delanteras. Se inclinó hacia ella y rozó suavemente la nariz de la niña con su lengua. Su aliento cálido la envolvió. Ella contempló su cara grande que rebosaba sabiduría.

—Bienvenida, hija —dijo.

—Aslan —dijo Lucía—, estás más grande. —Es porque tú tienes más edad, pequeña —le respondió.

—¿No es porque tú tienes más años?

—No. Pero cada año que pase, tú crecerás y me encontrarás a mí más grande.

Ella estaba tan feliz que por unos momentos no quiso hablar. Pero Aslan habló.

—Lucía —dijo—, no debemos quedarnos aquí mucho más. Tienes una tarea que cumplir y ya se ha perdido demasiado tiempo hoy.

—Sí, ¿no es cierto que fue una vergüenza? —exclamó Lucía—. Yo te vi claramente, pero ellos no quisieron creerme. Son tan...



Desde lo más profundo del cuerpo de Aslan surgió la vaga sombra de un gruñido.

—Perdóname —suplicó Lucía, que conocía algunos de sus estados de ánimo—. No pretendía criticar a los demás. Pero no fue mi culpa.

El León la miró a los ojos.

—Oh, Aslan —dijo Lucía—. ¿Quieres decir que sí lo fue? ¿Cómo podía yo?... Yo no podía abandonar a los otros y subir hacia ti sola, ¿cómo podía hacerlo? Por favor, no me mires así..., bueno, supongo que hubiera podido. Sí, y tampoco hubiese estado sola, ya lo sé, si estaba contigo. Pero, ¿de qué hubiera servido?

Aslan no dijo nada.

—¿Quieres decir —dijo Lucía, con voz débil—, que todo habría resultado bien, de alguna manera? Pero, ¿cómo? Por favor, Aslan, ¿no puedo saberlo?

—¿Saber lo que habría sucedido, niña? —dijo Aslan—. No. Jamás se le dice a nadie.

—¡Qué pena! —suspiró Lucía.

—Pero cualquiera puede descubrir lo que pasará —prosiguió Aslan—. Si ahora regresas donde los demás, los despiertas y les cuentas que me has visto otra vez y que deben levantarse de inmediato y seguirme, ¿qué pasará? Sólo hay una forma de

saberlo.

—¿Quieres decir que eso es lo que quieres que yo haga? —preguntó Lucía, con voz entrecortada.

—Sí, pequeñuela —repuso Aslan.

—¿Te verán los otros también? —preguntó Lucía. —En un principio, ciertamente no —respondió Aslan—.

Más tarde... todo depende de ellos.

—¡Pero no me van a creer! —exclamó Lucía. —No importa —dijo Aslan.

—¡Ay, Dios mío! —suspiró Lucía—. Y yo que estaba tan contenta de encontrarte. Y que pensaba que me dejarías quedarme contigo. Imaginaba que llegarías rugiendo y asustarías a todos los enemigos obligándolos a huir, como la última vez. Pero ahora van a pasar cosas horribles.

—Es difícil para ti, pequeñuela —dijo Aslan—. Pero nada se repite dos veces. Hemos vivido tiempos duros en Narnia antes de ahora.

Lucía sepultó su cabeza en la melena de Aslan para esconderse de su mirada. Mas su melena debía poseer seguramente cierta magia: sintió que la fuerza del León se posesionaba de ella. De repente, se incorporó.

—Perdóname, Aslan —dijo—. Ya estoy preparada.

—Ahora eres una leona —dijo Aslan—. Y ahora toda Narnia renacerá. Pero ven, no tenemos tiempo que perder.

Se irguió y caminó con paso majestuoso y silencioso de regreso a la zona de los árboles danzantes que ella había atravesado al llegar. Y Lucía fue con él, colocando su mano trémula sobre su melena. Los árboles se apartaron para abrirles camino y por un segundo adquirieron su completa forma humana. Lucía vislumbró los altos y encantadores dioses-bosque y diosas-bosque haciendo una reverencia ante Aslan; en un instante recuperaron su forma de árboles, pero aún haciendo su reverencia, con movimientos tan graciosos de sus ramas y troncos que sus venias parecían ser parte de una danza.

—Ahora, hija —dijo Aslan, una vez que dejaron atrás los árboles—. Yo esperaré aquí. Ve y despierta a los demás y diles que me sigan. Si no quieren hacerlo, entonces por lo menos tú sola deberás seguirme.

Es terrible tener que despertar a cuatro personas, todas mayores que tú y muy cansadas, para decirles algo que seguramente no creerán, y tratar de obligarlas a hacer lo que probablemente no les agrada.

"No debo pensar en eso, sólo tengo que hacerlo", se dijo Lucía.

Fue primero donde Pedro y lo remeció.

—Pedro —murmuró a su oído—, despierta. Rápido, Aslan está aquí y dice que tenemos que seguirlo de inmediato.

—Por supuesto, Lu, lo que tú quieras —dijo Pedro, inesperadamente.

Esta respuesta la animó, pero como Pedro se dio vuelta y se durmió de nuevo, no sirvió de nada.

Luego ensayó con Susana. Ella despertó, pero sólo para decir con su irritante tono de persona mayor:

—Has estado soñando, Lucía, vuelve a dormirte.

Abordó entonces a Edmundo. Fue bastante difícil despertarlo, pero por fin se despabiló y se sentó.

—¿Eh? —dijo con voz gruñona—. ¿De qué me estás hablando?

Se lo repitió todo de nuevo. Esa era una de las partes peores de su tarea, pues cada vez que lo decía le sonaba menos convincente.

—¡Aslan! —exclamó Edmundo, dando un salto—. ¡Bravo! ¿Dónde está?

Lucía se volvió hacia el lugar donde ella podía ver al León que esperaba con sus pacientes ojos fijos en ella. —Allí —dijo, señalándolo.

—¿Dónde? —preguntó Edmundo otra vez. —Allí, allí. ¿No lo ves? A este lado de los árboles. Edmundo miró con gran atención durante un rato. —No. No hay nada allí —dijo—. La luz de la luna te ha encandilado y estás confundida. A uno le sucede, tú sabes. Pensé que veía algo de pronto, pero fue sólo una cómo-es-que-se-llama óptica.

—Yo puedo verlo todo el tiempo —dijo Lucía—. Nos está mirando en este momento.

—Entonces, ¿por qué yo no lo puedo ver?

—El dijo que quizás no serías capaz de verlo.

—¿Por qué?

—No sé. Eso es lo que él dijo.

—¡Oye, no friegues más! —exclamó Edmundo—. Ojalá no siguieras viendo cosas. Pero supongo que tendremos que despertar a los demás.

XI EL LEON RUGE

Cuando todos estuvieron despiertos, Lucía tuvo que contar su historia por cuarta vez. El profundo silencio que siguió fue lo más desalentador que se puede imaginar.

—No veo nada —dijo Pedro, después de forzar la vista hasta que le dolieron los ojos—. ¿Puedes ver algo, Susana?

—No, claro que no —replicó bruscamente Susana—, porque no hay nada que ver. Lucía estaba soñando. Acuéstate y duerme, Lu.

—Espero —dijo Lucía con voz trémula— que todos vendrán conmigo, porque... porque yo tendré que seguirlo con o sin ustedes.

—No digas tonterías, Lucía —exclamó Susana—. Por supuesto que no irás sola. No la dejes, Pedro. Se está portando sumamente mal.

—La acompañaré, si *tiene* que ir —declaró Edmundo—. Hasta ahora, ella siempre ha tenido la razón.

—Es cierto —reconoció Pedro—. Y a lo mejor también tiene razón ahora. Nos fue pésimo bajando el barranco. Pero... a estas horas de la noche. Además ¿por qué Aslan es ahora invisible para nosotros? Nunca lo fue antes; esta actitud no es muy de él. ¿Qué dice nuestro Q.A.?

—Yo no digo nada —respondió el Enano—. Si todos van, por cierto yo también iré con ustedes; si el grupo se divide, iré con el gran Rey. Es mi deber con él y con el Rey Caspian. Pero, si me piden mi opinión personal, yo soy un simple enano que no cree que sea posible encontrar un camino por la noche si no se pudo encontrar a pleno día. Y no me gustan los leones mágicos que hablan y no hablan, y los leones amigos que no nos ayudan en nada, y los leones descomunales a los que nadie puede ver. Desde mi punto de vista, son sólo idioteces y patrañas.

—Está golpeando el suelo con su pata para que nos apuremos —dijo Lucía—. Tenemos que ir en el acto. Yo, por lo menos.

—No tienes derecho a forzarnos a todos de esta manera. Estamos cuatro a uno y tú eres la menor —dijo Susana.

—Vamos ya —rezongó Edmundo—. Tenemos que ir, o no nos dejará en paz.

Quería apoyar a Lucía, pero le molestaba perder su sueño y compensaba su enojo demostrando malhumor.

—En marcha, entonces —decidió Pedro, tomando cansadamente su escudo y colocándose el yelmo. En otra ocasión le habría dicho una palabra amable a Lucía, que era su regalona, porque comprendía lo desdichada que se sentía, y sabía que lo que había sucedido no era culpa suya. Pero tampoco podía evitar estar molesto con ella.

Susana era la peor.

—Supongamos que yo empezara a comportarme como Lucía —dijo—.

Amenazaría con quedarme aquí aunque el resto de ustedes decida irse. Y creo que es exactamente lo que haré.

—Obedezca al gran Rey, Su Majestad —aconsejó Trumpkin—, y vámonos. Si no me permiten dormir, prefiero caminar a estar parado acá hablando.

Y finalmente se pusieron en camino. Lucía iba al frente, mordiéndose los labios y tratando de no decir lo que hubiera querido decir a Susana. Pero se olvidó de todo cuando miró a Aslan. El caminaba con paso lento a unos treinta metros delante de ellos. Los demás se guiaban únicamente por las instrucciones de Lucía, pues Aslan no sólo era invisible para ellos, sino además mudo. Sus grandes patas semejantes a las del gato no hacían ruido sobre el pasto.

Los condujo a la derecha de los árboles danzantes (nadie supo si aún bailaban, pues Lucía sólo tenía ojos para el León y los demás sólo tenían ojos para Lucía) y se acercó al borde de la quebrada.

"¡Terrones y timbales!", pensó Trumpkin. "Espero que esta locura no termine con una escalada al claro de luna, y unos cuantos cuellos quebrados".

Durante un buen trecho, Aslan siguió por la cima de los precipicios. Luego llegaron a un lugar donde unos pocos arbolitos crecían precisamente en el borde. Allí Aslan dio media vuelta y desapareció entre ellos. Lucía contuvo el aliento, pues le pareció que se había lanzado por el acantilado; pero estaba tan preocupada de no perderlo de vista, que no pensó en nada. Apresuró su paso y pronto estuvo en medio de los árboles. Al mirar hacia abajo, pudo ver un sendero escarpado y angosto que caía oblicuamente al barranco entre las rocas, y a Aslan descendiendo por él. Se volvió y la miró con sus ojos alegres. Lucía palmeó contenta y comenzó a bajar gateando tras él. A sus espaldas escuchó las voces de los otros gritando: "¡Eh, Lucía! Cuidado, por el amor de Dios. Estás justo al borde del abismo. Vuelve..." Y, un instante después, la voz de Edmundo que decía: "No, ella tiene razón, claro que hay un camino allá abajo".

Edmundo la alcanzó en la mitad del sendero.

—¡Mira! —le dijo con gran agitación—. ¡Mira! ¿Qué es esa sombra que se arrastra delante de nosotros?

—Es su sombra —repuso Lucía.

—Ahora sí que creo que tú tenías razón, Lu —dijo Edmundo—. No sé cómo no lo comprendí antes. Pero ¿dónde está él?

—Con su sombra, por supuesto. ¿No lo ves?

—Bueno, casi creí verlo... por un momento. Hay una luz tan rara.

—Avanza, Rey Edmundo, avanza —se escuchó la voz de Trumpkin desde lo alto, y detrás de ellos; luego, más atrás y desde más arriba, la voz de Pedro que decía: "Apúrate, Susana. Dame la mano. Hasta un niño podría bajar por aquí. Y deja de quejarte".

Al poco rato llegaron al fondo y el bramido del agua casi los aturdió. Pisando delicadamente, como un gato, Aslan saltó de piedra en piedra a través del arroyo. En el centro se paró, se agachó a beber, levantó su cabeza peluda chorreando agua, y los miró. Esta vez Edmundo lo vio. "¡Oh Aslan!", gritó y corrió hacia adelante. Pero el

León se escurrió velozmente y comenzó a trepar la ladera al otro lado del Torrente.



—Pedro, Pedro —gritó Edmundo—. ¿Lo viste?

—Vi algo —respondió Pedro—. Pero la luz de la luna es muy engañadora. Y, de todos modos, seguiremos adelante, y tres vivas por Lucía. No siento tanto cansancio ahora tampoco.

Sin vacilaciones, Aslan los guió hacia la izquierda, más arriba del barranco. Todo el trayecto fue muy extraño y parecía parte de un sueño: el arroyo rugiente, el húmedo pasto gris, los borrosos acantilados a los cuales se acercaban, y siempre la bestia gloriosa delante de ellos, con su paso silencioso. Todos podían verlo ahora, a excepción de Susana y el Enano.

Dieron con otro sendero escarpado, de cara a nuevos precipicios. Eran bastante más altos que los que acababan de bajar, y el camino de subida fue un largo y tedioso zigzag. Afortunadamente, la luna brillaba iluminando el barranco y así ninguna ladera quedaba en penumbra.

Lucía casi se desmayó cuando vio desaparecer la cola y las patas traseras de Aslan en la cumbre; pero con un postrer esfuerzo trepó tras él y llegó, con las piernas temblorosas y sin aliento, a la colina que intentaban alcanzar desde que habían pasado el Cristalino. La alargada y suave ladera (donde brillaban pálidos a la luz de la luna brezos, pasto y riscos) se extendía hasta perderse en un centellear de árboles a una media milla de distancia. Ella la conocía: era la colina de la Mesa de Piedra.

En medio del tintineo de sus cotas de malla, los demás escalaron detrás. Aslan se deslizaba delante de ellos, que lo seguían paso a paso.

—Lucía —murmuró Susana en voz muy débil.

—¿Sí? —dijo Lucía.

—Ahora lo veo. Perdóname.

—Está bien.

—He sido peor de lo que imaginas. Yo creí ayer que era él... Aslan, quiero decir. Cuando nos advirtió que no bajáramos al bosque de abetos. Y creí también que era él anoche, cuando nos despertaste. Es decir, muy dentro de mí. O habría podido creer, si yo misma me lo hubiese permitido. Pero lo único que quería era salir de esos bosques y... y... no sé... Y ahora, ¿qué le voy a decir?

—Tal vez no vas a necesitar decir nada —sugirió Lucía.

Pronto llegaron al pie de los árboles y a través de ellos pudieron ver el Gran Montículo, el Monumento de Aslan, que había sido levantado sobre la Mesa de Piedra después de que abandonaron Narnia.

—Los nuestros no han vigilado muy bien —musitó Trumpkin—. Deberían habernos interceptado hace rato...

—¡Silencio! —dijeron los otros cuatro, pues en ese momento Aslan se detuvo y se paró ante ellos, luciendo tan majestuoso que se sintieron felices dentro del temor que les inspiraba, y temerosos dentro de la alegría que los embargaba. Los dos niños avanzaron a tranco largo; Lucía les abrió paso; Susana y el Enano se quedaron atrás.

—Oh Aslan —dijo el Rey Pedro, hincando una rodilla en tierra y acercando

una de las pesadas patas del León a su cara—, estoy tan contento. Y estoy muy avergonzado. Los he guiado mal desde un comienzo, especialmente ayer por la mañana.

—Mi querido hijo —dijo Aslan.

En seguida se volvió hacia Edmundo y lo saludó.

—¡Bien hecho! —fueron sus palabras.

Después de una impresionante pausa, la voz profunda dijo: "Susana".

Susana no respondió, y a todos les pareció que estaba llorando.

—Te has dejado llevar por tus temores, hija —continuó Aslan—. Ven, deja que te dé mi aliento. Olvida todo miedo. ¿Sientes valor otra vez?

—Un poco, Aslan —murmuró Susana.

—¡Y ahora! —dijo Aslan, con una voz mucho más potente, que ya insinuaba un rugido, mientras su cola azotaba sus muslos—. Y ahora, ¿dónde está ese pequeño Enano, ese famoso espadachín y arquero, que no cree en leones? ¡Ven acá, hijo de la Tierra, ven ACA! — Y la última palabra no fue ya la insinuación de un rugido, sino casi el rugido mismo.

—¡Fantasmas y fetiches! —jadeó Trumpkin, con el alma en un hilo.

Los niños no se inquietaron, pues conocían a Aslan lo suficiente como para darse cuenta de que el Enano le era muy simpático, pero la situación de Trumpkin era muy diferente: él no había visto jamás un león, y menos a este León. Hizo lo único sensato que podía hacer: en vez de salir huyendo, se acercó tambaleante a Aslan.

Aslan se abalanzó sobre él. ¿Has visto a una madre-gato llevando a su gatito en el hocico? Así fue lo que sucedió. El Enano, encorvado como una pequeña y mísera pelota, colgaba del hocico de Aslan. El León lo sacudió y toda su armadura tintineó como el morral de un hojalatero y luego... como por arte de magia... el Enano voló por los aires. Estaba a salvo como en su propia cama, aunque él no lo sentía así. Cuando cayó, las enormes patas aterciopeladas lo cogieron con la suavidad de los brazos de una madre y lo pusieron, de pie, sobre el suelo.

—Hijo de la Tierra, ¿quieres que seamos amigos? —dijo Aslan.

—S...s...í...sí —tartamudeó el Enano, que todavía no lograba recobrar el aliento.

—Bien —dijo Aslan—. La luna se está poniendo. Miren hacia atrás: ya comienza a amanecer; no tenemos tiempo que perder. Ustedes tres, ustedes hijos de Adán y el hijo de la Tierra, entren rápidamente al Montículo y enfrenten lo que allí encontrarán.

El Enano seguía sin poder articular palabra y ninguno de los niños se atrevió a preguntar si Aslan iría con ellos. Los tres tiraron de sus espadas, saludaron, y se internaron en la oscuridad haciendo resonar sus armaduras. Lucía advirtió que sus rostros no mostraban signos de cansancio; tanto el gran Rey como el Rey Edmundo tenían aspecto de hombres, no de niños.

Las niñas, de pie junto a Aslan, los observaron hasta que se perdieron de vista. La luz comenzó a cambiar. Abajo, hacia el este, Aravir, la estrella de la mañana de

Narnia, relucía como una pequeña luna. Aslan, que se veía más grande que antes, levantó la cabeza, sacudió su melena y rugió.

El sonido, en un comienzo profundo y vibrante como un órgano que ataca una nota baja, creció y se hizo más y más fuerte, hasta que la tierra y el aire temblaron con él. Subió desde esa colina y voló a través de Narnia. Abajo, en el campamento de Miraz, los hombres despertaron, se miraron con espanto y empuñaron sus armas. Más abajo aún, en el Gran Río que estaba en su hora de mayor frío, las cabezas y hombros de las ninfas y la enorme cabeza del dios-río, con sus barbas cubiertas de malezas, emergieron de las aguas. Más atrás, en todos los campos y en los bosques las orejas alertas de los conejos se asomaron a la entrada de sus cuevas; las somnolientas cabezas de los pájaros salieron de entre sus alas; los búhos ulularon; las raposas ladraron; los puercos espines gruñeron; los árboles se estremecieron. En los pueblos y villorrios las madres apretaron a sus hijos contra su pecho, con mirada de temor; los perros gimieron y los hombres se levantaron de un salto en busca de luces. En la lejanía, en la frontera norte, los gigantes de las montañas aguzaron la vista desde los oscuros portones de sus castillos.

Lucía y Susana vieron algo oscuro que venía hacia ellas desde todas las direcciones atravesando las colinas. En un principio pareció ser una densa niebla arrastrándose sobre el suelo, luego las tempestuosas olas de un negro mar elevándose cada vez más alto a medida que se acercaba, y de pronto, por fin se vio como lo que era en realidad: el bosque en movimiento. Parecía que todos los árboles del mundo corrían hacia Aslan. Pero al aproximarse no parecían árboles, y cuando toda la multitud, inclinándose y haciendo reverencias y agitando sus delgados y largos brazos hacia Aslan, rodeó a Lucía, ella pudo ver que era una multitud de figuras humanas. Pálidas niñas-abadul sacudían sus cabezas; mujeres-sauce apartaban sus cabellos de sus caras meditabundas para contemplar a Aslan; las majestuosas hayas permanecían quietas y lo adoraban; toscos hombres-roble; esbeltos y melancólicos olmos; acebos de cabezas desgredadas (ellos muy oscuros, pero sus esposas brillando con sus bayas), y alegres serbales, todos hacían sus reverencias y se alzaban clamando "Aslan, Aslan" con sus diversas voces, roncadas, rechinantes o cadenciosas como las olas del mar.

La muchedumbre y las danzas alrededor de Aslan (porque se había iniciado la danza una vez más) aumentaron tanto y en forma tan rápida que Lucía estaba confundida. No vio de dónde llegaban otras gentes que hacían cabriolas entre los árboles. Había un joven vestido sólo con una piel de cervato, con pámpanos entretejidos en su rizado cabello. Su cara podría ser demasiado bella para un niño, si no tuviera un aire tan extremadamente salvaje. Al mirarlo se sentía lo que dijo Edmundo cuando lo conoció unos días más tarde: "Es un tipo capaz de hacer cualquier cosa, absolutamente cualquier cosa". Parecía tener diferentes nombres, Bromios, Bassareus, y el Carnero eran tres de ellos. Había una gran cantidad de niñas con él, igualmente salvajes. Había también, inesperadamente, alguien montado en un asno. Y todos reían; y todos gritaban: "Euan, euan, eu-oi-oi-oi".

—¿Es un juego, Aslan? —gritó el joven.

Y aparentemente lo era. Pero cada cual parecía tener una idea distinta acerca de qué se jugaba. Podía ser el Pillarse, pero Lucía nunca descubrió quién era el que la llevaba. Era más bien algo parecido a la Gallinita Ciega, sólo que todos actuaban como si tuvieran los ojos vendados. Se parecía a las Escondidas, pero nunca se encontraba a nadie. Lo que lo hizo más complicado fue que el hombre montado en un asno, viejo y enormemente gordo, empezó a gritar en el acto: "¡Refrescos! ¡Es hora de los refrescos!" y se dejó caer del asno, pero los demás lo empujaron y lo subieron otra vez, mientras el animal, bajo la impresión de que estaba en un circo, trató de aprovechar la oportunidad para exhibir sus habilidades caminando sobre sus patas traseras. ¡Y a cada momento había más y más hojas de parra por todos lados! Y muy pronto no sólo hubo hojas, sino las propias vides que subían por todas partes, crecían por entre las piernas de la gente-árbol y se enrollaban alrededor de sus cuellos. Lucía levantó las manos para apartar el cabello de la cara y se dio cuenta de que estaba apartando sarmientos. El asno era una masa de ellos. Tenía la cola enteramente enredada y algo oscuro se mecía entre sus orejas. Lucía se volvió a mirarlo y vio que era un racimo de uvas. Después todo fue uvas, encima de la cabeza, bajo los pies, y por todos lados.

"¡Refrescos! ¡Refrescos!", bramaba el viejo. Todos empezaron a comer y, aunque tengas los mejores invernaderos, nunca podrás probar uvas como aquéllas. Exquisitas uvas, firmes y apretadas por fuera, pero se deshacían con fresca suavidad cuando las ponías en tu boca. Era algo que las niñas nunca antes habían comido en tales cantidades. Había más de lo que cualquiera pudiera desear, y no había que cuidar los modales en la mesa. Todos tenían los dedos pegajosos y sucios y, aunque las bocas estaban llenas, no cesaron la risa ni los cánticos de "euan, euan eu-oi-oi-oi", hasta que de pronto decidieron al mismo tiempo que el juego (cualquiera que fuera) y la fiesta debían terminar, y se desplomaron exhaustos en el suelo y volvieron sus rostros hacia Aslan para escuchar sus palabras.

El sol ya estaba asomando y Lucía recordó algo, y susurró al oído de Susana:

—Su, ya sé quiénes son.

—¿Quiénes?

—El niño de aspecto salvaje es Baco y el viejo en el asno es Silenus. ¿No te acuerdas de que el señor Tumnus nos contó sobre ellos hace mucho tiempo?

—Sí, claro. Pero, Lu...

—¿Qué?

—No me habría sentido muy tranquila con Baco y sus niñas salvajes si Aslan no hubiera estado presente.

—Lo mismo yo —dijo Lucía.

XII BRUJERÍA Y PRONTA VENGANZA

Entretanto, Trumpkin y los dos niños llegaron a la pequeña y oscura arcada de piedra que conducía al interior del Montículo; dos tejones centinelas (Edmundo sólo distinguía las manchas blancas de sus mejillas) se levantaron de un salto mostrando los dientes y preguntaron con sus voces gruñonas: "¿Quién va?".

—Trumpkin —contestó el Enano—. Traigo al gran Rey de Narnia desde el remoto pasado.

Los tejones olfatearon las manos de los niños.

—Por fin —dijeron—, por fin.

—Denos una luz, amigos —pidió Trumpkin.

Los tejones encontraron una antorcha en el arco y Pedro la encendió y la pasó a Trumpkin.

—Mejor será que nos guíe el Q.A. —dijo—. No conocemos el camino acá adentro.

Trumpkin tomó la antorcha y se adelantó, penetrando en el oscuro túnel. Era un lugar muy frío y sombrío, que olía a humedad y donde cruzaban de repente algunos murciélagos revoloteando a la luz de la antorcha; estaba todo lleno de telarañas. Los niños, que habían permanecido al aire libre desde esa mañana en la estación de ferrocarril, tuvieron la sensación de entrar en una trampa, o en una prisión.

—¡Caramba! —exclamó Edmundo—. Mira, Pedro, esos grabados en las paredes. ¿No te parecen muy antiguos? Y pensar que nosotros somos más antiguos que ellos. No existían cuando estuvimos acá la última vez.

—Así es —murmuró Pedro—. Y da mucho que pensar.

El Enano continuó su marcha, doblando hacia la derecha y luego hacia la izquierda, bajó algunos escalones, y luego a la izquierda de nuevo. Por fin, vieron una luz al frente, por debajo de una puerta. Y por primera vez oyeron voces; estaban ante la puerta de la sala principal. Alguien hablaba tan fuerte que nadie escuchó los pasos de los niños y el Enano.

—Esto no me gusta nada —murmuró Trumpkin, dirigiéndose a Pedro—. Escuchemos un momento.

Los tres se quedaron muy quietos ante la puerta.

—Ustedes saben muy bien —decía una voz ("Es el Rey", susurró Trumpkin)— por qué no se hizo sonar el Cuerno al amanecer de aquella mañana. ¿Han olvidado que Miraz cayó sobre nosotros un poco antes de que Trumpkin partiera, y que luchamos por salvar nuestras vidas durante tres horas o más? Lo hice sonar en cuanto tuve un respiro.

—Cómo podría olvidarlo —se escuchó la voz iracunda—, si mis Enanos llevaron el peso del ataque y uno de cada cinco de ellos cayó. ("Ese es Nikabrik",

murmuró Trumpkin).

—Qué vergüenza, Enano —surgió una voz apagada ("Cazatrufas", dijo Trumpkin)—. Todos luchamos tanto como tus Enanos, y nadie superó al Rey.

—Cuenta tu historia como quieras, a mí me es indiferente —respondió Nikabrik—. Pero ya sea que soplaron el Cuerno demasiado tarde, o que no tiene ninguna magia, hasta ahora no ha llegado la ayuda. Y tú, tú el gran letrado, tú el experto en magia, tú el sabelotodo, ¿todavía pretendes que pongamos nuestras esperanzas en Aslan y en el Rey Pedro y todos los demás?

—Debo confesar, no lo puedo negar, que estoy profundamente desilusionado con el resultado de nuestra maniobra —fue la respuesta. ("Es el maestro Cornelius", dijo Trumpkin).

—Para hablar claro —continuó Nikabrik—, tu morral está vacío, tus huevos podridos, tus peces sin pescar, tus promesas rotas. Hazte a un lado, entonces, y deja el trabajo a los demás. Y es por eso...

—La ayuda vendrá —dijo Cazatrufas—. Yo soy fiel a Aslan. Tengan paciencia, como nosotros las bestias; la ayuda vendrá; puede ser que ya esté a la puerta.

—¡Bah! —gruñó Nikabrik—. Ustedes los tejones nos harían esperar hasta que caiga el cielo y podamos cazar alondras. Les advierto que no podemos esperar; escasea la comida; perdemos más de lo que nos podemos permitir en cada enfrentamiento; nuestros seguidores están huyendo.

—Y ¿por qué? —preguntó Cazatrufas—. Yo te diré por qué. Porque se ha rumoreado que hemos llamado a los Reyes del pasado y que ellos no han respondido. Las últimas palabras de Trumpkin antes de partir, y partir, a lo que parece, a su muerte, fueron: "Si tienen que hacer sonar el Cuerno, no permitan que el ejército sepa por qué lo tocan ni qué esperan de él". Sin embargo, esa misma tarde todos lo sabían.

—Deberías meter tu viejo hocico en un nido de avispas, tejón, antes de insinuar que yo fui con el soplo —dijo Nikabrik—. Retira tus palabras, o...

—Oh, basta, callen los dos —dijo el Rey Caspian—. Quiero saber qué es lo que Nikabrik sugiere que deberíamos hacer. Pero antes quiero saber quiénes son esos dos desconocidos que él trajo a nuestro consejo, y que están de pie allá atrás, con sus oídos abiertos y sus bocas cerradas.

—Son amigos míos —repuso Nikabrik—. ¿Y qué mayor derecho tienes tú mismo de estar aquí que el de ser amigo de Trumpkin y del tejón? ¿Y qué derecho tiene ese viejo chocho de ropaje negro para estar aquí sino el de ser amigo tuyo? ¿Por qué sería yo el único que no puede traer a sus amigos?

—Su Majestad es el Rey a quien juraste obediencia —dijo Cazatrufas fríamente.

—Modales cortesanos, modales cortesanos —respondió Nikabrik despectivamente—. Pero en esta cueva podemos hablar con claridad. Tú sabes, y él también sabe, que este niño Telmarino será rey de ninguna parte y de nadie dentro de una semana, a menos que lo ayudemos a salir de la trampa en que ha caído.

—Tal vez —intervino Cornelius—, tus amigos quieran hablar de sí mismos. Eh, tú, ¿quién eres y qué haces?

—Excelentísimo maestro doctor —se escuchó una voz tenue y quejumbrosa—. Para servirte, soy sólo una pobre vieja, sí, y muy agradecida a los Excelentísimos Enanos por su amistad, les aseguro. Su Majestad, bendito sea su bello rostro, no debe temer a esta vieja que está retorcida por el reumatismo y que no tiene siquiera dos palos con que calentar la tetera. Poseo una modesta habilidad —no como la suya, maestro doctor, por supuesto— para hacer insignificantes encantamientos y hechizos que me agradaría utilizar contra nuestros enemigos, si a ustedes les parece bien. Porque yo los odio. Oh, sí, nadie odia más que yo.

—Eso es muy interesante y... eh... satisfactorio —dijo el maestro Cornelius—. Creo que ya sé lo que es usted, señora. Quizás tu otro amigo, Nikabrik, podría presentarse.

Una voz opaca y gris, que causó horror a Pedro, replicó:

—Soy el hambre. Soy la sed. Lo que muerdo no lo suelto hasta que muero, y aun después de muerto tienen que cortar mi bocado del cuerpo de mi enemigo y enterrarlo conmigo. Puedo ayunar cien años sin morir. Puedo permanecer cien noches en el hielo sin helarme. Puedo beber un río de sangre sin reventar. Muéstrenme a sus enemigos.

—¿Y es en presencia de estos dos personajes que tú quieres revelar tu plan? —preguntó Caspian.

—Sí —respondió Nikabrik—. Y es con su ayuda que pretendo llevarlo a cabo.

Durante unos pocos minutos, Trumpkin y los niños pudieron escuchar a Caspian y a sus dos amigos hablando en voz baja, pero no lograban entender lo que decían. De pronto, Caspian dijo en voz alta:

—De acuerdo, Nikabrik, explícanos tu plan.

Hubo entonces una pausa tan larga que los niños se preguntaban si Nikabrik se decidiría a hablar alguna vez; cuando lo hizo, fue en una voz muy baja, como si a él mismo no le agradara lo que decía.

—Como se ha dicho muchas veces —musitó—, ninguno de nosotros sabe la verdad sobre los antiguos tiempos en Narnia. Trumpkin no creía en esas fábulas. Yo estaba dispuesto a ponerlas a prueba. Primero intentamos con el Cuerno y fracasó. Si es que alguna vez existió un gran Rey Pedro, una Reina Susana, un Rey Edmundo y una Reina Lucía, entonces, o bien no nos han escuchado, o no pueden venir, o son nuestros enemigos...

—O están por llegar —intercaló Cazatrufas.

—Puedes seguir repitiendo eso hasta que Miraz nos haya entregado como alimento a sus perros. Como decía, hemos probado un eslabón de la cadena de las viejas leyendas, y no hemos conseguido nada. Bien. Pero cuando se te quiebra la espada, sacas tu puñal. Las historias mencionan otros poderes además de los antiguos Reyes y Reinas. ¿Qué les parece si los invocamos?

—Si te refieres a Aslan —dijo Cazatrufas—, es lo mismo llamarlo a él que llamar a los Reyes. Ellos eran sus súbditos. Si él no los envía (y no dudo de que lo

hará), ¿crees que vendrá él en persona?

—No. Tienes razón —asintió Nikabrik—. Aslan y los Reyes están juntos. Entonces, o bien Aslan está muerto, o no está de nuestro lado. O tal vez algo más fuerte que él le impide venir. Y si es que viniera, ¿cómo sabremos si será nuestro amigo? No siempre fue buen amigo de los Enanos, según he oído. Tampoco lo fue de todas las bestias. Pregunten a los Lobos. Además, estuvo en Narnia una sola vez, que yo sepa, y por muy poco tiempo. Hay que dejar a Aslan fuera de estos cálculos. Yo pensaba en otra persona.

No hubo respuesta y se hizo un silencio tan grande que Edmundo podía oír la respiración jadeante y gangosa del Tejón.

—¿A quién te refieres? —preguntó Caspian al fin.

—Hablo de un poder tan superior al de Aslan que mantuvo a Narnia bajo hechizo por años de años, si es verdad lo que cuentan las historias.

—¡La Bruja Blanca! —gritaron tres voces al unísono, y por el ruido que se escuchó, Pedro dedujo que tres personas habían saltado de sus asientos.

—Sí —dijo Nikabrik, muy clara y lentamente—, me refiero a la Bruja. Vuelvan, a sentarse. No se asusten al escuchar su nombre como si fueran niños. Queremos poder, y queremos un poder que esté de nuestra parte. En lo que respecta al poder, ¿no cuentan las historias que la Bruja derrotó a Aslan, y lo ató y lo mató sobre esa misma piedra que está allí, debajo de la luz?

—Pero también dicen que él volvió a la vida —dijo el Tejón vivamente.

—Sí, eso *dicen* —respondió Nikabrik—, pero habrás notado que se dice muy poco sobre lo que hizo después. Desaparece de la historia. ¿Cómo lo explicas, si verdaderamente volvió a la vida? ¿No es mucho más verosímil pensar que no volvió, y que si las historias no hablan más de él es porque no había nada más que decir?

—El coronó a los Reyes y, Reinas —dijo Caspian.

—Un Rey que logra ganar una importante batalla generalmente instaure su reinado sin necesidad de un león amaestrado —dijo Nikabrik.

Hubo un fiero gruñido, probablemente de parte de Cazatrufas.

—En todo caso —prosiguió Nikabrik—, ¿qué fue de los Reyes y de su reino? Desaparecieron ellos también. En cambio con la Bruja es muy distinto. Dicen que gobernó durante cien años, cien años de invierno. Eso sí que es poder, si les parece. Lo ha demostrado en forma práctica.

—¡Pero, "por los cielos y la tierra! —exclamó el Rey—, ¿no hemos escuchado siempre que la Bruja era la peor de todos los enemigos? ¿No fue una tirana diez veces más cruel que Miraz?

—Tal vez —contestó Nikabrik con voz fría—. Tal vez lo fue para ustedes los humanos, si es que existían en ese entonces. Tal vez lo fue para algunas de las bestias. Eliminó a los castores, según tengo entendido; por lo menos, no hay ningún castor en Narnia ahora. Pero se portó bien con nosotros los Enanos. Soy un Enano y defiendo a mi propio pueblo; *nosotros* no tememos a la Bruja.

—Pero ustedes están con nosotros —indicó Cazatrufas.

—Sí, y mira el provecho que ha sacado mi pueblo hasta ahora —masculló

Nikabrik—. ¿A quién se envía a las misiones peligrosas? A los Enanos. ¿Quiénes pasan hambre cuando las raciones escasean? Los Enanos. ¿Quiénes...

—¡Mentiras, son mentiras! —rebatía el Tejón.

—Por lo tanto —dijo Nikabrik, cuya voz subió de tono hasta convertirse en un aullido—, si ustedes no pueden ayudar a mi gente, buscaré quien pueda hacerlo.

—¿Estás hablando de una abierta traición, Enano? —preguntó el Rey.

—Vuelve tu espada a su vaina, Caspian —dijo Nikabrik—. Un asesinato en pleno consejo ¿eh? ¿Es ese tu juego? No cometas el error de intentarlo. ¿Crees que te tengo miedo? Hay tres de mi lado y tres del tuyo.

—Vamos, entonces —gruñó Cazatrufas, pero fue interrumpido.

—Alto, alto, alto —dijo el maestro Cornelius—. No se precipiten. La Bruja está muerta; todas las historias están de acuerdo en eso. ¿Qué quiere decir Nikabrik cuando habla de llamarla?

La voz lúgubre y terrible que había hablado sólo una vez antes, dijo:

—Oh, ¿lo está?

Y entonces la voz lastimera y estridente se hizo oír:

—Oh, bendito sea su corazón, mi querida Majestad, no debe temer que la Dama Blanca —así la llamamos nosotros— esté muerta. El Excelentísimo Maestro Doctor se está burlando de una pobre mujer como yo al decir eso. Dulce maestro doctor, letrado maestro doctor, ¿quién ha oído hablar alguna vez de que una bruja muera realmente? Ustedes siempre podrán hacerlas regresar.

—Invócala —ordenó la voz lúgubre—. Estamos todos preparados. Dibuja el círculo, prepara el fuego azul.

Por encima del creciente gruñido del Tejón y el cortante "¿Qué?" de Cornelius, se escuchó la voz de Caspian como un trueno:

—¡Así que ése es tu plan, Nikabrik! Brujería negra y la invocación de un espíritu maldito. Y ya comprendo quiénes son tus compañeros, una Bruja y un Hombre-Lobo.

Los momentos que siguieron fueron de gran confusión. Se escuchó el rugido de un animal, un ruido de metales; los niños y Trumpkin irrumpieron repentinamente; Pedro alcanzó a ver a una criatura horrible, gris, macilenta, mitad hombre y mitad lobo, a punto de abalanzarse sobre un niño de su misma edad. Edmundo vio a un tejón y a un Enano rodando por el suelo, como en una pelea de gatos. Trumpkin se encontró cara a cara con la Bruja. Su nariz y su barbilla sobresalían como un par de cascanueces, su cabello sucio y canoso caía sobre su cara, y tenía al maestro Cornelius agarrado por la garganta. De un solo tajo de la espada de Trumpkin, su cabeza rodó por el piso. Se apagó la luz y todo fue espadas, dientes, garras, puños y botas durante cerca de sesenta segundos. Luego, el silencio.

—¿Estás bien, Ed?

—Creo..., creo que sí —jadeó Edmundo—. Tengo a ese bruto de Nikabrik, pero aún está vivo.

—¡Garrafas y garrotes! —se escuchó una voz irritada—.

Es arriba de mí que estás sentado. Sal de aquí, pareces un elefante.

—Perdón, Q.A. —dijo Edmundo—. ¿Estás mejor ahora?

—¡Ay! ¡No! —vociferó Trumpkin—. Estás metiendo tu bota en mi boca. ¡Vete!

—¿Está el Rey Caspian por algún lado? —preguntó Pedro.

—Aquí estoy —respondió una voz bastante débil—. Algo me mordió.

Se oyó el ruido de alguien que prendía un fósforo. Era Edmundo. La tenue luz iluminó su cara, pálida y sucia. Anduvo un instante a tropezones, encontró una vela (ya no usaban la lámpara, pues se había terminado el aceite), la puso sobre la mesa y la encendió. Cuando se elevó la llama clara, varias personas se pusieron de pie. Seis rostros se miraron con sorpresa a la luz de la vela.

—Parece que no quedan enemigos —dijo Pedro—. Allá está la Bruja muerta. —Desvió la mirada rápidamente—. Y Nikabrik, muerto también. Y supongo que eso es un Hombre-Lobo; hace mucho tiempo que no veía uno. Cabeza de lobo y cuerpo de hombre. Quiere decir que se estaba transformando en lobo al momento de su muerte. Y tú, ¿supongo que eres el Rey Caspian?

—Sí —repuso el otro niño—. Pero no tengo idea de quién eres tú.

—Es el gran Rey Pedro —explicó Trumpkin.

—Su Majestad es muy bienvenida —dijo Caspian.

—Y también *tu* Majestad —dijo Pedro—. No he venido a tomar tu lugar, ya lo sabes, sino a colocarte en él.

—Su Majestad —dijo otra voz muy cerca de Pedro.

Al volverse, se encontró cara a cara con el Tejón. Pedro se inclinó hacia adelante, abrazó a la bestia y besó su cabeza peluda; no era cosa de niñas que él lo hiciera, pues era el gran Rey.

—El mejor de los Tejones —dijo—. Nunca dudaste de nosotros, a pesar de todo.

—No es mérito mío, Su Majestad —replicó Cazatrufas—. Soy una bestia y nosotros no cambiamos, y además soy un tejón, y nosotros sabemos cumplir.

—Lo siento por Nikabrik —dijo Caspian—, aunque me detestó desde el primer día que me vio. Se llenó de amargura de tanto sufrir y de tanto odiar. Si hubiésemos vencido rápidamente, tal vez habría llegado a ser un Enano bueno en los días de paz. No sé quién lo mató, pero me alegro.

—Estás sangrando —advirtió Pedro.

—Sí, me mordieron —contestó Caspian—. Fue esa... esa especie de lobo.

En pocos minutos le limpiaron y vendaron la herida y cuando estuvo listo, Trumpkin dijo:

—Y ahora, antes que nada, queremos tomar desayuno.

—Pero no aquí —indicó Pedro.

—No —asintió Caspian, con un escalofrío—. Enviaremos a alguien a retirar los cadáveres.

—Deja que las sabandijas sean arrojadas en un pozo —dijo Pedro—. Pero entreguemos el Enano a su pueblo para que lo entierren según sus costumbres.

Tomaron desayuno, por fin, en otro de los oscuros sótanos del Monumento de

Aslan. No fue el desayuno que ellos hubieran deseado, pues Caspian y Cornelius pensaban en pasteles de venado, Pedro y Edmundo en huevos con mantequilla y café caliente, pero lo que pudieron comer fue únicamente un pedacito de carne de oso fría (de los bolsillos de los niños), una tajada de queso duro, una cebolla y una jarra de agua. Sin embargo, a juzgar por la maneta en que empezaron a comer, cualquiera podía pensar que era algo delicioso.

XIII EL GRAN REY ASUME EL MANDO

—Ahora bien, Caspian —dijo Pedro, cuando terminaron de comer—, Aslan y las niñas, es decir, la Reina Susana y la Reina Lucía, están cerca. No sabemos cuándo entrará él en acción; cuando a él le parezca, sin duda, y no cuando nosotros queramos. Mientras tanto, él quiere que hagamos lo más posible por nuestra cuenta. Tú piensas, Caspian, que no somos bastante fuertes para enfrentar a Miraz en una batalla campal.

—Me temo que no, gran Rey —dijo Caspian.

A pesar de que Pedro le agradaba mucho, Caspian se sentía cohibido en su presencia. Era mucho más extraordinario para él encontrarse con los grandes Reyes de las antiguas historias que para ellos conocerlo a él.

—Muy bien —dijo Pedro—, entonces lo desafiaré a combate singular.

Nadie había pensado en eso antes.

—Por favor —solicitó Caspian—, ¿podría ser yo? Quisiera vengar a mi padre.

—Tú estás herido —repuso Pedro—. Y además creo que él se burlaría de un desafío tuyo. Mira, nosotros hemos comprobado que eres un rey y un guerrero, pero para él eres sólo un niño.

—Pero, Señor —dijo el Tejón, que estaba sentado muy cerca de Pedro y no le quitaba la vista de encima—. ¿Aceptaré Miraz un reto, aunque venga de ti? El sabe que cuenta con un ejército muy superior.

—Es probable que no acepte —respondió Pedro—, pero siempre hay una posibilidad. Y aun si no acepta, pasaremos la mayor parte del día intercambiando emisarios y mensajes; para entonces, Aslan tal vez habrá hecho algo. Y, por último, tendré la oportunidad de inspeccionar el ejército y fortalecer nuestra posición. Enviaré el desafío. Lo redactaré de inmediato. ¿Tiene pluma y tinta, doctor Cornelius?

—Jamás le pueden faltar a un hombre de letras —repuso el doctor Cornelius.

—Entonces, voy a dictar —dijo Pedro.

Y mientras el doctor desplegaba un pergamino, abría su cuerno-tintero y afilaba la pluma, Pedro se recostó con los ojos semicerrados, y trató de recordar el lenguaje que usaba para escribir cosas de ese estilo en la época de oro de Narnia.

—Ya —dijo finalmente—. Y ahora, ¿está listo doctor?

El doctor Cornelius humedeció su pluma y esperó. Pedro dictó lo siguiente:

"Pedro, por voluntad de Aslan, por elección, por prescripción y por conquista, gran Rey sobre todos los Reyes de Narnia, Emperador de las Islas Desiertas y Señor de Cair Paravel, Caballero de la Muy Noble Orden del León; a Miraz, Hijo de Caspian Octavo, en otra época Lord Protector de Narnia y que ahora se da a sí mismo el título de Rey de Narnia, os saludo". ¿Lo ha escrito ya?

—Narnia, coma, os saludo —murmuró el doctor—. Sí, señor.

—Entonces, comience un nuevo párrafo —dijo Pedro—. "Para evitar el derramamiento de sangre, y para eludir todos los problemas que probablemente pueden derivarse de las guerras que se libran actualmente en el reino de Narnia, es nuestra voluntad arriesgar nuestra real persona en favor de nuestro leal y bienamado Caspian en una limpia prueba de duelo a fin de probar ante las huestes de vuestra Señoría que el mencionado Caspian es el legítimo Rey de Narnia bajo nosotros, tanto por nuestra voluntad como por las leyes de los Telmarinos, y que vuestra Señoría es culpable de doble traición por arrebatarnos la soberanía de Narnia de las manos del dicho Caspian, y por el *abominable* —no olvide escribirlo con *h*, doctor— sangriento e inhumano asesinato de vuestro buen señor y hermano, llamado el Rey Caspian Noveno. Por tal motivo, gustosamente procedo a provocar, retar y desafiar a vuestra Señoría a combate singular y hago llegar estas cartas en mano de nuestro amado y real hermano Edmundo, en otros tiempos Rey bajo nosotros en Narnia, Duque del Páramo del Farol y Conde de las Fronteras Occidentales, Caballero de la Noble Orden de la Mesa, a quien hemos otorgado pleno poder para determinar con vuestra Señoría las condiciones del referido combate. Dado en nuestros aposentos en el Monumento de Aslan, este día doce del mes de Cieloverde en el primer año de Caspian Décimo de Narnia".

—Eso bastará —dijo Pedro, con un hondo suspiro—. Tenemos que enviar dos personas más con Edmundo. Creo que aquel Gigante debería ser uno de los acompañantes.

—Mira, él no..., él no es muy inteligente —murmuró Caspian.

—Claro que no —admitió Pedro—. Pero cualquier gigante es impresionante, aunque no haga nada. Además, eso lo animará. Y ¿quién sería el otro?

—¡Por mi honor! —dijo Trumpkin—, si quieres alguien que pueda matar con su sola presencia, Rípichip es el indicado.

—No lo dudo, a juzgar por lo que he oído —rió Pedro—. Si fuera sólo un poquito más grande. ¡Nadie lo vería hasta que estuviese cerca!

—Envía a Vendaval, señor —aconsejó Cazatrufas—. Nadie se ríe de un Centauro.

Una hora más tarde, mientras se paseaban entre sus líneas y hurgaban sus dientes después del desayuno, dos grandes señores del ejército de Miraz, Lord Glózel y Lord Sopespian, vieron avanzar desde el bosque al Centauro y al Gigante Rompetiempo, a quienes habían visto antes en la batalla, y entre ellos una persona que no conocían. En verdad, los amigos de Edmundo tampoco lo reconocerían ahora. Porque Aslan le había infundido su aliento durante su encuentro y un aire de grandeza se desprendía de él.

—¿Qué pasa? —preguntó Lord Glózel—. ¿Un ataque? —Más bien un parlamento —dijo Sopespian—. Mira, traen ramas verdes. Seguramente vienen a rendirse.

—El que camina entre el Centauro y el Gigante no tiene cara de venir a rendirse —dijo Glózel—. ¿Quién puede ser? No es el niño Caspian.

—Por supuesto que no —afirmó Sopespian—. Ese es un guerrero feroz, te lo

aseguro; quien sabe de dónde lo sacaron los rebeldes. Tiene, que lo escuche sólo su Señoría, un aspecto mucho más majestuoso que el de Miraz. ¡Y qué armadura lleva! Ninguno de nuestros herreros podría hacer una semejante.

—Apuesto mi caballo tordillo que trae un reto y no una rendición —dijo Glózel.

—Pero cómo —exclamó Sopespian—. Tenemos al enemigo en un puño; Miraz no sería jamás tan estúpido de arriesgar su ventaja en un combate.

—Podría verse obligado a hacerlo —insinuó Glózel, en voz muy baja.

—Cuidado —dijo Sopespian—. Alejémonos un poco de aquí, fuera del alcance del oído de esos centinelas. Ahora sí. ¿He comprendido bien el sentido de lo que su Señoría ha dicho?

—Si el Rey acepta un desafío a duelo —susurró Glózel—, o mata o bien lo matan a él.

—Así es —dijo Sopespian, asintiendo con la cabeza.

—Si él mata, habremos ganado la guerra.

—Ciertamente. ¿Y si no?

—Bueno, si no, tendremos que ser capaces de ganar con o sin la gracia del Rey. Pues no necesito decirle a su Señoría que Miraz no es un gran capitán. Y al final, estaríamos victoriosos y sin rey.

—¿Y tu idea es, milord, que tú y yo podríamos ser los dueños de esta tierra en forma muy conveniente, con o sin un Señor?

El rostro de Glózel mostraba una expresión amenazante.

—No olvidemos —dijo— que fuimos nosotros quienes lo pusimos sobre el trono. Y en todos estos años en que ha gozado del poder, ¿qué frutos hemos cosechado nosotros? ¿Nos ha demostrado alguna gratitud?

—No digas más —respondió Sopespian—. Pero, silencio, alguien se acerca para llevarnos a la tienda del Rey.

Cuando llegaron a la tienda de Miraz, vieron a Edmundo y a sus dos compañeros sentados al lado afuera, comiendo tortas y bebiendo vino, puesto que ya habían entregado el desafío y se habían retirado mientras el Rey lo leía. Al verlos más de cerca, los dos Señores Telmarinos pensaron con inquietud que los tres tenían una apariencia bastante alarmante.

Dentro de la tienda se hallaba Miraz sin armadura y terminando su desayuno, con la cara roja y fruncido el entrecejo.

—¡Vean! —gruñó, arrojándoles el pergamino por encima de la mesa—. Lean el cúmulo de cuentos de niños que nos envía ese mequetrefe de mi sobrino.

—Con su permiso, señor —dijo Glózel—. Si el joven guerrero que vimos a la entrada es el Rey Edmundo mencionado en el escrito, en ese caso yo no lo llamaría un cuento de niños, sino un caballero sumamente peligroso.

—Rey Edmundo, ¡bah! —refunfuñó Miraz—. ¿Su Señoría cree acaso en esas patrañas sobre Pedro y Edmundo y los demás?

—Creo a mis ojos, Su Majestad —repuso Glózel.

—Bueno, es inútil —dijo Miraz—, pero con respecto al reto, ¿supongo que

seremos todos de la misma opinión?

—Así me parece, Señor —dijo Glózel.

—Y, ¿cuál es? —preguntó el Rey.

—Sin lugar a dudas, rechazarlo —contestó Glózel—. Pues, aunque jamás he sido considerado un cobarde, debo confesar francamente que un encuentro con ese joven en el campo de batalla es más de lo que mi corazón puede resistir. Y si, como es probable, su hermano, el gran Rey Pedro, es más temible que él..., entonces, por su vida, mi Lord Rey, no lo enfrente.

—¡Maldita sea! —vociferó Miraz—. No es ésa la clase de consejo que esperaba. ¿Creen que les estoy preguntando si debo temer un encuentro con ese tal Pedro, si es que existe ese hombre? ¿Creen que le tengo miedo? Lo que yo quería era su consejo sobre la política del asunto; si es conveniente que, teniendo la ventaja, la arriesguemos en un duelo.

—Sólo puedo responder a Su Majestad —dijo Glózel— que, por una infinidad de razones, el desafío debe ser rechazado. Hay muerte en el rostro del extraño caballero.

—¡Y te atreves a repetirlo! —gritó Miraz, furibundo—. ¿Tratas de insinuar que soy un cobarde como tu Señoría?

—Su Majestad puede decir lo que guste —replicó Glózel, con evidente malhumor.

—Hablas como una vieja, Glózel —dijo el Rey—. ¿Qué opinas tú, Sopespian?

—No lo acepte, Señor —fue la respuesta—. Me parece que lo que su Majestad ha dicho sobre la política del asunto es muy acertado. Proporciona a Su Majestad excelentes argumentos para una negativa, sin dar margen a cuestionar su honor o su valor.

—¡Válgame el cielo! —exclamó Miraz, incorporándose de un salto—. ¿Tú también estás embrujado hoy día? ¿Crees que estoy buscando argumentos para rechazarlo? Es como si me llamaras cobarde en mi propia cara.

La conversación tomaba justamente el giro que ambos señores deseaban, por lo que prefirieron guardar silencio.

—Ya veo —prosiguió Miraz, mirándolos fijamente como si sus ojos fueran a salirse de sus órbitas—. Ustedes son cobardes como liebres y tienen el descaro de comparar mi valor con el vuestro. ¡Argumentos para una negativa, no faltaba más! ¡Excusas para no combatir! ¿Son soldados ustedes? ¿Son Telmarinos? ¿Son hombres? Y si me rehusara, como me lo sugieren tantas razones de estrategia y política marcial, ustedes creerán, y enseñarán a otros a creer, que tuve miedo, ¿no es eso?

—Ningún hombre de la edad de Su Majestad —dijo Glózel— sería considerado cobarde por ningún soldado sensato por el hecho de rehusar un combate con un gran guerrero en la flor de la juventud.

—Ahora soy un viejo chocho con un pie en la tumba, además de cobarde —rugió Miraz—. Yo les diré lo que pasa, señores. Con sus consejos dignos de mujeres, siempre eludiendo el verdadero punto, que es la política, han conseguido lo

contrario a sus propósitos. En un momento había pensado rehusar, pero lo aceptaré. ¿Me oyen? ¡Lo aceptaré! No pasaré una vergüenza sólo porque alguna brujería o una idea de traición les ha helado la sangre a ustedes.

—Suplico a Su Majestad... —dijo Glózel, pero Miraz ya había abandonado la tienda y podían escucharlo gritando a voz en cuello dando su aceptación a Edmundo.

Los señores se miraron sonrientes.

—Sabía que lo haría si estaba suficientemente irritado —dijo Glózel—. Pero no olvidaré que me llamó cobarde. Me las pagará.

Hubo gran agitación en el Monumento de Aslan cuando los emisarios regresaron y comunicaron las novedades a las diversas criaturas. Edmundo, en compañía de uno de los capitanes de Miraz, había marcado ya el lugar del combate, rodeándolo con cuerdas y estacas. Dos Telmarinos se apostarían en dos de los cuatro rincones, y uno en la mitad de uno de los costados en calidad de Mariscal del Campo de Batalla. Tres mariscales para los otros dos rincones y el otro costado debían ser designados por el gran Rey. Pedro estaba explicando a Caspian que no podía ser nombrado uno de ellos porque estaban combatiendo precisamente por su derecho al trono, cuando de súbito se escuchó una voz velada y somnolienta.

—Su Majestad, por favor —dijo.

Pedro se volvió y vio delante de ellos al mayor de los Osos Panzones.

—Por favor, Su Majestad —repitió éste—. Soy un Oso.

—No me cabe duda, y un oso muy bueno, por lo demás —dijo Pedro.

—Sí —dijo el Oso—. Sólo que siempre ha sido un derecho de los osos actuar como mariscales de duelo.

—No se lo permitas —susurró Trumpkin a Pedro—. Es bueno, pero nos dejará en vergüenza; se quedará dormido y se lamerá las patas frente al enemigo.

—No puedo negarme —repuso Pedro—. El está en su derecho. Los osos tenían ese privilegio. No entiendo cómo aún se recuerda esa prerrogativa al cabo de estos años, habiéndose olvidado tantas otras cosas.

—Por favor, Su Majestad —volvió a decir el Oso.

—Estás en tu derecho —dijo Pedro—. Serás uno de los mariscales. Pero debes recordar que no puedes lamerte las patas.

—Por supuesto que no —dijo el Oso, en tono muy ofendido.

—¡Pero si lo estás haciendo en este mismo momento! —bramó Trumpkin.

El Oso sacó bruscamente la pata de su hocico, y fingió no haber escuchado.

—¡Señor! —dijo una voz estridente que salía del suelo.

—¡Ah, Rípitchip! —saludó Pedro, después de buscarlo por todos lados, como hace la gente habitualmente cuando un ratón les habla.

—Señor —continuó Rípitchip—. Mi vida está enteramente a tu disposición, pero mi honor me pertenece. Tengo entre mis gentes al único trompeta del ejército de Su Majestad. Había pensado que, tal vez, se nos encomendaría la misión de llevar el desafío. Señor, mi gente está muy dolida. Si fuera del agrado de Su Majestad nombrarme Mariscal del Campo de Batalla, quizás se darían por satisfechos.

A estas palabras, un ruido similar a un trueno estalló en alguna parte en lo alto.

El Gigante Rompetiempo rompía a reír con una de esas carcajadas estúpidas tan comunes en los gigantes, incluso en los más encantadores. De súbito se frenó y se quedó serio como un rábano, a tiempo que Rípichip descubría de donde provenía el ruido.

—Me temo que no será posible —dijo Pedro, muy serio—. Algunos humanos tienen miedo a los ratones...

—Ya lo sé, señor —replicó Rípichip.

—Y no sería muy justo con Miraz —continuó Pedro— enfrentarlo con quien podría hacer debilitar su coraje.

—Su Majestad es el espejo del honor —respondió el Ratón, con una de sus admirables reverencias—. Tenemos en esto un mismo pensamiento... Pero me parece que acabo de escuchar una risa. Si alguno de los presentes quiere hacer gala de su ingenio a costa mía, estoy a sus órdenes, con mi espada, cuando lo desee.

Un denso silencio siguió a esta observación, hasta que Pedro dijo:

—El Gigante Rompetiempo, el Oso y el Centauro Vendaval serán nuestros mariscales. El combate se llevará a cabo a las dos de la tarde. La comida se servirá a las doce en punto.

—Mira —dijo Edmundo, cuando ya se retiraban—, supongo que todo irá bien, es decir, ¿crees que lo puedes vencer?

—Me bato con él para averiguarlo —respondió Pedro.

XIV TODOS ESTABAN MUY OCUPADOS

Un poco antes de las dos, Trumpkin y el Tejón se instalaron con las demás criaturas a la entrada del bosque; al otro lado veían las relucientes filas del ejército de Miraz que estaba a aproximadamente dos tiros de arco. Al medio, un espacio cuadrado de césped había sido cercado de estacas para el combate. En cada una de las esquinas más alejadas, Glózel y Sopespian permanecían de pie, con sus espadas desenvainadas. En las esquinas más cercanas se encontraban el Gigante Rompetiempo y el Oso Panzón, el que, a pesar de todas las advertencias, estaba lamiéndose sus patas y la expresión de su cara era, para decir la verdad, especialmente tonta. Para compensar esta actitud, Vendaval, a la derecha del campo, se mantenía inmóvil, excepto cuando pateaba ocasionalmente el pasto con sus cascos traseros, y lucía mucho más imponente que el barón Telmarino que estaba frente a él, a la izquierda. Pedro acababa de despedirse de Edmundo y del doctor con un fuerte apretón de manos y se dirigía al combate. La escena semejaba el momento antes de que den la partida en una carrera, pero éste era muchísimo más grave.



—Hubiera querido que Aslan viniese antes de que llegáramos a esto —dijo Trumpkin.

—También yo —dijo Cazatrufas—. Pero mira detrás de ti.

—¡Cuervos y codornices! —murmuró el Enano, mirando hacia atrás—. ¿Qué es eso? Gente tan enorme, tan bella, parecen dioses y diosas y gigantes. Cientos y miles acercándose a nosotros. ¿Qué son?

—Son Dríades y Hamadriades y Silvans —respondió Cazatrufas—. Aslan los ha despertado.

—¡Hum! —asintió el Enano—. Van a ser de gran ayuda si el enemigo intenta alguna traición. Pero no ayudarán mucho al gran Rey si Miraz demuestra ser más diestro con su espada.

El Tejón calló porque en ese instante Pedro y Miraz entraban al recinto desde extremos opuestos, ambos a pie, ambos con sus cotas de malla, con sus yelmos y escudos. Avanzaron acercándose, se saludaron con una reverencia y se dijeron algo, pero no fue posible oír sus palabras. Relucieron los aceros a la luz del sol. Por unos segundos, se pudieron escuchar los golpes, pero fueron apagados por la gritería de los dos ejércitos, semejante a la de las muchedumbres en un partido de fútbol.

—Bien, Pedro, muy bien —gritó Edmundo al ver que Miraz retrocedía un paso y medio—. ¡Atácalo, rápido!

Y Pedro atacó y por unos segundos pareció que podría ganar la lucha. Pero Miraz se recuperó y empezó a hacer buen uso de su estatura y peso. "¡Miraz, Miraz, el Rey, el Rey!", rugían los Telmarinos. Caspian y Edmundo palidecieron, presas de mortal ansiedad.

—Pedro ha recibido golpes terribles —dijo Edmundo.

—¡Hola! —gritó Caspian—. ¿Qué pasa ahora?

—Se separan —explicó Edmundo—. Agotados, supongo. Mira, ahora empiezan de nuevo, con tácticas más científicas esta vez. Se observan por diversos ángulos, estudiando las defensas del contrario.

—Me temo que Miraz conoce su oficio —musitó el doctor—. Pero no terminaba de hablar, cuando estallaron ensordecedores aplausos y aullidos y capuchas lanzadas al aire en las filas de los Antiguos Narnianos.

—¿Qué pasa, qué pasa? —preguntó el doctor—. Mis viejos ojos no alcanzaron a ver bien.

—El gran Rey Supremo lo pinchó en la axila —relató Caspian, aplaudiendo todavía—. Justo donde la sisa de la cota dejó entrar la punta. Primera sangre.

—Se pone feo otra vez —dijo Edmundo—. Pedro no está usando bien su escudo. Debe tener herido su brazo izquierdo.

Así era, desgraciadamente. Todos podían advertir que el escudo de Pedro colgaba de su brazo inerte. El griterío de los Telmarinos se intensificó.

—Tú que has visto más batallas que yo —dijo Caspian—, ¿crees que hay todavía alguna esperanza?

—Muy poca —repuso Edmundo—. Pero podría lograrlo... con algo de suerte.

—Oh, ¿por qué permitimos que todo esto sucediera? —dijo Caspian.

De súbito, se acallaron los gritos de ambos bandos. Edmundo quedó perplejo.

—Ah, ya entiendo —dijo de pronto—. Han acordado un descanso. Venga, doctor, tal vez el gran Rey nos necesita.

Corrieron hacia la palestra; Pedro salió a su encuentro pasando por entre las cuerdas. Su cara estaba roja y sudorosa y respiraba agitadamente.

—¿Tienes herido el brazo izquierdo? —preguntó Edmundo.

—No es exactamente una herida —repuso Pedro—. Recibí todo el peso de su hombro sobre mi escudo —como si fuera una carga de ladrillos— y el canto del escudo se incrustó en mi muñeca. No creo que esté quebrada; debe ser más bien una torcedura. Si pueden amarrarla bien firme, creo que me las arreglaré.

—¿Qué te parece Miraz, Pedro? —preguntó Edmundo ansiosamente, mientras vendaban su muñeca.

—Fuerte —respondió Pedro—. Muy fuerte. Mi única posibilidad está en mantenerlo moviéndose mucho hasta que su peso y su resuello corto, además del fuerte sol que cae, lo agoten. Para decir verdad, es mi última esperanza. Dale mis cariños a... a todos en casa, Ed, si me mata. Allí va, de vuelta al campo de batalla. Adiós, mi viejo. Adiós, doctor. Y por favor, Ed, un recuerdo muy especial de mi parte para Trumpkin. Es un gran tipo.

Edmundo no podía hablar. Regresó con el doctor a su asiento, sintiendo un gran malestar en el estómago.

El nuevo asalto empezó bien. Se notaba que Pedro podía servirse mejor de su escudo y, por cierto, utilizó muy bien sus pies. Parecía jugar al pillarse con Miraz, esquivándolo, cambiando de posición, haciendo trabajar a su enemigo.

—¡Cobarde! —abuchearon los Telmarinos—. ¿Por qué no lo enfrentas? No te gusta, ¿eh? Aquí vinieron a pelear, no a bailar. ¡Bah!

—Ojalá que no los escuche —dijo Caspian.

—El, no —dijo Edmundo—. No lo conoces bien... ¡Oh!...

Miraz había asestado un feroz golpe en el yelmo de Pedro, que trastabilló, resbaló de costado y cayó sobre una rodilla. El rugido de los Telmarinos creció como el ruido del mar. "Ahora, Miraz —aullaban—. Ahora. ¡Rápido! ¡Rápido! Mátaalo". No había necesidad de incitar al usurpador. Ya estaba encima de Pedro. Edmundo se mordió los labios hasta que brotó sangre, mientras la espada cruzaba como un rayo sobre Pedro. Parecía que le cortaría la cabeza. ¡Gracias a los cielos!, resbaló por su hombro derecho. La malla forjada por los enanos era firme y no se rompió.

—¡Dios mío! —gritó Edmundo—. Se levanta otra vez. ¡Vamos, Pedro, vamos!

—No pude ver lo que pasó —dijo el doctor—. ¿Cómo fue?

—Se agarró en el brazo de Miraz al caer —explicó Trumpkin, bailando de dicha—. ¡Ese es un hombre! Usa el brazo de su enemigo como si fuera una escalera. ¡El gran Rey, el gran Rey! ¡Arriba, Antigua Narnia!

—Miren —dijo Cazatrufas—. Miraz está furioso. Eso es muy bueno.

Se daban ahora con toda el alma; una ráfaga de golpes tan intensa que parecía imposible que no resultara alguien muerto. A medida que crecía la agitación, se

apagaban poco a poco los gritos. Los espectadores retenían la respiración. Era una escena a la vez horrible y magnífica.

Se elevó un fuerte griterío en las líneas de los Antiguos Narnianos. Miraz había caído, no por un golpe dado por Pedro, pero estaba tendido de bruces tras tropezar contra un terrón. Pedro se apartó esperando a que se levantara.

—¡Ah, no me embromes! —se dijo Edmundo—. ¿Tiene que ser caballeroso hasta ese extremo? Supongo que sí. Porque es un Caballero y un Rey Supremo. Creo que es lo que Aslan hubiera querido que hiciera. Pero ese bruto se levantará pronto y entonces...

Pero "ese bruto" no se levantó más. Los señores Glózel y Sopespian tenían sus propios planes. En cuanto vieron caer al Rey, saltaron dentro del campo de batalla.

—¡Traición, traición! —gritaron—. El traidor narniano lo ha apuñalado por la espalda cuando yacía indefenso. ¡A las armas, a las armas, Telmarinos!

Pedro no entendía bien qué pasaba. Vio a dos hombres grandes abalanzarse sobre él con sus espadas desenvainadas. Un tercer Telmarino saltó sobre las cuerdas a su izquierda.

—¡A las armas, Narnia! ¡Traición! —gritó Pedro.

Si los tres lo hubiesen atacado al mismo tiempo, no habría vuelto a hablar nunca más. Pero Glózel se detuvo para apuñalar a su propio Rey caído. "Eso es por tu insulto de esta mañana", murmuró mientras colocaba nuevamente la espada en su vaina.

Pedro giró para enfrentar a Sopespian, dando estocadas a las piernas de su contrario y, levantando su espada, con el revés del mismo golpe le cortó la cabeza.

Edmundo se puso a su lado gritando "Narnia, Narnia. El León". El ejército Telmarino embistió contra ellos. Pero ya el Gigante avanzaba pesadamente, agachado y blandiendo su garrote. Los Centauros fueron a la carga. Tuang, tuang, atrás, y jiss, jiss más arriba avanzaba la ballestería de los Enanos. Trumpkin luchaba a su izquierda. Se iniciaba la gran batalla.

—Vuelve, Rípitchip, pedazo de burro —gritó Pedro—. Sólo conseguirás hacerte matar. Este no es lugar para ratones.

Pero las ridículas y diminutas criaturas bailaban entremedio de los pies de ambos ejércitos, pinchando acá y allá con sus espadas. Ese día, más de un soldado Telmarino sintió en sus pies súbitas punzadas, como de docenas de agujas, que los hacían saltar en una pierna maldiciendo el dolor, y no pocas veces cayeron al suelo. Si caían, los ratones los remataban; si no caían, algún otro lo hacía.

Mas antes de que los Antiguos Narnianos hubieran entrado en calor para la batalla, el enemigo empezó a ceder terreno. Los guerreros de aspecto temible palidecían aterrorizados, no ante los Antiguos Narnianos, sino ante algo que veían tras ellos, hasta que de repente arrojaron sus armas al suelo, chillando: "¡El bosque! ¡El bosque! ¡El fin del mundo!"

Pronto sus gritos y el fragor de las armas fueron ahogados por un estruendo semejante al del océano, el rugido de los Arboles Despiertos que se precipitaban entre las filas del ejército de Pedro, y luego avanzaban persiguiendo a los

Telmarinos. ¿Has estado alguna vez en una tarde de otoño a la entrada de un espeso bosque sobre un cerro alto, cuando se desata un furioso viento del sudoeste? Imagina, entonces, aquel sonido. Y luego imagina que el bosque, en lugar de permanecer estático en su lugar, corre hacia ti; y entonces ya no son árboles sino seres gigantescos, y no obstante semejantes a los árboles, porque sus largos brazos ondean como ramas y al agitar sus cabezas cae una lluvia de hojas a su alrededor. Eso fue lo que vieron los Telmarinos. Era hartamente inquietante, hasta para los Narnianos. De inmediato, los seguidores de Miraz bajaron corriendo hacia el Gran Río, donde esperaban poder cruzar por el puente al pueblo de Beruna y defenderse allí tras los baluartes y las puertas cerradas.

Al llegar al río vieron que ya no había puente. Había desaparecido el día anterior. Un pánico indecible y un insensato horror se apoderaron de ellos, y decidieron rendirse.

Pero ¿qué había pasado con el puente?

Esa mañana muy temprano, después de algunas horas de sueño, las niñas despertaron y vieron a Aslan a su lado, observándolas, y escucharon su voz que decía: "Hoy nos iremos de paseo". Se restregaron los ojos y miraron a su alrededor. Los Árboles se habían marchado, pero todavía se divisaba la oscura masa alejándose rumbo al Monumento de Aslan. Acá quedaron Baco y las bacantes, sus fieras y alocadas servidoras, y Silenus. Lucía se levantó, totalmente descansada. Todos estaban despiertos y reían, sonaban las flautas, los címbales retumbaban. De todos lados acudían grandes cantidades de animales, pero no de Animales que Hablan.

—¿Qué pasa, Aslan? —preguntó Lucía; sus ojos bailaban y sus pies querían bailar también.

—Vengan, niñas —dijo él—. Hoy montarán sobre mi lomo otra vez.

—¡Qué maravilla! —gritó Lucía, y las dos niñas se subieron al lomo tibio y dorado, como lo habían hecho antes, nadie sabe cuántos años atrás. El grupo se puso en movimiento; Aslan a la cabeza, Baco y sus bacantes brincando, corriendo, haciendo cabriolas y volteretas; las bestias retozaban alrededor de ellos, y Silenus y su asno cerraban la marcha.

Doblaron un poco a la derecha, bajaron echando carreras por una escarpada colina y se encontraron con el largo puente de Beruna. Antes de comenzar a cruzarlo, vieron emerger del fondo del agua una cabeza mojada, de enormes barbas y más voluminosa que la de un hombre y coronada de juncos. Miró a Aslan y de su boca brotó una voz profunda.

—¡Salud, Señor! —dijo—. Suelta mis cadenas.

—¿Quién es ése? —murmuró Susana.

—Creo que es el dios-río, pero cállate —dijo Lucía.

—Baco —llamó Aslan—. Líbralo de sus cadenas.

"Eso significa el puente, supongo", pensó Lucía.

Y así fue. Baco y los suyos se zambulleron en el agua profunda y al minuto siguiente empezaron a ocurrir las cosas más curiosas. Grandes y robustos troncos de hiedra se enrollaban en los pilares del puente, creciendo con la rapidez del fuego,

envolviendo las piedras, partiéndolas, quebrándolas, separándolas. Las murallas del puente se transformaron por un momento en cercos de espinos de vivos colores, para luego desaparecer mientras el resto del puente retumbaba y se derrumbaba, hundiéndose velozmente en las turbulentas aguas. Entre chapoteos, estridentes gritos y risas, el alegre grupo vadeó, o nadó, o bailó cruzando el vado ("¡Bravo! ¡He aquí los Vados de Beruna otra vez!", gritaron las niñas), y todos treparon la ribera del otro lado y entraron al pueblo.

Por las calles, la gente huía al verlos. La primera casa a la que llegaron era una escuela; una escuela para niñas, donde una cantidad de pequeñas Narnianas, con sus cabellos muy tiesos y unas horribles golillas alrededor del cuello y unas medias tan gruesas que les hacían cosquillas en las piernas, asistían a su clase de historia. La "historia" que se enseñaba en Narnia bajo el reinado de Miraz era más aburrida que la historia más verídica que hayas leído jamás, y menos auténtica que la más emocionante historieta de aventuras.

—Si no prestas atención, Güendolina —dijo la maestra—, y no dejas de mirar por esa ventana, tendré que ponerte una anotación por mala conducta.

—Pero, por favor, señorita Prizzle —comentó Güendolina.

—¿No has oído lo que dije, Güendolina? —preguntó la señorita Prizzle.

—Pero, por favor, señorita Prizzle —repitió la niña—, hay un LEON allí.

—Dos anotaciones por decir disparates —dijo la señorita Prizzle—. Y ahora...

Un rugido la interrumpió. La hiedra penetró abrazándose a las ventanas de la sala de clases. Las paredes se convirtieron en una masa de un verde rutilante, y las ramas cuajadas de hojas formaron un arco donde antes estuvo el techo. La señorita Prizzle se encontró de pie sobre el pasto en un claro del bosque. Trató de agarrarse a su escritorio para sostenerse, pero su escritorio era ahora un rosal. Seres salvajes como jamás hubiera imaginado que existían se apiñaban en torno a ella. De pronto vio al León, dio un grito y salió disparada, y con ella escaparon sus alumnas, que eran casi todas unas niñitas regordetas, de piernas gordas y muy recatadas. Güendolina vacilaba.

—¿Quieres quedarte con nosotros, querida? —preguntó Aslan.

—Oh, ¿puedo quedarme? Gracias, gracias —dijo Güendolina. Juntó sus manos con las de dos bacantes que la llevaron girando en una alegre danza y la ayudaron a quitarse algunos de sus inútiles e incómodos ropajes.

Siempre ocurría lo mismo en ese pueblecito de Beruna. La mayoría de la gente arrancaba, unos pocos se les unían. Cuando abandonaron el pueblo, formaban un grupo más numeroso y más alegre.

Recorrieron los campos de la ribera norte, o ribera izquierda, del río. De todas las granjas los animales salían para unirse a ellos. Viejos y tristes asnos que jamás habían conocido la alegría se sentían rejuvenecer; perros encadenados rompían sus ataduras; los caballos pateaban sus carretones y trotaban hacia ellos —clop, clop— haciendo saltar el barro y relinchando de placer.

En un patio, junto a un pozo, un hombre golpeaba a un niño. De pronto, el palo floreció en la mano del hombre. Trató de soltarlo, pero se pegó a su mano. Su brazo

se convirtió en rama, su cuerpo en el tronco de un árbol, sus pies echaron raíces. El niño, que había estado llorando, rompió a reír a carcajadas y se fue con ellos.

En un pueblecito a mitad de camino antes de llegar al Dique de los Castores, donde se juntan dos ríos, se acercaron a otra escuela; una niña de aspecto cansado enseñaba aritmética a un grupo de niños, que más bien parecían cerdos. Ella miró por la ventana y vio a los divinos jaraneros que venían cantando por el medio de la calle, y su corazón se llenó de una punzante alegría. Aslan se detuvo bajo su ventana y la miró.

—Oh, por favor, no —dijo ella—. Me encantaría, pero no debo. Tengo que cumplir mi deber. Y los niños podrían asustarse si lo ven.

—¿Asustarse? —dijo el más parecido a un cerdo—. ¿Con quién habla ella por la ventana? Vamos a decirle al inspector que ella habla con gente por la ventana en lugar de hacer la clase.

—Vamos a ver con quién habla —dijo otro de los niños y todos corrieron a la ventana.

Pero en cuanto asomaron sus caritas malhumoradas, Baco gritó con fuerza su "Euan, euoi-oi-oi" y los niños se pusieron a llorar de miedo y se pisotearon unos a otros en su apuro por escapar por la puerta y saltar por las ventanas. Y después se comentó (no se sabe si es cierto) que no se volvió a ver a aquellos niños, pero que apareció un piño de cerditos que nadie había visto antes en esa parte del país.

—Ahora, querida mía —dijo Aslan a la maestra, y ella saltó por la ventana y se unió a ellos.

En el Dique de los Castores volvieron a cruzar el río y fueron hacia el este otra vez, a lo largo de la ribera sur. Se encaminaron hacia una cabañita ante cuya puerta había una niña llorando.

—¿Por qué lloras, mi amor? —preguntó Aslan. La niña no tuvo miedo, puesto que nunca había visto un león, ni siquiera en dibujos.

—Mi tía está muy enferma —dijo—, se va a morir.

Entonces Aslan se dirigió a la puerta de entrada, pero era demasiado baja para él. Introdujo la cabeza, empujó con sus hombros (Lucía y Susana cayeron al suelo cuando él hizo esto), levantó la casa entera y la puso a un lado. Y allí, dentro de su cama pero ahora al aire libre, se hallaba acostada una viejecita que parecía tener sangre de Enanos en sus venas. Estaba a las puertas de la muerte, mas cuando abrió sus ojos y vio la lustrosa y peluda cabeza del león mirándola a la cara, no gritó ni se desmayó.

—¡Oh, Aslan! —dijo—. Sabía que era verdad. He estado esperando este momento toda mi vida. ¿Has venido a llevarme contigo?

—Sí, querida —dijo Aslan—. Pero no en el viaje eterno todavía.

Y mientras le hablaba, así como el color comienza a insinuarse subiendo por debajo de una nube a los primeros rayos del sol, el rubor volvió lentamente a su pálido rostro, sus ojos brillaron alegres y se sentó.

—Bueno —dijo—, puedo asegurar que me siento muchísimo mejor. Creo que tomaré desayuno esta mañana.

—Aquí tienes, madre —dijo Baco, sumergiendo un cántaro en el pozo de la cabaña y pasándoselo para que bebiera. Pero ya no contenía agua sino un exquisito vino, rojo como jalea de grosellas, espeso como el aceite, fuerte como un toro, reconfortante como el té, fresco como el rocío.

—Eh, ¿qué le han hecho a nuestro pozo? —preguntó la anciana—. Es un buen cambio, no hay duda —agregó, saltando de la cama.

—Monta sobre mi lomo —invitó Aslan y, dirigiéndose a Lucía y a Susana, agregó—: Las dos reinas tendrán que correr ahora.

—Correremos. Nos gustará mucho también —dijo Susana. Y partieron.

Y así, por fin, con brincos y bailes y cantos, con música y risas y rugidos; con ladridos y relinchos, llegaron al lugar en que se encontraban las tropas de Miraz, con las manos en alto luego de haber arrojado al suelo sus armas, y el ejército de Pedro rodeándolos, conservando todavía sus armas en la mano, sin aliento, pero con una expresión de gran decisión y de profunda felicidad en sus rostros.

Y lo primero que sucedió fue que la anciana se dejó caer del lomo de Aslan y corrió hacia Caspian y ambos se abrazaron. Ella era su vieja niñera.

XV ASLAN HACE UNA PUERTA EN EL AIRE

Al ver a Aslan, los soldados Telmarinos se pusieron blancos como la cal, les temblaban las rodillas y varios cayeron de bruces. No habían creído en leones, lo que aumentaba su terror. Hasta los Enanos Rojos, que sabían que él venía en son de amistad, se quedaron con la boca abierta y sin habla. Algunos de los Enanos Negros que habían estado de parte de Nikabrik empezaron a escurrirse poco a poco. En cambio, las Bestias que Hablan bullían alrededor del León, con ronroneos, gruñidos, chillidos y relinchos de felicidad, acariciándolo con sus colas, frotándose contra él, tocándolo respetuosamente con sus narices y jugueteando por debajo de su cuerpo y entremedio de sus patas. Si has visto alguna vez a un gatito haciendo cariño a un perro grande al que conoce muy bien y en el cual confía, tendrás una idea exacta del comportamiento de las Bestias. Pedro, llevando de la mano a Caspian, se abrió paso entre el tropel de animales.

—Este es Caspian —dijo.

Y Caspian se arrodilló y besó la pata del León.



—Bienvenido, Príncipe —dijo Aslan—. ¿Te sientes capaz de tomar posesión de la Monarquía de Narnia?

—No..., no lo creo, Señor —respondió Caspian—. Soy sólo un niño.

—¡Magnífico! —dijo Aslan—. Si hubieras dicho que te creías preparado, habrías demostrado que no lo estás. Por tanto, bajo nosotros y bajo el gran Rey, serás Rey de Narnia, Señor de Cair Paravel y Emperador de las Islas Desiertas; tú y tus herederos mientras perdure tu raza. Y tu coronación...,pero ¿qué es eso?



Justo en ese momento se aproximaba una curiosa procesión de Once Ratones, seis de los cuales transportaban una especie de camilla hecha de ramas, no mucho más grande que una vértebra cervical. Nadie ha visto jamás ratones tan desconsolados como aquéllos. Estaban cubiertos de barro de pies a cabeza —algunos también de sangre—, caminaban con sus orejas gachas, los bigotes caídos, arrastrando sus colas por el pasto, y el que encabezaba el cortejo tocaba una melancólica melodía en su gaita. Lo que yacía en la camilla era muy poco más que un pobre montoncito de piel mojada; era todo lo que quedaba de Rípichip. Aún respiraba, pero más cercano a la muerte que a la vida, destrozado por incontables cuchilladas, una pata quebrada y, en el lugar donde antes estuvo su cola, un muñón envuelto en vendas.

—Ahora, Lucía —ordenó Aslan.

Lucía sacó en el acto su botellita de diamante. Aun cuando sólo se requería de una gota en cada una de las heridas de Rípichip, éstas eran tan numerosas que hubo un largo y angustioso silencio antes de que ella terminara la curación y que el Señor Ratón saltara de la camilla. Llevó con presteza su mano a la empuñadura de su espada y con la otra retorció sus bigotes, haciendo una reverencia.

—¡Salud, Aslan! —se escuchó su vocecita chillona—. Tengo el honor... —se interrumpió bruscamente.

El hecho era que aún le faltaba su cola; fuese porque Lucía lo olvidó o porque

el cordial podía sanar heridas pero no hacer que una cola volviera a crecer, lo cierto es que Rípichip se dio cuenta de su pérdida al hacer la reverencia; es probable que la falta de cola alterase su equilibrio. Miró por encima de su hombro derecho. Como no lograba ver su cola, estiró el cuello hasta que tuvo que hacer girar los hombros y su cuerpo entero siguió la misma dirección; pero también sus cuartos traseros habían girado y quedaban fuera de su vista. Volvió a torcer el cuello tratando de mirar otra vez sobre el hombro, con igual resultado. Sólo después de darse vueltas en círculos tres veces comprendió la cruel verdad.

—Me siento muy confundido —dijo Rípichip, dirigiéndose a Aslan—. Estoy sumamente avergonzado. Imploro tu indulgencia por presentarme de manera tan indecorosa.

—Te ves muy bien, Pequeño —dijo Aslan.

—De todos modos —replicó Rípichip—, si se pudiera hacer algo... Quizás Su Majestad... —dijo, inclinándose ante Lucía.

—Pero ¿para qué quieres una cola? —preguntó Aslan.

—Señor —contestó el Ratón—, puedo comer y dormir y morir por mi Rey sin mi cola. Pero la cola es el honor y la gloria de un Ratón.

—A veces me pregunto, amigo —dijo Aslan—, si no te preocupas demasiado de tu honor.

—Supremo Rey de los grandes Reyes —dijo Rípichip—, permíteme recordarte que a los ratones se nos ha concedido un tamaño muy diminuto, y que si no cuidamos nuestra dignidad, algunos, que miden el valor en centímetros, se permitirían insólitas burlas a nuestras expensas. Por esa razón me he dado la molestia de hacer saber que quien desee sentir esta espada lo más cerca posible de su corazón, puede hablar en mi presencia sobre Trampas, Queso Caliente o Velas. No, Señor, ¡tales palabras no se las aceptaré ni siquiera al tonto de mayor altura que hay en Narnia!

Alzó sus ojos y los clavó con fiereza en Rompetiempo, pero el Gigante, que siempre se quedaba un poco atrás en las conversaciones, todavía no descubría de qué se hablaba a sus pies, y pasó por alto el mensaje.

—¿Puedes explicarme por qué tus compañeros han desenvainado sus espadas? —quiso saber Aslan.

—Con la venia de su Real Majestad —dijo el segundo Ratón, cuyo nombre era Chípíck—, estamos prontos esperando para cortar nuestras colas si nuestro jefe ha de pasarse sin la suya. No soportaremos la vergüenza de lucir un honor que le es negado al gran Ratón Supremo.

—¡Ah! —rugió Aslan—, ustedes me han conquistado; tienen un gran corazón. No ha de ser en consideración a tu dignidad, Rípichip, que recuperarás tu cola, sino al amor que hay entre tú y tu pueblo, y más aún a la bondad con que tu gente me ayudó hace mucho tiempo al roer las cuerdas que me ataban a la Mesa de Piedra; y fue entonces, aunque lo olvidaron con el transcurso de los años, que ustedes comenzaron a hablar.

Antes de que Aslan terminara de decir estas palabras, la nueva cola estaba en

su lugar.

Pedro, cumpliendo las disposiciones de Aslan, confirió la Orden del León a Caspian, y Caspian en cuanto fue armado Caballero, la confirió a Cazatrufas, y a Trumpkin, y a Rípitchip, y nombró al maestro Cornelius su Canciller; confirmó también el oficio hereditario de los Osos Panzones como Mariscales de los Campos de Batalla. Hubo un gran aplauso.

Más tarde, con firmeza pero sin burlas ni golpes, los soldados Telmarinos fueron conducidos a través del vado y encerrados bajo llave en el pueblo de Beruna, y se les dio a comer carne de vacuno, y a beber cerveza. Hicieron un gran alboroto durante el cruce del río, pues odiaban y temían a los ríos y mares tanto como a los bosques y animales. Pero al fin terminaron los problemas y comenzó la etapa más agradable de ese largo día.

Lucía, sentada junto a Aslan y sintiéndose maravillosamente cómoda, se preguntaba qué hacían los árboles. En un principio pensó que bailaban, simplemente; los veía girar lentamente dibujando dos círculos, uno de izquierda a derecha y otro de derecha a izquierda. Después observó que arrojaban algo al centro de ambos círculos. De pronto imaginaba que cortaban largas trenzas de sus cabellos; mas luego le parecía que quebraban pedazos de sus dedos... y si así era, tenían muchos dedos y no sentían dolor al arrancarlos. Lo que fuere, al tocar el suelo se convertía en maleza o en palos secos. Tres o cuatro Enanos Rojos trajeron sus yesqueros y prendieron fuego a la pira, que crujió, luego se encendió y finalmente rugió como hace una fogata en el bosque en plena noche de San Juan. Todos se sentaron en el amplio círculo en torno al fuego.

Entonces Baco y Silenus y las bacantes iniciaron su danza, mucho más salvaje que la de los árboles; no era una danza de mera entretención o belleza, aunque también lo era, sino una mágica danza de plenitud; y doquiera que sus manos tocaran, que sus pies se posaran, empezaba a brotar una cantidad de manjares para el banquete...: filetes de carne asada que llenaban el bosquecillo con su delicioso aroma; tortas de harina de trigo y tortas de harina de avena; miel y azúcar de diferentes colores, y crema espesa como un helado y suave como el agua quieta; duraznos, melocotones, granadas, peras, uvas, fresas, frambuesas, pirámides y cataratas de fruta. Luego, en grandes copones de madera y en tazones y escudillas, envueltos en guirnaldas de hiedra, venían los vinos: oscuros, espesos como jarabes de jugo de mora; rojos claros como rojas jaleas licuadas; vinos amarillos y vinos verdes, y amarillo-verdosos, y verde-amarillosos.

Pero para la gente-árbol había otras viandas. Cuando Lucía vio a Sacaterrón y sus topos escarbando con sus patas el césped en varios sitios, que Baco les había señalado, y comprendió que los Árboles iban a comer tierra, sintió un escalofrío. Pero al ver la tierra que les traían, se tranquilizó. Empezaron con un rico barro de color café que parecía chocolate; tan igual al chocolate era, que Edmundo probó un pedazo, pero no lo encontró nada de bueno. Cuando el rico barro hubo mitigado su hambre, los Árboles se dedicaron a una tierra semejante a la de Somerset, que es casi rosada. Dijeron que era más liviana y más dulce. A la hora de los quesos,

comieron tierra cretosa; y luego vinieron las delicadas confituras de los más finos cascajos, espolvoreados con arena plateada de primera calidad. Bebieron muy poco vino, y los Acebos se pusieron muy parlanchines, pues la mayoría de ellos aplacaron su sed con largos tragos de rocío mezclado con lluvia, sazonado con flores de la selva y el sabor refrescante de las más tenues nubes.

Así fue como Aslan festejó a los Narnianos hasta bastante después de que el ocaso se desvaneciera a lo lejos; y que las estrellas comenzaran a asomar. La enorme fogata, ardiendo con más fuerza pero con menos ruido, brillaba como un fanal en los tenebrosos bosques; los aterrados Telmarinos lo veían desde lejos y se hacían toda clase de conjeturas acerca de su significado.

Lo mejor de esta fiesta fue que no se acabó, ni hubo despedidas, sino que a medida que la conversación se hacía más apacible y lenta, uno tras otro los invitados empezaron a cabecear y finalmente se quedaron dormidos, tendidos entre buenos amigos y con sus pies frente al fuego, hasta que reinó el silencio en todo el redondel, y se podía escuchar nuevamente la cháchara del agua al caer sobre las piedras en los Vados de Beruna. Mas Aslan y la Luna se contemplaron toda la noche con ojos muy abiertos y rebosantes de felicidad.

Al día siguiente se enviaron mensajeros por todo el país —en su mayoría ardillas y pájaros— con una proclama dirigida a los Telmarinos fugitivos, incluyendo, por cierto, a los prisioneros en Beruna. Se les comunicaba que Caspian era el Rey y que Narnia de ahora en adelante pertenecía por igual a los hombres y a las Bestias que Hablan, y a los Enanos y Dríades y Faunos y demás criaturas. El que quisiera quedarse bajo las nuevas condiciones, podría hacerlo; pero a los que desaprobaran la idea, Aslan les proporcionaría otro hogar. El que quisiera ir allí, debía acudir donde Aslan y los Reyes en los Vados de Beruna al mediodía del quinto día. ¿Se imaginan la perplejidad que este anuncio causó entre los Telmarinos? Algunos de ellos, sobre todo los más jóvenes, habían escuchado —como Caspian— los relatos de los Días Remotos y estaban encantados de que hubiesen vuelto; ya habían trabado amistad con las criaturas; todos ellos decidieron quedarse en Narnia. Pero muchos de los mayores, especialmente aquellos que habían sido importantes bajo el reinado de Miraz, pusieron mala cara, pues no querían vivir en un país donde no tendrían ningún poder. "Vivir aquí, con un montón de malditos animales amaestrados, ¡por ningún motivo!", decían. "Y con fantasmas, además", agregaban otros, estremeciéndose. "Es lo que son realmente esas Dríades. No es prudente". Eran asimismo muy suspicaces: "no me fío de ellos", decían, "con aquel horrible León y todo lo demás. No lograríamos escapar de sus garras por mucho tiempo, ya lo verán". Desconfiaban de igual modo de su oferta de darles un nuevo hogar: "nos llevará a su guarida y nos comerá uno por uno, es lo más probable", murmuraban. Y mientras cundían los comentarios entre ellos, más malhumorados estaban y más desconfiados. Pero el día de la cita se presentó más de la mitad.

En un confín del claro, Aslan hizo colocar dos estacas de madera, que sobrepasaban la estatura de un hombre, y a una distancia de un metro una de la otra.

Un tercer trozo de madera, más liviano, fue clavado atravesado en la parte superior para unir ambas estacas y formar una especie de puerta de entrada desde la nada hacia la nada. Frente a ella, se hallaba el propio Aslan, de pie, con Pedro a su derecha y Caspian a su izquierda. Agrupados a su alrededor estaban Susana y Lucía, Trumpkin y Cazatrufas, el señor Cornelius, el Centauro Vendaval, Rípichip y otros más. Los niños y los Enanos habían hecho buen uso de las ropas guardadas en los armarios reales en lo que había sido antes el castillo de Miraz y que era ahora el castillo de Caspian, y con tanta seda y telas de oro, con esa ropa interior alba como la nieve que sobresalía de sus mangas acuchilladas, con cotas de plata y espadas con empuñaduras cuajadas de joyas, con yelmos dorados y sombreros emplumados, relucían hasta hacer doler los ojos. También las bestias lucían ricas cadenas alrededor de sus cuellos. Sin embargo, nadie reparaba en ellos ni en los niños. El oro suave y lleno de vida de la melena de Aslan los opacaba a todos. El resto de los Antiguos Narnianos permanecía atrás, a ambos lados del claro del bosque. Al fondo, los Telmarinos. El Sol brillaba con toda su fuerza, y los penachos flamearon movidos por la ligera brisa.

—Hombres de Telmar —dijo Aslan—. Ustedes que buscan una nueva tierra, escúchenme. Los enviaré a su propio país, que yo conozco y ustedes no.

—No recordamos Telmar. No sabemos dónde está. No sabemos cómo es —rezongaban los Telmarinos.

—Ustedes vinieron a Narnia desde Telmar —explicó Aslan—. Pero llegaron a Telmar desde otro lugar. Ustedes no pertenecen en absoluto a este mundo. Vinieron acá, varias generaciones atrás, del mismo mundo al que pertenece el gran Rey Pedro.

Al escucharlo, la mitad de los Telmarinos gimieron: "Ahí tienen. Yo les advertí. Nos va a matar y nos mandará a todos fuera de este mundo"; y los demás sacaron pecho y dándose golpecitos en la espalda, murmuraron: "Ahí tienen. Deberíamos haber adivinado que no pertenecíamos a este lugar repleto de extrañas criaturas, sucias e inhumanas. Nosotros tenemos sangre real, ya verán". Y hasta Caspian y Cornelius y los niños se volvieron hacia Aslan con mirada atónita.

—Paz —dijo Aslan, con esa voz baja que casi era un gruñido.

La tierra pareció temblar levemente y todo ser viviente dentro del bosquesillo se quedó inmóvil como estatua de piedra.

—Tú, Señor Caspian —continuó Aslan—, deberías saber que no podrías ser el verdadero Rey de Narnia a menos que, como los Reyes de antaño, fueras un hijo de Adán y procedieras del mundo de los hijos de Adán. Y así es. Hace muchos años, en un mar profundo en aquel mundo, llamado el Mar del Sur, un barco tripulado por piratas fue arrastrado por la tormenta hasta una lejana isla. Allí hicieron lo que hacen todos los piratas: asesinaron a los nativos y tomaron a las nativas por esposas. Preparaban vino de palmera, lo bebían y se emborrachaban; se dormían a la sombra de las palmas y al despertar se peleaban y a veces se mataban entre ellos. Al cabo de una de esas riñas, expulsaron a seis piratas, que se marcharon con sus mujeres hacia el centro de la isla, escalaron una montaña e intentaron esconderse dentro de lo que les pareció ser una cueva. Pero no era una cueva sino uno de los sitios mágicos de

aquel mundo, una de las grietas o abismos que hay entre ese mundo y éste. Antiguamente había numerosas grietas y abismos entre los mundos, pero ahora son muy escasos. Este era uno de los últimos que quedaban: no he dicho que fuera el último. Y así fue como cayeron, o subieron, o tropezaron, o resbalaron por el punto preciso, y se encontraron en este mundo, en la Tierra de Telmar, que en esa época estaba despoblada. La razón por la cual estaba despoblada es una larga historia; no se la contaré ahora. Sus descendientes hicieron su morada en Telmar y formaron un pueblo que llegó a ser cruel y orgulloso; al paso de muchas generaciones, una terrible hambruna asoló Telmar, y sus habitantes invadieron Narnia, donde reinaba entonces un gran desorden (pero esa también es otra larga historia), la conquistaron y la gobernaron. ¿Has entendido bien lo que digo, Rey Caspian?

—Por cierto, Señor —dijo Caspian—. Siempre anhelé provenir de un linaje más honorable.

—Provienes del Señor Adán y de la Señora Eva —dijo Aslan—. Lo que es un gran honor como para hacer erguir la cabeza al más mísero pordiosero, pero también una vergüenza para hacer agachar la cabeza al más noble emperador de la Tierra. Puedes estar contento.

Caspian hizo una reverencia.

—Y ahora —dijo Aslan—, hombres y mujeres de Telmar, ¿quieren volver a esa isla en el mundo de los hombres de donde vinieron sus padres? No crean que es un mal lugar. Ya se ha extinguido la raza de aquellos piratas que la habitaron y ahora la isla está despoblada. Hay buenos pozos de agua fresca, fértiles suelos, madera para construir y peces en las lagunas; los demás hombres de ese mundo aún no la descubren. El abismo está abierto para vuestro regreso; pero les advierto que una vez que lo hayan atravesado se cerrará tras ustedes para siempre. No habrá más intercambio entre los mundos a través de esa puerta.

Se hizo un profundo silencio. De pronto un joven soldado Telmarino, corpulento y bien parecido, se adelantó.

—Yo acepto la oferta —dijo.

—Has escogido bien —dijo Aslan—. Y por haber sido el primero, recibirás la protección de una poderosa magia. Se abre un buen futuro para ti en ese mundo. Avanza.

El hombre se aproximó, muy pálido. Aslan y su corte se apartaron abriéndole paso hacia la vacía puerta de estacas.

—Pasa, hijo mío —dijo Aslan, inclinándose hacia él y tocando su nariz con la suya. Al recibir el aliento del León, los ojos del soldado se iluminaron con una nueva mirada, asombrado pero feliz. Parecía tratar de recordar algo. Luego se cuadró de hombros y se encaminó a la puerta.

Todas las miradas estaban fijas en él. Vieron los tres pedazos de madera y a través de ellos los árboles y el pasto y el cielo de Narnia. Vieron al hombre parado entre dos estacas y de pronto, en un segundo, se había desvanecido completamente.

Desde el otro confín del claro, los demás Telmarinos hicieron oír sus lamentos. "¡Ay! ¿Qué le ha pasado? ¿Pretendes asesinarlos? No iremos por ese camino". Y

uno de los más listos dijo:

—No vemos ningún otro mundo a través de esos palos. Si quieres que creamos que existe, ¿por qué no va uno de ustedes? Todos tus amigos se mantienen a buena distancia de las estacas.

En el acto se adelantó Rípitchip, haciendo una reverencia.

—Si mi ejemplo puede servir de algo, Aslan —dijo—, llevaré sin tardar a once ratones a través de aquel arco, en cuanto tú lo ordenes.

—No, pequeño —dijo Aslan, colocando su pata aterciopelada con infinita delicadeza sobre la cabeza de Rípitchip—. Te harían cosas horribles en ese mundo; te mostrarían en las ferias. Son otros los que deben ir primero.

—Vámonos —dijo súbitamente Pedro a Edmundo y Lucía—. Llegó nuestra hora.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Edmundo.

—Por aquí —dijo Susana, que parecía saber de qué se trataba—. Volvamos al bosque. Tenemos que cambiarnos.

—¿Cambiar qué? —preguntó Lucía.

—Nuestra ropa, por supuesto —respondió Susana—. ¡Qué pareceríamos vestidos *así* en el andén de una estación inglesa!

—Pero nuestra ropa se encuentra en el castillo de Caspian —arguyó Edmundo.

—No, no está allí —replicó Pedro, encabezando la marcha rumbo a la espesura del bosque—. Está todo acá. La trajeron en un paquete esta mañana. Estaba todo arreglado.

—¿De eso les hablaba Aslan a ti y a Susana esta mañana? —preguntó Lucía.

—Sí..., eso y otras cosas —repuso Pedro, con un aire muy solemne—. No les puedo contar todo; había cosas que quería decirnos a Su y a mí porque nosotros no volveremos a Narnia.

—¿Nunca más? —gritaron Edmundo y Lucía, consternados.

—Ustedes dos volverán —contestó Pedro—. Por lo menos, por algo que él dijo, estoy seguro de que ustedes volverán algún día. Pero Su y yo, no. Dijo que ya no somos niños, que hemos crecido demasiado.

—Oh Pedro —dijo Lucía—, qué mala suerte tienes. ¿Podrás soportarlo?

—Sí, creo que sí —dijo Pedro—. Es muy distinto a lo que yo esperaba. Ya lo entenderás cuando te toque a ti. Y ahora, rápido, aquí está nuestra ropa.

Era tan raro, y hartamente desagradable, quitarse sus ropajes reales y volver con los uniformes de colegio (bastante arrugados) ante la gran asamblea. Uno que otro entre los Telmarinos más antipáticos se burló de ellos. Pero las otras criaturas los vitorearon y se pusieron de pie en homenaje a Pedro el gran Rey, y la Reina Susana del Cuerno, y el Rey Edmundo y la Reina Lucía. La despedida fue muy cariñosa y (de parte de Lucía) hubo lágrimas al decir adiós a todos sus viejos amigos. Recibieron besos de los animales, abrazos de los Osos Panzones, apretones de mano de Trumpkin y un último abrazo cosquilloso entre los bigotes de Cazatrufas. Y, por supuesto, Caspian ofreció a Susana devolverle su Cuerno y, por supuesto, Susana le dijo que lo guardara para él. Y luego llegó el momento maravilloso y terrible a la

vez de despedirse de Aslan.

Pedro tomó su lugar mientras Susana apoyaba sus manos en los hombros de Pedro, y Edmundo en los de ella, y Lucía en los de Edmundo, y el primer Telmarino en los de Lucía; y así, en una larga fila, caminaron hacia la puerta. Los momentos siguientes son difíciles de describir, ya que a los niños les parecía ver tres imágenes al mismo tiempo. Una era la boca de una cueva que se abría al deslumbrante verde y azul de una isla en el Pacífico, a la que llegarían los Telmarinos en cuanto cruzaran la puerta. La segunda era el claro del bosque en Narnia, las caras de los Enanos y de las Bestias, los ojos profundos de Aslan y las manchas blancas en las mejillas del Tejón. Pero la tercera (que hizo desaparecer al instante las otras dos imágenes) era la gris superficie de ripio de un andén de estación de ferrocarril rural; un banco rodeado de baúles donde se encontraban ellos mismos sentados, como si jamás se hubieran movido de allí. El andén les pareció al principio un poco aburrido y triste después de todas las aventuras que habían vivido, pero también inesperadamente agradable dentro de todo, gracias a ese olor familiar del tren, y al cielo inglés, y al período de otoño que se avecinaba.

—Bueno —dijo Pedro—. Lo pasamos harto bien.

—¡Qué tontería! —exclamó Edmundo—, dejé mi linterna nueva en Narnia.

EL PRINCIPE CASPIAN

Comentario de Ana María Larrain

La aventura (y la ventura) han terminado. Pedro y Susana, Lucy y Edmundo han vuelto a su tierra, allá donde la magia es un mito, donde todo encanto parece imposible y aparece, desde luego, vedada a las personas mayores.

Porque para adentrarse en Narnia hay que despojarse de convenciones y trabas y hacer abandono de todas aquellas ataduras que representan, en verdad, un obstáculo para la fe.

La desconfianza y la ceguera; la vanidad, el orgullo y la soberbia; la conciencia cabal de los límites (particularmente de los límites espacio-temporales), el temor a lo desconocido, la carencia de espíritu aventurero, la comodidad, el egoísmo y sus múltiples inconvenientes forman parte de las mil barreras que impiden el vuelo hacia la libertad: la libertad del ensueño, el país donde lo desconocido despliega sus alas y donde el arte —en este caso la pluma o la voz, mejor dicho, de Lewis— comienza a producir sus milagros.

Crear en los poderes de la fantasía es la llave maestra para crear, en último término, las posibilidades REALES de lo maravilloso. Pero para tomar el pasaje de ida —y también, si uno quiere (y así parece necesario), el pasaje de vuelta— hay que hacer un *acto de fe*, un AUTENTICO acto de fe. El compromiso es de los grandes; nadie puede andarse con chicas en esta invitación a la más cuerda de las locuras que lleva por nombre... NARNIA.

El retorno a la isla es, desde luego, el retorno al colegio y a cada una de sus obligaciones (estúpidas o felices, depende del ángulo que se las mire... y depende, ciertamente, de la imaginación del profesor como para hacer de la clase de historia "una historieta de aventuras", así como de la mente "alerta o emporquecida" de los mismos alumnos, no siempre capaces de apreciar la fascinante transparencia de las matemáticas, según el ejemplo parabólico del propio autor). El retorno es también, sin embargo, la vuelta al hogar, con ese halo de seguridad y ese calorito tan opuestos a la vivencia concreta del riesgo. Y es, cómo no, el abrazo al fin y al cabo acogedor de la patria, ámbito circular donde se actualiza nuestra propia identidad. Los niños dejan sus coronas y vestimentas medievales —el viaje ha significado, asimismo, la recuperación de las raíces de la tradición— y con ellas, las cotas y mallas, los escudos y las espadas, los arcos y las flechas, las pócimas beneficiosas para la salud, el cuerno encantado cuyo sonido es la música de la maravilla, el llamado irresistible del Más Allá. Vale decir, el llamado de un lugar y un tiempo precisos (una preocupación constante de Lewis: dar "la apariencia de") en que uno puede desplegar lo mejor de sí en beneficio del otro.

Pues ¿quién no ha soñado alguna vez con transformarse en héroe de leyenda, haciendo gala de virtudes a veces inalcanzables con la valentía a toda prueba, la generosidad amplia e impensada, la justicia, la modestia, el biendecir de los demás, el olvido de toda autosuficiencia, la claridad y lucidez en el actuar, la igualdad como ideal realizable, la hermandad como un bien derivado del amor?

Claro. Narnia es "el lugar sin límites" para los niños, pero lo es, de la misma manera, para todos los que mantienen muy abiertos los ojos del alma y viven, en un sentido muy exacto, ese tiempo permanente en el que se anclan, para sacar fuerzas de flaqueza, algunos —los privilegiados— adultos. En Narnia se vive, es cierto, al borde del abismo, aunque este abismo más se asemeja al pozo profundo de donde manan todas nuestras energías, específicamente aquellas que nos permiten ser más humanos. Pero el vértigo de encaramarse a la cuerda floja acarrea consigo un hondo y misterioso torrente de atractivos del que pocos niños pueden liberarse. Y a esos escasos poseedores de una imaginación libre les es dado, evidentemente, acceder a este universo de aventuras sin fin, donde todos los anhelos se cumplen. Incluso aquellos más subterráneos, incluso aquellos enmohecidos tal vez por la pátina de la (¿dichosa?) experiencia, como es la factibilidad tan a la mano de ser "buenos", o de llevar, con ligereza y elegancia —pero sobre todo con dignidad—, una corona sobre la cabeza.

La estación del tren es el boquerón del encantamiento, el punto de partida para la verificación del milagro. Y C. S. Lewis sabe muy bien lo que hace, porque conoce exactamente en qué consiste

la tarea que él lleva a cabo: escribir, escribir bien, escribir maravillosamente bien utilizando el nunca suficientemente ponderado truco de la máxima sencillez. Sin cultismos, con precisiones necesarias para darle verosimilitud e interés a su relato, el autor jamás se olvida de que él está, antes que nada, NARRANDO. Por eso el tono de voz es claramente perceptible durante el transcurso (rapidísimo) de una historia donde los verbos, cargados del mayor dinamismo, son los encargados de imprimirle máxima celeridad a los hechos.

Como en Hornero —se nota en Lewis una acabada lectura y asimilación de los clásicos—, las descripciones de batallas constituyen verdaderas películas de acción y suspenso; no hay momento para el respiro, como no lo hay, tampoco, para el aburrimiento. Los detalles le imprimen, por otra parte, un sello de realidad a la magia, plasmando de paso el renovado atractivo que cualquier eventualidad adquiere siempre para el niño.

Y es que los niños son los grandes protagonistas de estas CRONICAS, como lo son, en honor a la verdad estricta, los de la vida. De allí que a nadie sorprendan gestos tan decisivos —y minuciosamente descritos— como el sacarse los zapatos para chapotear en el agua o el anhelo compulsivo de saciar el hambre y la sed con lo que sea; se trata de cubrir las necesidades básicas que todo niño necesita para su supervivencia.

El uso de un lenguaje coloquial apunta a esta misma idea: no hay retórica en Lewis, no hay complicaciones en su relato, y la traducción minuciosa se hace cargo de esta intención, fundamental en el escritor inglés. Un despliegue de imágenes sensoriales busca acoger ese sentido plástico-musical tan arraigado en el universo infantil, enriquecido aquí por ilimitados tesoros, cuyo sentido más profundo aparece iluminado por la multivocidad de los símbolos, por los tópicos y refranes que sirven de vehículo para un humor a toda prueba y por el correlato bíblico que, para quien conozca sus claves, puede aportarle el gozo añadido de una "totalidad capturada".

Con respecto a lo primero, cabría mencionar algunos en orden de aparición: el agua como reflejo de lo simple y lo vital; el mar que se abre, en toda su plenitud y serenidad, como depósito infinito de la esperanza; la selva, la maraña, el bosque, como signos visibles de la confusión y la duda; el río, "una serpiente larga y plateada"; el árbol cargado de manzanas, la fruta paradisiaca; la isla misma, una puerta abierta a la aventura; el tren, inicio de una nueva vida; el muro, el jardín, el castillo, etc.

A nadie sino a los niños está dirigido este cuento, y a ellos apela constantemente el autor bajo la forma cercana y cariñosa de un tú, o bien bajo la fórmula más generalizada de ustedes, amplificación colectiva del mismo tuteo cariñoso. Con un relato entero, el narrador básico busca —¡y vaya si lo consigue!— la atención persistente de sus destinatarios. Algo similar ocurre cuando el simpatiquísimo enano Trumpkin toma las riendas de la narración, asumiendo un tono de voz nítidamente diferente, pues la voz de cada cual es una y personal, sin desentonar, claro está, con la tonalidad general del relato.

Igualmente, cada personaje aparece aquí dotado de esos rasgos peculiares que los transforman en "personas", con psicología y comportamientos propios e individuales, es decir, no tipificados, no esquematizados. Esto vale para héroes y antihéroes (Trumpkin y Nikabrik, por ejemplo), así como para niñas y muchachos ("las niñas" tenemos otras cosas en la cabeza aunque no podamos retener un mapa), para grandes y chicos (gigantes, enanos y ratones). Cada uno tiene su compensación, y si los primeros cuentan con el tamaño a su favor, los segundos lo hacen con su inteligencia notoria y su destreza. Bestias humanas, árboles que danzan y hablan, dríadas, náyades, Baco y sus bacantes, centauros y faunos se acercan al lector saliéndose de la mitología y acercándose al cuento de hadas y a la fábula.

Pero, ¡ATENCIÓN!, que en este texto, gracias a Dios, no hay moraleja. Lo que sí hay, y sin quedarse achicado, es DIVERSION a destajo, risa, mucha risa y también, por qué no, llanto. La consigna, sin embargo, es GOZAR SIN LIMITES... ¡aun después de acabada la fiesta!